

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

Publicaciones de la Sección Antropológica

N.° 1

EXPLORACIONES ARQUEOLÓGICAS

EN LA

PAMPA GRANDE

(PROVINCIA DE SALTA)

POR

JUAN B. AMBROSETTI

Director del Museo Etnográfico

De la Revista de la Universidad de Buenos Aires, *1906, tomo VI*

BUENOS AIRES

IMPRENTA «DIDOT» DE FÉLIX LAJOUANE & C.ª

143 - CALLE PERÚ - 143

1906

EXPLORACIONES ARQUEOLÓGICAS EN LA PAMPA GRANDE

receso, á las que debían concurrir los alumnos del curso que quisieran tomar parte en ellas.

En vista de esta resolución, el Sr. Decano Dr. Piñero, me pidió que presentara un plan general de trabajos, y como esto coincidiera con la invitación del hoy Académico honorario Dr. Indalecio Gómez, actual ministro en Alemania, para visitar y estudiar la Pampa Grande en la Provincia de Salta, donde posee un valioso establecimiento de campo, formulé un plan, basado en la exploración del macizo oriental del Anconquija, sin perjuicio de otros lugares que también se podrían reconocer bajo el punto de vista arqueológico.

Gracias al gentil ofrecimiento del Dr. Indalecio Gómez, se pudo realizar la expedición con fondos reducidos [1], pues él nos facilitó los elementos necesarios, para el mejor éxito de nuestros trabajos, lo que me es grato consignar aquí.

En esta primera expedición me acompañaron dos alumnos del curso de Arqueología, que habían rendido exámenes brillantes, los Dres. Leopoldo Maupas y Francisco Cervini, y también el Dr. Carlos Octavio Bunge, profesor de la Facultad, que manifestó su deseo de tomar parte en nuestros trabajos.

Todos ellos, en el desempeño de su misión, han demostrado consciente disciplina y buena voluntad.

---

(1) En la sesión del 5 de noviembre de 1904 la Academia resolvió aceptar mi plan en los siguientes términos: « Aceptar el proyecto presentado por el Sr. Juan B. Ambrosetti, por considerarlo de trascendental importancia para los estudios de la casa y para las tendencias de su enseñanza, y destinar á ese objeto la suma pedida ». Dicho proyecto se refiere á la organización de una expedición á la región Calchaquí, por los alumnos de la Facultad, requiriendo á tal efecto del Poder Ejecutivo los pasajes necesarios, destinando 1.000 pesos para gastos de fotografía, manutención de campo, pago y manutención de peones, arrieros, etc. Véase esta misma REVISTA, tomo II, pág. 514.

LA PAMPA GRANDE

El río Tala es el límite que separa al Sud, en un trecho, á las provincias de Salta y Tucumán.

Algo al Norte de este río y después de haberlo cruzado por un puente, el Ferrocarril Nacional Central Norte se detiene en la primera estación dentro del territorio salteño [1].

Este fué el primer punto que tocó la expedición por breves horas, mientras se prepararon las cargas que desde aquí se transportaron á lomo de mula.

El itinerario recorrido hasta llegar á la Pampa Grande, rumbo casi constante al Noroeste, se encontrará en el mapa que acompaña este trabajo, y que puede también dar una idea de la configuración topográfica de la región dentro de la cual se halla el campo de nuestros estudios.

Sin embargo, creo que á esta porción de la zona montañosa, conocida por «Cumbres de Calchaquí», merece que se le dedique alguna atención.

Forma parte de la prolongación Norte de la sierra del Aconquija y continúa, rumbo al Sud, hacia el nevado, cambiando de nombre en el abra de Tafí, Provincia de Tucumán.

La serranía, en la zona que nos ocupa, se halla limitada al Oeste, empezando desde el Norte, por el Valle de Lerma, por la Quebrada de Guachipas ó de las Conchas y por el Valle de Yocavil, llamado también Sud del Valle Calchaquí ó de Santa María.

---

(1) Ruiz de los Llanos (823 metros sobre el nivel del mar), nombre de reciente data, pues no ha mucho se llamaba Tala y así figura en todos los mapas editados hasta hace seis años.

Como resulta con todos los cerros de este sistema, la falda oriental es mucho más amplia y tendida que la falda occidental, ocupando aquella una extensión mucho mayor de Este á Oeste, con una serie de cordones sucesivos dirigidos de Norte á Sud entrecortados por quebradas que dan origen á numerosos arroyuelos y ríos; unos, los del Sud, desaguan en el Río Tala, afluente del Salí, el cual, corriendo de Norte á Sud en la Provincia de Tucumán, separa en esta parte, con su cuenca, á este macizo de la Sierra de Medina.



Fig. 1. Subiendo la cinchada - Vegetación de alisos y queñoas

Otros, al Norte, van á morir al Campo del Arenal ó siguen su curso, como el del Rosario de la Frontera, y los más septentrionales van á desembocar en el Pasaje, río que limita el macizo por el Norte, describiendo una gran curva.

La fisonomía del paisaje cambia, naturalmente, á medida que desde el llano se va ascendiendo: al principio, el plano inclinado del campo, cubierto por la vegetación del monte: talas, algarrobos, chañares, mistoles, etc., que se acentúa cada vez más, y más adelante: mogotes, primero, y luego, lomitas y cerritos, también cubiertos de la misma vegetación, van salpicando el suelo é interponiéndose entre el llano y la montaña, aumentando de tamaño y profusión al llegar á las faldas, donde aquella flora tan caracte-

rística va transformándose en otra no menos importante, aunque de dispersión geográfica más reducida, la del parque.

Y así la sombra de Toro, que destacaba su copa redonda en las partes altas de las lomas, ó los cebiles de hoja diminuta y corteza curtiente, ó los grandes talas, algarrobos y nogales, van desapareciendo ó mezclándose con los orcomoyes, lanzas, tarcos, chalchales y cedros, no faltando el garabato de incómoda espina, ó, como para matizar ese conjunto, las altas ortigas de hoja acorazonada, ó helechos variados arraigando entre los paredones hú-



Fig. 2. Subiendo la cinchada - Las copas de los últimos árboles

medos de las piedras lo esmaltan con sus tonos alegres, no faltando entre estos últimos la sibinga, cuyos tallos filamentosos adornan los pedrones como tupidos flecos.

Entre toda esta profusa variedad de árboles se sigue subiendo en el flanco del cerro, por la margen de una quebrada que indica el camino, facilitándolo con su pendiente progresiva pero no violenta, hacia la cumbre (fig. 1).

Antes de llegar á ella la vegetación se empobrece, ocupando los alisos y los queñoas el lugar de aquéllos y desproveyéndose el suelo de su vegetación de matorral que acompañaba la flora del parque, muestra más visiblemente la arenisca colorada constituyente de su masa (fig. 2).

Más arriba, al llegar á la cuesta, los árboles desaparecen por completo y la cumbre se presenta sólo cubierta de pasto duro de tallo largo que mece silbando el incómodo viento de las alturas (fig. 3).

Transtornada la cuesta, el aspecto cambia por completo, las faldas occidentales de la montaña, ó mejor dicho, los valles y mesetas interiores que forman su cuerpo, se hallan despojadas de vegetación arbórea, por lo general, el mismo pasto que hallamos en la cumbre cubre vastas extensiones que se pierden de vista, interrumpidas por grandes manchones de cerro desnudo que



Fig. 3. La cinchada - El portezuelo de la cumbre

muestra la arenisca que lo forma lugares que en esa región son llamados lajas ó lajares (fig. 4).

Es necesario andar grandes faldeos para poder descender hacia el fondo de los valles, que son transversales al camino, pero normales á la dirección general de los cerros; bajadas que luego tienen su correspondiente subida ó cuesta relativamente corta, por lo que van escalonadas entre sí hasta llegar al punto más bajo en ese trayecto, que es la Pampa Grande.

Y así se atraviesa el Valle de las Ánimas cuyo pequeño río es afluente del Rosario de la Frontera, y luego el San Antonio, cuya bajada es larguísima teniendo que faldear largas y altas lomadas, siendo su cuesta más corta que la constituye un cerro muy rico

en tierras rojas, para llegar después á la Pampa Grande (1.650 metros sobre el nivel del mar).

*
* *

En todo este trayecto pastan hoy las haciendas de la estancia, vacuna y caballar, y allí prosperan, resguardadas en las quebra-



Fig. 4. Las lomadas y faldeos en las caídas hacia la Pampa Grande

das donde el agua abunda. Otrora esas lomas y cerros debían alimentar grandes tropillas de guanacos [1] y avestruces, que los indios cazarían á medida de sus necesidades [2] y las recuas de

(1) En los cerros más al Sud, cerca de Amaicha, hasta hoy abundan los guanacos.

(2) Véase la leyenda del Yastay como reguladora de la caza de estos animales, en mis *Antigüedades Calchaquíes*. Datos arqueológicos sobre la Provincia de Jujuy, en *Anales de la Sociedad Científica Argentina*, tomo LIII, nota á la figura 18.

llamas domesticadas, que les proporcionaban carne y lana en abundancia además de sus servicios de cargueras (fig. 5).

Pero estos no eran los únicos recursos de esta especie con que contaban; en los faldeos orientales y aún en los cerros del Oeste, numerosos venados, tapires y piaras de chanchos de monte debían de contribuir proporcionalmente con su carne al sostén de esas parcialidades.

Entre el bosque ó escondidos entre las peñas y las cuevas de los cerros, el tigre y el puma competían con el indio en la caza



Fig. 5. El Valle de la Pampa Grande visto hacia el Este

de las piezas ó provocaban esos combates parciales entre el hombre y la fiera, tan frecuentes y apetecidos entre las poblaciones primitivas, siempre entusiastas por ostentar sus despojos como trofeo.

En cuanto á los recursos vegetales, el indio, en la Pampa Grande, debía abundar de los mismos.

En la tierra fertilísima de ese valle, las cosechas de maíz fueron seguramente copiosas, lo mismo que las de zapallos y quinua [1] (fig. 6).

---

(1) La Quinua alcanza hasta 2 metros 75, dato de E. A. Holmberg.
Muy abundantes debían ser las cosechas de granos á juzgar por la gran

En los montes de las faldas orientales, las frutas silvestres de algarrobo, chañar, mistol, chalchal, etc., no sólo alimentarían en su época particular grandes masas de gente, sino que les brindarían los elementos para la fabricación de variadas bebidas alcohólicas hasta ahora conocidas y usadas bajo el nombre genérico de alojas y chichas, fuentes inagotables de alegrías y pesares aun no agotadas á pesar de los siglos transcurridos.



Fig. 6. Plantas de quinua (á la izquierda) y con más de 50 racimos cada una
Fotografía de E. A. Holmberg (hijo).

El potrero de la Pampa Grande propiamente dicho, es un valle ovalado, fondo seguramente de un antiguo lago [1], dirigido

---

cantidad de morteros, conanas y demás aparatos de piedra para molerlos, que hemos hallado en nuestras excursiones, entre otros merecen especial mención varios morteros para pisar en común, con varios hoyos excavados en una misma gran plancha de piedra; cuya fotografía de uno de ellos publicamos. Esta clase de morteros son comunes en toda la región Calchaquí, hallándose también en Córdoba (Dr. R. Lehmann Nitsche, Los morteros de Capilla del Monte, Córdoba. *Rev. del Museo de La Plata*, tom. XI, pág. 215 y siguientes) y en Chile (fig. 7).

(1) En los zanjones producidos por los afluentes del río de la Pampa Grande, se ve que el terreno está constituído por aglomeraciones de grandes rodados, desprendidos de los cerros inmediatos, y mezclados con tierra, arcilla,

casi de Norte á Sud, en una extensión de 10 á 12 kilómetros por 6 de ancho, y está cruzado á lo largo por el río de la Pampa Grande, el cual recibe más de doce afluentes, la mayor parte del año secos y que se desprenden de los cerros y lomadas que rodean al valle, siendo más numerosos los de su margen izquierda que tienen su origen en la gran serranía del Oeste, conocida desde la época de sus primeros pobladores blancos con el nombre de cerros de los Pirgüas ó *Pirgüa Orco.*



Fig. 7. Antiguo mortero vecinal de los indios de Pampa Grande

En uno de los extremos, el Sud, de este valle se halla ahora la Casa Patronal de la Estancia[1] en el lugar llamado Rincón, rodeada de toda clase de comodidades, gracias al espíritu progresista de su dueño, el Dr. Indalecio Gómez.

---

arena, etc., demostrando como ha ido efectuándose paulatinamente el relleno de esa cuenca.

(1) Anteriormente, la Casa Patronal ó Sala se hallaba casi en el otro extremo del valle, cerca del camino que conduce á Salta, y esto se explica, porque entonces, sus propietarios, viviendo en aquella ciudad, transitaban ese camino y se evitaban la gran vuelta que hoy se da viniendo por ferrocarril.

Pero, lo más curioso es que este mismo lugar fué en otro tiempo el asiento de una gran población indígena, cuyas ruinas hoy casi del todo han desaparecido, pues los anteriores administradores, desde el siglo pasado, utilizaron las piedras de los Pirkas para construir los corrales, cercos y tapias que rodean la hoy Sala, anteriormente sólo puesto importante (fig. 8).

Dentro del patio de la casa y del jardín que se halla en frente, se han extraído muchos objetos, entre ellos una urna y un puco

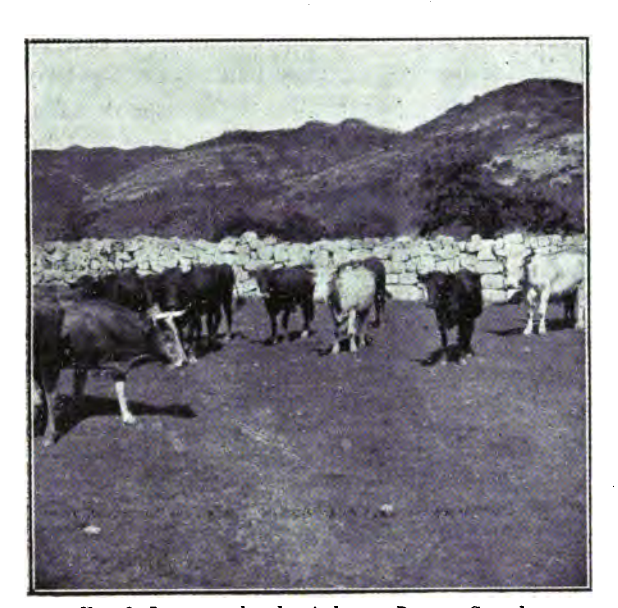


FIG. 8. Los corrales de piedra en Pampa Grande

pintados que figuran más adelante, y á menos de un centenar de metros alrededor, hicimos hallazgos interesantes.

La población indígena ocupaba casi todo el valle, pero siempre recostada principalmente á las primeras lomas del Este, como bordeándolo y en ellas ha dejado sus numerosos restos y cementerios.

Nuestro campamento principal fué en el Rincón, y los trabajos se hicieron alrededor de ese punto, habiendo explorado sobre la margen derecha del río un trayecto como de unos seis kilómetros.

ANTECEDENTES HISTÓRICOS

En la Ordenanza que determinó los límites de la jurisdicción de la ciudad de Salta dada por Hernando de Lerma el 17 de abril de 1582, al día siguiente de su fundación, incluyó también á los indios de Choromoro [1].

Estos indios vivían al Sud del Río del Tala [2], y ocupaban también seguramente toda la región conocida hoy por San Pedro de Colalao [3], entre dicho río y el actual llamado de Zárate, y desde donde arranca el camino de mula que de Trancas va á Tolombon y Cafayate, conocido por de la Cuesta de Trancas, antiguamente de Choromoros [3].

---

(1) El documento, al referirse á esto, dice: . . . . . « y por las de San Miguel (Tucumán) de estas dichas provincias otras 24 (leguas), en que se mande incluir é incluyen los indios de Choromoro, con que asimismo no se entiendan los indios que están de paz y al presente sirven á la dicha ciudad de San Miguel ». (MARIANO ZORREGUIETA. *Apuntes Históricos de la Provincia de Salta en la época del coloniage.* Publicación ordenada por el Excmo. Gobierno. Salta, imprenta Argentina, 1872, pág. 5, Cap. V).

En el informe de la comisión de deslinde de límites de la provincia de Salta, compuesta por los señores Evaristo Uriburu, Vicente Anzoategui y Diego Wellesley Wilde, fechado en Salta el 24 de febrero de 1863, se da como límite Sud «*las tolderías de los indios Choromoros que ocupaban las márgenes al Sud del Río del Tala*». Véase Congreso Nacional Argentino. Comisión especial de límites del Senado. *Documentos y datos sobre límites interprovinciales*, 1877, pág. 86.

(2) Me inclino á creer que el nombre primitivo del Río del Tala fué el de Choromoros, primero porque aquel nombre es español, y por consiguiente posterior, y después porque en los documentos antiguos no se hace mención de él tratándose de un río importante, y como veremos, sólo se cita el nombre de Choromoros.

(3) La Cuesta de Trancas no cabe duda que es la misma que se llamó antes Choromoros.

El Padre Lozano, en su *Historia de la Conquista del Paraguay, Río de la Plata y Tucumán, edición Lamas*, tom. V, da varios datos que lo demuestran.

En la pág. 30, al hablar de la evasión de Bohorques, dice que acompañado de dos indios salió de San Miguel de Tucumán « tirando por la cuesta que llaman de Choromoros, como si fuesen á la vía del Perú, encamináronse á Calchaquí ».

Y el Padre Eugenio de Sancho, en la carta que escribió al Gobernador don Alonso Mercado y Villacorta, desde Santa María de los Angeles de Yocavil (hoy Santa María de la Provincia de Catamarca), el 13 de abril de 1657, dándole cuenta de la visita que le había hecho Bohorquez, le decía: que los Curacas (caciques cal-

Esto vale la pena de tenerse en cuenta, por lo que se refiere á los datos que siguen.

Hernando de Lerma, en Salta, dentro del valle de su nombre desde los primeros días comprendió la necesidad de un camino directo que hiciera rápidas las comunicaciones entre dicha ciudad y las de San Miguel y Santiago del Estero, y según se colige de un documento [1], ese camino, por su mandato, fué descubierto por el capitán Alonso Abad, uno de los fundadores, y dentro de los años 1582, fecha de la fundación, y 1586, fecha en que Lerma dejó el gobierno [2].

Ese documento es del año 1597, está firmado por el Gobernador D. Pedro Mercado Peñaloza, y en él hace merced á D. Fran-

---

chaquíes), sabiendo que llegaba (de Tucumán) este individuo, fueron «desalados en busca suya á los Choromoros, de donde con alborozos y regocijos extraordinarios lo condujeron al pueblo de Tolombon y de allí á los demás pueblos del valle (Calchaquí)», pág. 34.

Tolombon queda casi frente á la Cuesta de Trancas, y el camino conduce directamente allí.

Otro camino más directo para caer al valle Calchaquí desde Tucumán no existe, salvo el de Tafí, pero ese va á dar mucho más al Sud, á Amaicha, ó Santa María. Además, hay otro dato que demuestra que esa cuesta era transitada por los indios Calchaquíes desde tiempo inmemorial, y es la mención que hace el Padre Lozano, de que Bohorquez no se preocupaba más que de fortificarse en Tolombon y á fin de estar bien pertrechado, mandó á 300 indios á proveerse de armas el mes de septiembre de 1657 á 58, «y se supo que estuvieron en jurisdicción de Esteco en un paraje denominado el Zapallar (que se halla en la sierra de Medina, al Este, casi recto, de Trancas), á fabricar arcos y pingollos que eran sus instrumentos bélicos, de manera que cada uno volvió con veinte arcos», pág. 30.

(1) Zorreguieta, op. cit.

(2) Creo que ese camino fué descubierto á poco de la fundación de Salta, poque Lerma tuvo tiempo de adjudicarse lo mejor de esta región, es decir, la Pampa Grande y esto se ve claramente expuesto en otro documento fechado en la ciudad de la Plata en 1622, en el cual D. Bernardo de la Fresnada, vecino del Valle de Mizque, da en venta real á D. Pedro Abreu y Figueroa, vecino de Salta, dos estancias que se llaman Pampa y Quirucillares, en la ciudad de Lerma, Valle de Salta, exponiendo que las dichas estancias las aplicó para sí el Sr. Gobernador Licenciado Hernando de Lerma, su abuelo, y como para que no haya error en cuanto á la ubicación, agrega el documento: Esas estancias lindan por una parte con el Valle de Guachipas, y por otra, con el de los Choromoros, y por río abajo con la estancia de Garnica; en el otro lado por el Valle de Vichimí, linda con la estancia del mismo D. Pedro de Abreu. Esta última debería ser la actual propiedad de Carahuasi y el Churcal, que aún pertenecen á los descendientes de D. Pedro, en la rama de los Figueroas de Salta.

cisco Velázquez Maderuelo y á su hijo, de dos leguas por una de ancho, entre Choromoros y los Indios Guachipas, en el lugar que cae al camino que descubrió el capitán Abad y después de las estancias de Francisco de Aguirre y Alonso Sánchez Caballo.

Los términos de esta donación, no pueden ser más claros para demostrarnos que se trata aquí de la región que nos ocupa.

Ese camino es el mismo que hoy se transita desde la estación Ruiz de los Llanos hasta Guachipas, cruzando por la Pampa Grande, con la diferencia de que anteriormente evitaban la Cuesta de la Cinchada, á causa de no haber motivo de salir por allí, como lo hay por el ferrocarril, y en vez: de la Pampa Grande, seguían el Río de la Pampa hacia sus nacientes al Sud, hasta dar con el río Tala ó Choromoros efectuando en gran parte el recorrido del actual camino carretero en construcción que va desde el Brete por el Jardín, Saucalito, Esquina, Naranjo, etc., la Quebrada de los Sauces á la Pampa Grande, como parece hacerlo suponer la lectura de otros documentos [1].

Estos datos nos comprueban que esa región fué ocupada por los españoles, muy al principio de la fundación de Salta y esto explica el por qué desde aquella época quedó despoblada de indios, ya sea porque ellos huyeron para no caer bajo el yugo de la encomienda, ó los que la soportaron tuvieron que cambiar radicalmente de costumbres bajo la tutela de los conquistadores.

Todas las excavaciones que hemos practicado no nos han proporcionado el más mínimo objeto de procedencia europea que nos pudiera dar un indicio de la contemporaneidad de la población indígena conjuntamente con los establecimientos coloniales, ó por lo menos algún trato con ellos.

Creo, á pesar de no haber hallado documentos que lo comprueben, que los indios de la Pampa Grande, posiblemente los mismos Guachipas ó una rama de ellos, se refugiaron en el Valle de Calchaquí, en Tolombon, Cafayate, etc., trasponiendo la serranía de las Pirgüas, cuando se dieron cuenta que quedar allí, era exponerse á ser tomados entre dos fuegos, ya sea del lado de Tucumán, ya por el lado de Salta.

---

(1) Es muy posible que los españoles hayan empezado por seguir y preferir al principio los caminos de las quebradas, que los de las cuestas que seguramente fueron descubiertas más tarde cuando se poblaron esas serranías.

Las estancias donadas por Mercado y Peñaloza á Francisco Velázquez é hijo debieron ser lo que se llama la Alemania, porque la Pampa Grande, como hemos visto, se la había adjudicado para sí, Lerma.

Otro documento de 1628 [1], precisa esta ubicación, se trata de una escritura de venta extendida en el asiento de Nuestra Señora de la Limpia Concepción de Trancas, en la que por la suma de 300 pesos, D. Sebastián de Sosa y D.ª María Velázquez, heredera de D.ª Catalina Velázquez, hija de D. Francisco Velázquez, vende al mismo D. Pedro Abreu y Figueroa las dos estancias que el Gobernador D. Pedro Mercado Peñaloza, dió á Francisco Velázquez y su hija en 1597 situadas: pasada la cuesta de Guachipas, bajando el cerro á mano izquierda.

Esta cuesta es la que hoy se denomina del Cebilar y bajándola á mano izquierda, queda la Alemania.

La Pampa Grande quien sabe por qué razones, quizá la de haber caído en desgracia Lerma, fué considerada vaca ó fiscal, pues en 1616 el Gobernador Luis Quiñones Osorio, hace merced al licenciado Diego Hernández de Andrada de un pedazo de tierras vacas, yermas y despobladas á cinco leguas de la estancia de la de D. Alonso de Rivera [2] de los Choromoros: yendo por el camino que va á dar á los Guachipas, Valle de Salta, en un valle ancho que tendrá dos leguas y media de ancho y cuatro de largo, donde nace un río de las vertientes de las más altas y grandes cumbres ó cordilleras [3], que es tierra de pan. y no hay otro valle en toda la sierra y las vertientes van á dar á cuatro leguas más abajo de los Choromoros [4].

La merced lleva fecha 22 de octubre de 1616 en Santiago del Estero, y el 12 de marzo del año siguiente, 1617, tomó posesión de la propiedad según reza en la diligencia que sigue al documento de la merced [5].

En esa diligencia hay unos datos preciosos para nosotros, pues fué levantada sobre el terreno: «en la tierra que llaman de

---

(1) Zorreguieta, op. cit.

(2) Gobernador desde 1605 á 1611.

(3) Serranía de las Pirgüas.

(4) Esto creo debe interpretarse como de la salida del río Tala.

(5) Zorreguieta, III, pág. XXVIII.

Guachipas, camino que va de la ciudad de Salta á los Choromoros, allí se presentó el licenciado Diego Hernández de Andrada y ante Matías de Lerma, vecino de Salta, le requirió posesión de esas tierras y puestos los pies en ella por interpretación de un indio práctico de ellas, que dijo llamarse las dichas tierras *Oma Sacoco,* en su lengua, y en la nuestra castellana quiere decir el seno de las Pirgüas del Sol, y que el río principal que hay en las dichas tierras se llama río *Mep*, que quiere decir (Río de la Anta),



Fig. 9. El Río de la Pampa Grande con la serranía de las Pirgüas al fondo
Fotografía de E. A. Holmberg (hijo).

que sus vertientes van á dar á las pampas de los Choromoros á la Estancia que llaman de Doña Petronila Garnica», le dió posesión y resolvió llamar esa estancia San Pedro Mártir (fig. 9).

Cuatro años y medio después, el 6 de septiembre de 1621, Don Pedro Abreu y Figueroa, quien por lo visto parece que conociendo muy bien esa valiosa propiedad trataba de acaparársela poco á poco, tomó posesión de esa finca, habiéndola adquirido de su anterior dueño el licenciado Andrada.

La diligencia contiene también datos importantes y en ella se le da por primera vez á este lugar el nombre que hoy tiene, dice así:

«Estando en el sitio que llaman la *Pampa Grande,* camino que va del Valle de Salta al de Choromoros, jurisdicción de la ciudad de Lerma, Gobernación del Tucumán, ante el capitán, etc.» Don Pedro, hombre seguramente amigo de hacer las cosas bien, tomó posesión de la estancia con todas las ceremonias de estilo, llegando hasta tomar mate, costumbre indígena que por primera vez, según tengo entendido, interviene en un acto tan importante, que el actuario tuvo buen cuidado de hacerla constar [1], sólo que entonces como buen castellano expresó el acto de una manera más lógica: «*hizo calentar agua y tomó la yerba*». Al mismo tiempo y no contento con el nombre de San Pedro Mártir lo cambió por el más pintoresco de San Pedro de Buena Vista.

Á pesar de todas estas cosas, D. Pedro [2], hombre prudente y enemigo de pleitos, no tuvo suficiente fe en el acto de merced efectuado por el Gobernador Quiñones Osorio, y conociendo, seguramente, que los derechos del Gobernador Lerma no habían caducado, trató de adquirírselos de su descendiente D. Bernardo de la Fresnada quien, como hemos visto anteriormente, se los vendió en Bolivia.

Los documentos publicados se interrumpen desde esa fecha hasta 1699, en que aparece una solicitud de toma de posesión del capitán Lázaro Arias Rengel, y más tarde un inventario de todas las estancias pertenecientes á D. Félix Arias Rengel, hecho por su hijo Félix Apolinar Arias Rengel el 11 de noviembre de 1768, por el cual se ve que había quedado dueño de casi la mitad de todo ese gran macizo, desde el río Tala hasta la finca de Vichimí, incluyendo las fincas de las Quirusillas, el Simbolar, Churques (hoy Churcal), Pampa Grande, Potrero de los Sauces, Quebrada de los Sauces, etc.

---

(1) Las tomas de posesiones que se expresan en los documentos son curiosas siempre, por las variadas ceremonias que los dueños efectuaban. En ésta, D. Pedro de Abreu, « se paseó en la dicha estancia y tierras, arrancó yerbas, mudó de una parte á otra sus cosas, hizo calentar agua y tomó la yerba y puso por señal una cruz; los militares por lo general metían mano á la espada, otros tiraban piedras, se revolcaban, echaban á las personas y cuando se hallaban á una cierta distancia volvían á llamarlas », etc. El P. Larrouy consigna sobre esto otros datos en su trabajo *Orígenes de Buenos Aires*, publicados en esta Revista, tomo III.

(2) En 1632 este mismo D. Pedro Abreu y Figueroa era Teniente Gobernador en Salta.

Para los fines de nuestro trabajo nos bastan los antecedentes históricos expresados. Por ellos vemos, como se ha dicho, que en ese ramal del Anconquija muy pronto desaparecieron, como entidad étnica, los antiguos indios cuyos restos encontramos.



Fig. 10. El primer hallazgo arqueológico

LOS PRIMEROS HALLAZGOS

Instalados en la Casa patronal de la estancia y ayudados eficazmente por el administrador, Sr. D. Luis D'Andrea, nuestra primer diligencia fué recorrer los lugares donde anteriormente habían aparecido antigüedades; no tuvimos mucho que andar, pues detrás de las casas y en un zanjón producido por las aguas, al lado de una tapia vieja, vimos una urna de forma oval, rota en sentido vertical, cuyos bordes fragmentados se destacaban de la pared de tierra.

Como se trataba del primer hallazgo se procedió á excavarla con cuidado para fotografiarla *in situ* (fig. 10), y esto me propor-

cionó la oportunidad de dar una lección práctica en el terreno, sobre la forma y modo de hacer estos trabajos, tomando las medidas y demás datos sobre las condiciones de yacimiento de los objetos que se recogieran.

El Dr. Francisco Cervini se encargó de la extracción de esta urna, que resultó de 0.40 m. de alto por 0.30 de diámetro en el cuerpo y 0.26 en el cuello (fig. 11) y de confección tosca.

De la superficie no se hallaba más que á 0.38 de profundidad, pero como le falta gran parte del cuello, uno de cuyos fragmentos, con una cara humana en relieve, hallamos muy cerca y que en total debería más ó menos completar esa cantidad, resulta que esta urna fué enterrada muy superficialmente [1]. En el interior no se halló nada.



Fig. 11. Urna antropomorfa (primer hallazgo reconstruído) Núm. 221 del Catálogo



Fig. 12. Urna funeraria de niño pintada Núm. 242 del Catálogo

Más ó menos á igual profundidad y á treinta centímetros de la anterior, el Dr. Carlos Octavio Bunge extrajo una interesante urna pintada, de las que se hallan en Santa María (fig. 12), pero

(1) Esta urna lleva en el Museo Etnográfico de la Facultad el número 221 del Catálogo y el grabado la representa tal cual se halla en exhibición con el fragmento antropomorfo colocado sobre un soporte especial y más ó menos á la altura correspondiente.

con ornamentación en la parte ventral de las del tipo que he denominado de Amaicha [1], tipo al cual pertenece por este carácter que es muy importante [2].

Este ejemplar, también lleno de tierra y sin haber conservado nada de su contenido, á pesar de haberse usado preferentemente para enterrar niños, mide 0.53 de alto con un diámetro que varía en sus partes más amplias de 0.29 á 0.25.

El gollete lleva pintado un rostro humano en el estilo de las iguales del tipo de Santa María, aunque de un modo más tosco, pero con los mismos elementos: nariz formada por un trazo triangular alargado que baja del borde, boca cuadrada provista de dientes sostenida, en este caso, por prolongaciones dentadas de las cejas y ojos grandes y oblicuos.

Las mejillas aquí están ocupadas por figuras más ó menos triangulares, cuyo interior es reticulado.

El cuerpo muestra uno de los dibujos característicos del tipo de Amaicha, una greca central, flanqueada por dos anchas figuras en zig-zag.

El Dr. Leopoldo Maupas, por su parte, halló varios fragmentos de urnas, muy cerca de las anteriores, que no revelaban sino el dato de que eran de tipo tosco y que ese lugar había sido removido; por lo que resolvió trabajar del otro lado de la tapia, pues por aquí, el zanjón producido por las aguas, había interrumpido el yacimiento.

Allí los resultados fueron más satisfactorios; en primer lugar extrajo una urna de tamaño mediano de 0.35 de alto y 0.38 de diámetro, en su parte más ancha (fig. 13), de fondo cónico terminado en una base de 0.09 de diámetro y con dos asas gruesas insertas en sentido horizontal.

Esta urna se hallaba fragmentada y llena de tierra, pero descubierta con precaución, se vió que la cubría un puco ó plato ancho, también de factura tosca, no perfectamente circular, como lo demuestran sus dos diámetros de 0.31 y 0.28.

---

(1) Véase mi *Antigua Ciudad de Quilmes* en el *Boletín del Instituto Geográfico Argentino*, tomo XVIII, núms. I, II y III, fig. 35. 1897.

(2) Estas urnas de tipo Amaicha se caracterizan porque las pinturas de la parte ventral representan dibujos geométricos, que la ocupan en sentido vertical de un modo continuo, careciendo de indicación de brazos ó de dibujos divididos en zonas transversales como en las urnas del tipo Santa María. Por excepción se hallan en estas urnas indicaciones de simbolismo animal.

El destrozo producido por la presión de la tierra y el peso de la tapia que se había construido sobre este yacimiento no permitieron la conservación de su contenido.

Separando esta urna de otra muy destrozada, también de tipo ordinario, se halló una piedra plana, casi cuadrada, de arenisca, cuya superficie presentaba un reborde muy bajo en dos de sus lados y que sirvió seguramente para moler maíz; esta pieza lleva el número 160 del Catálogo.



Fig. 13. Urna funeraria de niño con su tapa
Núm. 241 del Catálogo

Fig. 14
Núm. 225 del Catálogo

En este lugar prosiguieron sus trabajos los Dres. Maupas y Bunge, mientras el Dr. Cervini se encaminó á buscar otros yacimientos.

Cerca de las piezas anteriores, fueron halladas una urna de tipo tosco, color ladrillo, parecida al número 241, fragmentada, tapada con un gran trozo de otra urna negra que el peso de la tapia había embutido en aquella [1]; en el fondo de la primera encontramos unas cuantas muelas de leche y varias cuentas pequeñas de malaquita que, seguramente, llevaba el niño al cuello cuando fué enterrado.

Muy curiosa por su forma es el ejemplar (fig. 14) descubierto al lado de la anterior; se trata de una urna ó recipiente de 0.38

(1) Estas piezas, cuya reproducción no he creído necesario, llevan el núm. 263 del Catálogo en el Museo de la Facultad.

de altura, de factura tosca y contorno irregular aunque no desprovista de cierta elegancia, tiene el aspecto de una jarra con una asa lateral dispuesta en sentido vertical y que arranca del borde mismo, el que continúa en esa parte junto con la pared, rectamente, de manera que esa sección del cuerpo de la jarra es plano, mientras que el opuesto es saliente y curvo.



Fig. 15
Núm. 208 del Catálogo

Esta forma es, fuera de duda, intencional y de ningún modo accidental; en su interior no se halló nada.

Apesar de lo removido que se hallaba este yacimiento, pues de él se extrajo mucha tierra para la fabricación de la tapia y en la cual entraron también no pocos fragmentos de alfarería de los objetos que los trabajadores despedazaron al construirla; los Dres. Maupas y Bunge, tuvieron bastante suerte de dar con varias otras piezas, algunas de ellas interesantes, predominando, en el conjunto, la alfarería tosca.

Sin embargo, muy cerca de este lugar fué hallada la urna funeraria (fig. 15) antropomorfa del tipo del norte del Valle Calchaquí, muy semejante á alguna de las procedentes de Molinos, por ejemplo [1], de 0.70 de alto y cubierta por un puco tosco, alto y grueso.

Esta urna seguramente fué pintada y aún se notan algunos trazos de color sobre la superficie pero que no dan el carácter de su ornamentación, por haber sufrido mucho deterioro á causa del

(1) Este tipo se caracteriza por tener de relieve la línea que forma las cejas y la nariz en el gollete.

terreno compuesto, en esta parte, de una tierra arcillosa muy tenaz, que dificultaba la extracción de estas piezas, llegando á tal grado la adherencia en los objetos, que hemos sacado trozos de esta tierra de algunos fragmentos de alfarería cuyas pinturas quedaban sobre ella; de estos trozos de tierra hemos traído algunos.



Fig. 16. Mitad inferior de urna pintada
Núm. 142 del Catálogo

Corroborando lo dicho anteriormente, en el jardín de la casa entre varias otras piezas destruídas desgraciadamente, se encontró la parte inferior de una urna pintada (fig. 16) interesante por la gran serpiente de dos cabezas ornamentada con elementos de pecas que ocupa ambas caras de este fondo de urna.



Fig. 17. Fragmentos de una gran urna funeraria y de su tapa
Núm. 289 del Catálogo

Como á tres metros de la tapia se exhumaron los restos de otra gran urna con tapa. El diámetro de la pieza original fué de 1 metro; en cuanto á la altura no es posible determinarla sino aproximadamente, comparándola con otras similares, pero es posible que su forma general fuera cónica (fig. 17).

Estos dos grandes trozos se hallan expuestos en el Museo en posición natural.

El superior, que corresponde á la tapa, presenta la particularidad de tener en la sola mitad existente dos protuberancias alargadas y dos asas, pero estas dos no son iguales, una está implantada en sentido horizontal y otra verticalmente y es de suponer que todos estos elementos de adorno y fácil manejo se hallaban repetidos en la otra mitad.



Fig. 18. Urna funeraria de adultos con su tapa Núm. 222 del Catálogo

Es el primer caso de asas dobles que conozco en estas tapas. En cambio la porción, correspondiente á la urna propiamente dicha, sólo debería tener dos asas simples á juzgar por el gran fragmento hallado.

Dado el extraordinario tamaño de estas urnas, supuse inmediatamente que se tratara de un entierro de adulto, esta opinión, que no pudimos comprobar ni en este, ni en el caso siguiente, la corroboramos más tarde con un hallazgo de los más interesantes, hecho por el Dr. Maupas y del cual se hablará en su lugar.

El segundo ejemplar de esta especie que había en el yacimiento, fué el de una gran urna completa, con un gran fragmento de su tapa, que felizmente se ha podido reconstruir y exponer en el Museo de la Facultad tal cual lo demuestra el grabado (fig. 18), gracias á haber estado fragmentado en grandes trozos fácilmente restaurables.

Esta urna mide 80 cents. de diámetro, 0.10 de base y 0.50 de alto.

La tapa cónica también mide 0.60 de alto y tiene un diámetro de 70 centímetros.

La alfarería es de igual clase que la de la precedente, un poco más roja, la urna tiene dos asas colocadas en sentido horizontal y la tapa dos asas dispuestas del mismo modo y provistas de los mismos adornos que la tapa del hallazgo anterior.

Dentro de este ejemplar nada se halló á causa de las raíces de arbustos cercanos que atravesaban las paredes quebradas y habían convertido el todo en un montón de fragmentos y tierra.

Reconstruído este ejemplar, es de notar que la tapa es de diámetro menor que la urna, de modo que en vez de cubrirla, se encajaba dentro de ella, he ahí, una de las causas principales de que no hayan podido conservarse enteras ambas piezas, pues la presión de la tierra, actuando sobre la tapa, hacía actuar á ésta á su vez contra las paredes de la urna las que, al fin, cedieron, abriéndose y facilitando al mismo tiempo la rotura de aquella.



Fig. 19. Urna funeraria con tapa
Núm. 261 del Catálogo

En este mismo lugar se hallaron, además, las siguientes piezas que, examinadas, no se coleccionaron por no tener importancia:

Una media urna con el fondo de otra.

Un fondo de otra urna de barro negro.

Un gran trozo de urna negra, en cuya parte externa había un pequeño recipiente rojo, también fragmentado.

Una gran cantidad de fragmentos variados de piezas diversas, pero del mismo tipo que las anteriores y de las dos que siguen (figs. 19 y 20).

Estos dos ejemplares fueron también hallados, muy rotos y atravesados por raíces de arbustos sin contenido apreciable, una

de ellas, la núm. 261 del Catálogo, conservaba parte de la tapa que es también de alfarería tosca.



Fig. 20. Hallada al lado de la anterior
Núm. 262 del Catálogo

Ambas son del tipo común del núm. 241, aunque de tamaño un poco mayor y son de base cónico truncada; sólo se diferencian en la colocación de las asas que, en éstas, se hallan implantadas en sentido vertical.

El Dr. Maupas, en su diario, trae, al finalizar los datos de las excavaciones de este yacimiento, lo siguiente: «estos dos números se hallaban separados por una distancia de un metro y medio y enterradas á pocos centímetros de la superficie». Además, apunta la siguiente observación: «generalmente todas estas urnas se hallan rodeadas por piedras lajas, dirigidos sus extremos hácia el centro de las mismas».



Fig. 21
Núm. 290 del Catálogo

De este mismo yacimiento adquirimos de un peón, otra gran urna de forma muy interesante (fig. 21), que había extraído anteriormente, entera, salvo una gran rajadura transversal siguiendo uno de los anillos de arcilla con que fué fabricada; procedimiento éste que hemos tenido oportunidad de observar y que fué empleado exclusivamente por los viejos habitantes de la Pampa Grande en la confección de todas las grandes piezas de alfarería.

La urna que nos ocupa, por su forma tan alargada y su terminación casi en punta, causa la impresión de no haber sido destinada para uso funerario, sino más bien para guardar maíz ó para fermentar chicha ó aloja.

El que la extrajo nos aseguró no haber hallado nada en su interior; pero este dato es dudoso, pues como no tenía interés en averiguarlo, es posible que al derramar su contenido de tierra, le hayan pasado desapercibidos los dientes del niño, si los hubo, único resto que se conserva del cuerpo; pues los huesos generalmente se descomponen completamente, dada su poca consistencia y extrema fragilidad.

Con los hallazgos anteriormente descriptos, este yacimiento quedó agotado, á pesar de los muchos trabajos que efectuamos sin éxito.

EXPLORACIONES DEL DOCTOR FRANCISCO CERVINI AL SUD DEL RINCÓN

Detrás de la Casa patronal y frente al primer yacimiento, el Dr. Indalecio Gómez ha conseguido formar una gran represa ó lago artificial, por medio de grandes é inteligentes trabajos, entre los cuales merecen especial mención un terraplén destinado á desviar el río de su curso antiguo y un gran corte en una loma de piedra que da paso al excedente de aguas del mismo río.

Al rededor de este lago formado por la playa del río se elevan barrancas y lomadas de diversa altura; á juzgar por los restos arqueológicos que se encontraron, á pesar de hallarse muy dispersos y destruídos, hacen presumir que la población se extendía sobre ellas con bastante profusión.

En el lado Sudeste, en las faldas de una loma que mira al Norte y á unos cincuenta metros del río, se excavó, lo que si bien no dió buena cosecha de antigüedades, por hallarse todas ellas en muy mal estado, permitió recoger, en cambio, buenos datos para la arqueología.

En el corte de la loma y á un metro diez centímetros de profundidad bajo la superficie actual del suelo, se descubrió un antiguo fogón de forma circular de 1.50 de diámetro.

Este fogón contenía tierra cocida, carbón, cenizas, fragmentos de alfarería y huesos rotos de animales, algunos carbonizados, en parte.

Á los veinte metros al Este del fogón y á igual profundidad se hallaron un conjunto de ollas fragmentadas y mezcladas con cenizas y huesos de animales, también fragmentados, entre ellas había una en forma de taza, de barro muy mal cocido y ennegrecida al exterior, como si hubiera estado expuesta al fuego. No pudo extraerse dadas las malas condiciones en que se encontraba.

Como se ve, por los datos anteriores, no se trata en este caso de un cementerio sino de un simple paradero transitorio donde los indios, con objeto de estar más resguardados, cavarían grandes hoyos en el suelo á fin de establecer sus fogones, viviendo en este lugar el tiempo preciso para efectuar algunos trabajos, como la siembra, por ejemplo, y esto explicaría lo precario de la calidad de la alfarería á causa de la rapidez y el poco cuidado con que había sido fabricada, como para prestar servicios de corto tiempo.



Fig. 22. Puco tosco
Núm. 143 del Catálogo

Excepción á esto hace un puco ó plato pintado que se halló como á unos veinte y cinco metros cuesta abajo del grupo de ollas y á unos quince centímetros de profundidad, rodeado por un gran número de fragmentos de alfarería que se esparcían también por las inmediaciones.

Más adelante, avanzando hacia el Norte, á unos mil metros del hallazgo anterior, y del otro lado del cauce actual del río, á unos cuatrocientos metros de las faldas del Este, se hicieron dos hallazgos separados entre sí por una distancia de cinco metros.

El primero fué el de una urna grande, muy mal cocida y rústica y con la parte superior fragmentada y en su interior y fondo un gran puco también rústico (fig. 22) volcado sobre la pared lateral.

La particularidad de este hallazgo es que la urna estaba completamente pircada [1] con piedras rodadas; el todo se encon-

(1) Pirca es una pared de piedras puestas unas sobre otras sin mezcla alguna y, por extensión, se llama pircar el trabajar en piedra seca; así, un pozo se pirca, sosteniendo la tierra por medio de piedras encimadas, ó un objeto se pirca, rodeándolo de piedras desde abajo hasta arriba como para protegerlo, etc.

traba á sólo treinta centímetros debajo de la superficie del suelo.

El otro lo constituye otra urna de igual tipo y tamaño que la anterior, también muy fragmentada, pero sin estar pircada.

Se hallaba casi superficialmente.

*
* *

Volviendo sobre las lomas del Este y á unos quinientos metros al Norte del hallazgo primero, muy cerca del río y á unos quince metros de altura, varios fragmentos de alfarería desparramados por el suelo denunciaron la presencia de restos arqueológicos.

Después de varias tentativas infructuosas se descubrió, á pocos centímetros de profundidad, un recinto pircado de piedra rodada de un metro veinte centímetros de largo por cuarenta de ancho y cubierto con piedras lajas grandes (unos sesenta centímetros de largo cada una y casi cuadradas) como si fueran chapas.

Abierto este recinto, resultó tener cincuenta centímetros de profundidad y contener un esqueleto humano, pero en tan mal estado de conservación, que los huesos se pulverizaban al tocarlos y sólo se recogieron algunas muelas en regular estado de conservación.

Entre las piedras de las pircas y en sus alrededores se hallaron trozos de alfarería ordinaria, pero muy fragmentados.

El fondo de esta sepultura lo constituía una capa de tierra arcillosa muy tenaz que no permitía excavarla fácilmente.

De estos recintos se hallaron tres dispuestos en una línea y todos dieron igual resultado.

Muy cerca y casi superficialmente se recogió una mano de un molino de piedra, de los llamados por allí conanas, de tipo alargado y angosto, cuyo dibujo se publicará junto con otros, más adelante.

Á diez metros de las sepulturas anteriores y á un metro de profundidad, se halló otra, excavada simplemente en el suelo, pero tapada con una laja casi cuadrada; removida ésta y prosiguiendo con cuidado la excavactón, apareció el cráneo de un esqueleto humano, que se hallaba acostado de lado, con las piernas encogidas, la cabeza inclinada sobre el hombro izquierdo y apoyada sobre un puco, mirando al Norte.

El puco es negro, ordinario, mal cocido, sin grabados ni adornos y estaba boca abajo (fig. 23).

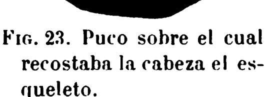


Fig. 23. Puco sobre el cual recostaba la cabeza el esqueleto.
Núm. 271 del Catálogo

Del cráneo á la superficie del suelo se midió un metro treinta centímetros (fig. 24).

Los trabajos de excavación no dieron ningún otro objeto en esta tumba y se tuvo que abandonar el esqueleto porque el estado de descomposición de los huesos no permitían su extracción utilizable.



Fig. 24. Sepulcro de un joven, cubierto por una laja de piedra

Al proceder á esta exhumación, acompañando al Dr. Cervini, sentimos una viva emoción de simpatía al presenciar esa humilde prueba de cariño póstumo de una madre pobre, hacia el joven muerto, traducida en la única ofrenda, el simple puco quizá trabajado por sus manos temblorosas, pero con el que recostó piadosamente la cabeza inerte del ser querido, entre las manifestaciones de un dolor terrible, que se evocaba á través de los siglos ante el pico sacrílego de nuestro afán científico.

Extrajimos el puco, recubrimos los huesos que por una hora habían vuelto á ver el sol que los resquebrajaba en mil fragmen-

tos y continuamos nuestra excavación hacia el lado Oeste, donde había otra laja grande.

Ésta, debajo de la laja, no dió resultado, pero en cambio, del otro lado de ella, se hizo un hallazgo muy curioso.

Una gran urna con la boca fragmentada apareció colocada verticalmente (fig. 25). Es de tipo ovoidal, munida de dos asas arqueadas hacia arriba y destacadas sin unirse á las paredes, su objeto ha sido más bien de adorno que de utilidad, pues tomada por allí no se podría mover la urna.



Fig. 25. Gran urna tosca, que contenía una urna pintada y fragmentada
Núm. 213 del Catálogo

Su factura es tosca, pero, en cambio, se halla bastante bien cocida, y por eso tiene un color ladrillo claro.

Lo que es curioso, es que dentro de esta urna se halló otra del tipo de las de Santa María, muy fragmentada, y algunos pocos dientes de leche de un niño.

Estudiados los fragmentos de la urna, resulta que fué en su origen pintada, pero por lo antigua, los colores han desaparecido por completo; además, las aristas de los fragmentos se hallan sumamente gastadas, lo que hace suponer que ya hacía tiempo que estaba rota y enterrada cuando se colocaron dentro de la gran urna, á causa, seguramente, de que los que cavaron para enterrar á ésta, se hallaron con los restos de aquélla, y por respeto ó superstición, recogieron los fragmentos y los volvieron á enterrar, colocándolos dentro de la urna nueva, como para que siguiera permaneciendo en el mismo lugar, considerando sacrilegio el hacerle cambiar de sitio.

Muy cerca de este hallazgo se encontraron tres urnas más, muy

destruídas, de factura tosca, una de ellas contenía sólo muelas de leche de un niño.

*
* *

Como á cien metros más al Sud de este punto, en las faldas de las mismas lomas que dan frente al Norte y como á treinta centímetros debajo de la superficie, se halló una urna pintada, número 237 del Catálogo del Museo, con los dibujos muy borrados, que no he creído valía la pena de reproducir por el fotograbado.

En su interior se encontraron muelas de niño [1] y fragmentos de hueso.

Junto á esta urna y separadas más ó menos, unas de otras, por una distancia de metro y medio, se hallaron varias del mismo tipo, pero casi todas destruídas y sin colores ya.

En algunas de ellas había restos de dientes y huesos de niño; en una se encontraba un puco ordinario, y en otra, la mitad de otro puco negro liso.

Todo este conjunto, como material arqueológico, fuera de los datos consignados, resultó muy pobre.

*
* *

Muy cerca de este grupo y en un zanjón cavado por las aguas, á media falda de la loma, se recogieron las siguientes piezas: sobre un cadáver de niño enterrado directamente en la tierra, y á la altura de la cabeza, un cántaro pequeño, en la misma posición que se indica en el grabado (fig. 26).

Este cántaro es de barro ordinario mal cocido, sin dibujo ni adorno alguno.

Debajo del cántaro, estaba una especie de taza (fig. 27), de barro fino y de forma cónico truncada, y ambas piezas formaban

---

[1] En estas urnas se enterraban niños, pero como los huesos son friables, se han destruído con el contacto de la tierra y sólo quedan las coronas de muelas como más resistentes.

un conjunto muy sujestivo. El cántaro se hallaba colocado de modo que su boca, dirigida al Oeste, derramase su contenido sobre la taza, y todo este simulacro libatorio, descansaba sobre el cadáver de un niño con la cabeza dirigida al Este y ricamente adornado al cuello con un collar de discos perforados de malaquita noble, vulgarmente llamada turquesa, compuesto de noventa y cuatro piezas de todo tamaño, algunas tan diminutas que no exceden de tres á cuatro milímetros de diámetro por uno ó dos de espesor, mientras que otras, mucho mayores, toman la forma de cilindros toscos [1] de un centímetro y medio de largo y uno de diámetro. En el centro se hallaba una placa más ó menos cuadrada con una hendidura, de poco espesor y un centímetro cuadrado de superficie más ó menos.



Figs. 26 y 27. Yuro y puco, colocados sobre el cadáver de un niño
Núms. 87 y 88 del Catálogo

Este collar se hallaba *in situ* y todas las cuentas se pudieron recoger una tras otra, pues estaban como incrustadas en la tierra; el cadáver, en cambio, estaba completamente destruído, y fuera de algunas coronas de muelas, nada se pudo extraer.

Con este hallazgo tan importante, se estimuló á los trabajadores, quienes siguieron cavando en un gran trecho pero sin resultado alguno: alrededor nada se halló.

En presencia de este hecho tan singular, se sugiere la idea de un sacrificio para implorar lluvia. Sacrificio de un niño enterrado con todo ceremonial, cubierto quizás con ricas vestiduras que desgraciadamente no se han conservado, adornado con ese collar de malaquita que debió ser precioso para los indios, no sólo por lo difícil de conseguirse las piedras, sino también por el trabajo de tallarlas y perforarlas, y con el simulacro del pedido que le

(1) Formas arriñonadas, tal cual se halla á veces y que los indios no han hecho más que perforar.

hacian sobre su cabeza y delante de sus ojos (1) como para que no lo olvidara cuando se transformara en genio tutelar de sus sacrificadores (2).

*
* *

A un centenar de metros del hallazgo anterior y sobre el borde de una barranca de unos quince metros de altura, el Dr. Cervini efectuó otro muy particular también.



FIG. 28
Núm. 214 del Catálogo

Se trata de dos grandes urnas que se hallaban enterradas en una línea á muy poca profundidad de la superficie del suelo, la que, á su vez, había perdido unos cincuenta centímetros de su nivel anterior á causa de desmoronamientos sucesivos y esto explica

(1) Sobre estos sacrificios de niños para obtener lluvia, me he extendido en mis *Notas de Arqueología Calchaquí, XIV. Bol. del Inst. Geog. Arg.*, tomo XIX, págs. 46 y sigs.

(2) La acción de derramar un líquido ha sido siempre símbolo de lluvia en casi todas las leyendas antiguas y aún en las simbologías más adelantadas.

por qué no pudieron conseguirse las tapas de estas urnas, completas, y sólo se recogió parte de una de ellas.

Entre ambas piezas no había sino una distancia de un metro de modo que al extraer una, forzosamente se tropezó con la otra.

La primera, de factura tosca, es piriforme (fig. 28) y de tamaño casi el doble que la otra, la base es muy pequeña y el cuerpo



Fig. 29. Urna funeraria con su tapa y adorno zoomorfo
Núm. 202 del Catálogo

cerca de la boca de un diámetro muy grande y allí hay indicios de haber tenido asas desprendidas, seguramente iguales y por el estilo de las de la fig. 25. En su interior nada se halló á causa de los derrumbes del terreno.

La segunda (fig. 29), constituye un hallazgo muy interesante por ciertas particularidades que presenta.

Como la anterior, es también de factura tosca, pero de forma simplemente cónica menos su fondo, que se trunca para formar un asiento circular.

En sus paredes se pueden ver bien marcadas las diversas bandas ó anillos de arcilla superpuestas y que indican el procedimiento de su fabricación.

En el borde y en la posición de querer trepar sobre él, como para entrar á la urna, hay una figura de animal de relieve y modelada toscamente la que, dadas las bandas transversales que cruzan su dorso, demuestran en una forma sintética que se trata de un armadillo [1] ó peludo (Dasypus sp.), como se llama en la Provincia de Buenos Aires, ó quirquincho, en las provincias del interior, y tan consiguieron los indios sintetizar bien esta forma animal, que los peones, en cuanto lo vieron, *motu propio* la interpretaron así y es un hecho demostrado que para la gente inculta la síntesis de una figura que tenga el carácter distintivo del animal que ellos conocen, es suficiente para que inmediatamente la interpreten [2].

Esta es la única urna de este género que conozco con un adorno zoomorfo.

Un gran trozo de la pared y borde de esta urna, del lado contrario al que se ve en el grabado, fué arrastrado por el derrumbe de la barranca, pero la parte que queda demuestra por una serie de agujeros perforados verticalmente desde el borde hacia abajo, en una extensión de diez centímetros, que antes de ser enterrada estaba rajada y fué compuesta de igual manera que la que aún se acostumbra usar, en estos casos, por la gente de campo por medio de tientos de cuero [3].

En el interior se hallaron solamente algunos pocos fragmentos de huesos largos de una persona adulta.

Esta urna, como puede verse, estaba cubierta con una tapa ancha y, por los fragmentos encontrados, es de presumir fuera también cónica. Como las descriptas ya, poseía asas, en este caso, transversales, y entre ellas, protuberancias salientes.

---

(1) La imagen de estos edentados es frecuente hallarla en la región calchaquí. En mis *Notas de Arqueología* varias veces he tratado de ellas. Véase *Boletín del Instituto Geográfico Argentino*, tomo XVII, pág. 557 y tomo XX, pág. 259.

(2) Sobre esto véase mis observaciones sobre el dibujo de los *Indios Cainguá del Alto Paraná*, en el *Boletín del Instituto Geográfico Argentino*, tomo XV.

(3) Pequeños y angostos trozos de cuero que se colocan mojados y que, al secarse, se contraen y ajustan; el empleo de este procedimiento ha sido frecuente en los indios para muchos usos.

El grupo de hallazgos descriptos en este capítulo puede considerarse como continuación de los anteriores, pues á pesar de que se halle el río de por medio es fácilmente vadeable en muchas partes, las distancias entre sí son tan cortas, que el todo se encadena de tal modo que puede considerarse como una sola cosa, á pesar de las soluciones de continuidad que se hallan y que responden á muchas causas que sería largo enumerar, pero principalmente de carácter topográfico.

EXPLORACIONES DEL DOCTOR FRANCISCO CERVINI AL NORTE DEL RINCÓN. REGIÓN CENTRAL ESTE

En las faldas de unas lomas que limitan el valle de la Pampa Grande por el Este, y más ó menos en el mismo centro, casi á cinco kilómetros al Norte de la Casa patronal, el Dr. Cervini continuó sus exploraciones con éxito.

Efectivamente, allí se hicieron hallazgos de importancia.

El terreno, bastante ondulado, está surcado por profundas barrancas, excavadas por las aguas, siguiendo declives determinados, y que han ido corroyendo, no sólo en sentido vertical, sino también á lo largo, formando una serie de callejones de diverso ancho, que se comunican entre sí, se bifurcan, ó siguen durante algunos centenares de metros en pendiente gradual, ascendente á medida que se alejan de su desembocadura en la playa del río. Este cruza por el frente, y como á unos cien metros ó menos en algunos puntos, á contar desde el pie de la barranca.

El conjunto de los hallazgos responde al asiento de una población estable y densa relativamente, pero que al igual de lo que sucede aún en algunas partes, ya sea por razones de benignidad de clima en ese punto, ó por falta de piedra cercana, esa población debió habitar en chozas ó ramadas de construcción lijera, pero fuerte [1]. Esto lo sugiere el hecho de que no hayamos encontrado en medio de este yacimiento tan curioso, restos de construcciones en piedra de importancia.

---

[1] La construcción á que se hace referencia, es la *quincha,* es decir: paredes de ramas paradas ó de plantas que se presten á formarlas, como la jarrilla, la pichana, el junco, la totora, la paja brava, etc., el todo bien asegu rado con una especie de costura hecha con tientos de cuero fresco, que al secarse, ajustan el conjunto sólidamente.

En uno de esos zanjones, como de sesenta metros de largo, se descubrió un esqueleto de adulto á la profundidad de un metro veinte centímetros.

El esqueleto estaba en cuclillas, mirando al Nordeste, de modo que aparecía visto de atrás.

Sobre la cabeza, y cubriéndola como un sombrero, se hallaba invertida la urna (fig. 30), de modo que sólo dejaba ver las vértebras cervicales del esqueleto, y eso por la parte destruída de la misma, por el derrumbe del zanjón, pero no es difícil que cuando fué depositada, cubriese la cabeza y el cuello hasta los hombros.

La alfarería es de tipo tosco [1].

Extraído el esqueleto, en muy mal estado por cierto, se hallaron más ó menos á veinte centímetros detrás de él, otros dos cráneos mirando en la misma dirección y separados entre éste y el primero por el vaso (fig. 31), de barro, de pasta fina, y cubierto por una faja ancha de dibujos geométricos grabados en trazos largos. Su color es amarillento.

Al lado del segundo cráneo, vimos la impresión del lugar ocupado por otro vaso (fig. 32), que había sido extraído anterior-



Fig. 30. Urna que invertida, cubría la cabeza de un cadáver
Núm. 226 del Catálogo



Fig. 31
Núm. 132 del Catálogo
$1/4$ tam. nat.



Fig. 32
Núm. 133 del Catálogo
$1/4$ tam. nat.

(1) El fondo, como que no tenía el uso de base, que tiene en los objetos similares, es convexo, de manera que no puede mantenerse en posición normal sino por medio de un soporte, y así se ha fotografiado.

mente por una mujer vecina del lugar; vaso que adquirimos después.

Esta pieza, es de formas más elegantes que la anterior, y su pasta es mucho más fina, hallándose cubierto con una gruesa capa de esmalte de color rojo vivo, que aún se conserva, y sobre el cual resaltan muy bien los grabados que lo adornan, también en faja zonal, sobre la parte superior del cuerpo.

A juzgar por el vaso citado, que el Dr. Cervini extrajo personalmente, y en cuyo interior nada halló, y lo que nos aseveró la mujer que nos cedió éste, es de suponer que ambos fueron depositados conteniendo sólo algún líquido ó algún alimento blando, cuya destrucción total fué posible en el transcurso de tantos años.

Pero lo más sorprendente del caso, consiste en que los cráneos se hallaban solos, sin los cuerpos correspondientes, y por más que allí se excavó, fué imposible dar con ellos.

Aquí vendríamos, con esto, á encontrarnos en presencia de esas curiosas inhumaciones de cráneos sueltos ó muy separados de los cuerpos, que el Sr. Methfessel halló en sus excavaciones de Loma Rica, y que dió á conocer por primera vez el Dr. Moreno [1] y más tarde el Dr. Ten-Kate [2], sin que aún se haya dado explicación satisfactoria al respecto.

Estas dos piezas completas son muy importantes como hallazgo, pues en todos los alrededores se han encontrado fragmentos de objetos de alfarería del tipo antedicho, fragmentos que presentan el carácter de fracturas antiguas, lo que hace suponer fuera costumbre ritual funeraria la destrucción de estas piezas. Además, hay que agregar otros trozos que presentaban agujeros de muerte.

Sobre esto ha llamado especialmente la atención el Dr. Ten-Kate por primera vez [1], habiendo tenido motivo de observarlo en

(1) *Exploración Arqueológica de la Provincia de Catamarca. Primeros datos sobre su importancia y resultados* en la *Revista del Museo de La Plata*, tomo I, pág. 217.

(2) *Anthropologie des anciens habitants de la Region Calchaquie* en los *Anales del Museo de La Plata*, 1896, pág. 16, donde hace mención de esqueletos hallados sin cráneos.

(3) *Rapport sommaire sur une Excursion Archéologique dans les provinces de Catamarca, de Tucuman et de Salta. Revista del Museo de La Plata*, t. V, págs. 347 y 348.

En este trabajo, el Dr. Ten-Kate daba cuenta de su descubrimiento en los

otras oportunidades; pero nunca comprobarlo de una manera tan decisiva como aquí.

En este lugar recogimos cinco ejemplares mezclados con otros fragmentos y diseminados por toda la extensión de las barrancas, y ellos nos permiten tratar la cuestión de nuevo para que no quede más lugar á duda sobre este singular rito fúnebre en el Noroeste Argentino.

Antes de pasar adelante creo conveniente detenerme sobre este punto, para describir los objetos y hacer mención de algunas de sus particularidades.

El fragmento núm. 350 (fig. 33), pertenece á un vaso cónico de alfarería fina de color rojo, que presenta, en la parte correspon-



Fig. 33. Fragmento de alfarería liso con un agujero de muerte. 1/2 tam. nat. Núm. 350 del Catálogo.



Fig. 34. Fragmento de alfarería grabado con agujero de muerte cerca del borde. 1/2 tam. nat. Núm. 351 del Catálogo.

diente á la pared de cerca de la base, un gran agujero horadado intencionalmente.

Este agujero, de un diámetro inusitado (un centímetro), y en esa posición, no tiene otra explicación sino la apuntada.

El fragmento núm. 351 (fig. 34), es de un vaso también cónico, de pasta un poco más ordinaria y pertenece al borde.

La cara externa muestra grabados, más bien toscos, que estaban divididos en zonas verticales; sobre uno de estos grabados

siguientes términos: «Très souvent j'ai constaté sur les pièces de poterie que nous exhumions des *huacas*, ou que j'achetai, des trous généralement ronds ou des cassures apparemment intentionnées. N'y attribuant pas d'importance au premier abord, je fus frappé de la fréquence de ces trous et de ces cassures, et en y prêtant mon attention de plus en plus, j'obtins la conviction que nous avions là, quoique faisant quelque variation, des cas de «tuer la poterie» des «Shiwis».

«Voyez *The Old New World*, an account of the explorations of the Hem-

se halla el agujero de muerte, el que parece horadado de adentro para fuera, y de abajo hacia arriba.

También cerca del borde, muestra el fragmento núm. 353 (f. 35) otro agujero de igual carácter, perforado de ambos lados, ignorándose por qué causa la perforación se detuvo justamente cuando se consiguió traspasar la pared con un diámetro sumamente pequeño, tan pequeño, que no deja pasar la cabeza de un alfiler, mientras que en la parte externa tiene cuatro milímetros de diámetro.



Fig. 35. Fragmento de alfarería liso, con agujero de muerte inconcluso cerca del borde. $^1/_2$ tam. nat. Núm. 353 del Catálogo.

Si en los ejemplares ya descriptos, el carácter atribuído á estas perforaciones no satisficiera de una manera convincente, los que siguen no dejan lugar á duda alguna.

El núm. 349 (fig. 36), es un fragmento triangular que muestra un gran segmento del borde y parte de la pared de un vaso de forma cónica, de mucha amplitud, poca altura y de pasta gris, muy bien cocida, que al golpearlo da sonido de porcelana fina.



Fig. 36. Fragmento de vaso con dos agujeros de muerte. $^1/_2$ tam. nat. Núm. 349 del Catálogo

menway Southwestern Archaeological Expedition by Sylvester Baxter, Salem, 1888. Cet auteur dit: « Unless the burial-jar has been specially made or reserved for the purpose, it is neatly « Killed » by drilling a hole in its bottom, or otherwise partially breaking it, thereby allowing its soul to escape with that of the person whose remains it holds (p. 18). Cf. *Compte-rendu de la septième session du Congrès International des Américanistes à Berlin* (1888), p. 172-174, où M. Cushing traite la même question en détail ».

La fotografía es del lado interno, porque de ese lado muestra mejor las dos perforaciones intencionales que presenta: una (A) se halla á catorce milímetros del borde y ha sido trabajada preferentemente del lado externo, y ha seguido una dirección inclinada de afuera para adentro; la segunda (B), en cambio, fué principiada del lado interno, y se halla en el borde inferior del fragmento, y ha determinado la rotura del vaso en esta parte.

Estos dos agujeros, tan separados entre sí, demuestran claramente la intención de destruir la pieza.



Fig. 37. Fragmento de vaso con dos agujeros de muerte. 1/2 tam. nat. Núm. 352 del Catálogo.

Igual cosa sucede con el fragmento núm. 352 (fig. 37) de un vaso de alfarería color ante, bien cocido y adornado con grabados mal hechos y dispuestos en una zona circular alrededor del mismo.

En éste, el agujero ha sido perforado en la zona ventral de afuera para adentro con un diámetro de ocho milímetros, allí, el agujero no tiene objeto alguno sino el de muerte, tanto más que muy cerca de él, á tres y medio centímetros en la zona grabada, se halla otra perforación (B) de cinco milímetros de diámetro que ha producido la rotura del vaso, y que presenta la particularidad de haber sido hecha de los dos lados verticalmente, esta perforación apenas llegó á traspasar la pared, con un diámetro muy pequeño, cuando se produjo la rotura.

Otros ejemplares interesantes son los números 354 y 355. El segundo es un fragmento de pared perforado en el centro, y al que se le ha dado una forma más ó menos discoidal, parece que se hubiese querido hacer de él un tortero ó *fusaiolo*, pero que quedó sin concluir (fig. 38).



Fig. 38. Pared de vaso con agujero de muerte. 1/2 tam. nat. Número 355 del Catál.



Fig. 39. Fondo de vaso con agujero de muerte 1/2 tam. nat. Núm. 354 del Catálogo.

En cambio, el número 354 (fig. 39) es una de esas piezas tan caracte-

rísticas que por sí solas bastan para dar la confirmación de un hecho.

Se trata del fondo de una pequeña vasija de alfarería tosca, de cinco y medio centímetros de diámetro.

Hacia un lado y no en el centro, fué perforada intencionalmente, de afuera hacia adentro, á fin de dejarla inservible.

Esto no deja lugar á duda alguna, pues si se hubiera querido fabricar un *fusaiolo* ó tortero, como podría suponerse en el caso anterior, el agujero se hallaría en el medio y no hacia un lado, y el fragmento presentaría una cierta talla para darle la forma discoidal, que aquí no se puede deducir, hallándose sus bordes fracturados, tal cual forzosamente debió producirse, dada la forma del vaso y el distinto espesor de la alfarería en este lugar, producto del poco cuidado que se ha tenido al confeccionarla [1].

Es la primera vez que se presentan ejemplares tan característicos de este curioso rito funerario en la región Calchaquí, porque las piezas que sirvieron al Dr. Ten-Kate para tomar en cuenta este hecho, no han sido publicadas hasta ahora.

*
* *

Los hallazgos anteriores y los que siguen, coincidieron con la llegada del conocido explorador y paleontólogo Sr. Carlos Ameghino y de su ayudante, el Sr. Emilio Gemigniani, que en misión del Museo Nacional, se dirigían al valle de Yocavil á estudiar los interesantes depósitos de fósiles antiguos del bajo de Andalhuala.

Como tuvieron que permanecer unos pocos días en la Pampa Grande, nos fué grato invitarlos á visitar las excavaciones.

No poca suerte para nosotros fué la aceptación por parte del distinguido colega y hasta su intervención directa en algunos trabajos, pues pudo así transformarse en un testigo presencial é inteligente de hallazgos únicos é interesantísimos.

Como el campo de exploración era muy vasto, dentro de estos zanjones, el Sr. Ameghino con su ayudante, se hicieron cargo de la

---

(1) Los cinco primeros ejemplares fueron hallados por el Dr. Francisco Cervini en el yacimiento que nos ocupa, y los dos últimos por el Dr. Leopoldo Maupas en el gran cementerio que se publicará más adelante.

extracción de la curiosísima urna (fig. 40), cuyos fragmentos aparecían en el corte del barranco, á un metro veinte y dos centímetros de profundidad y como á cincuenta centímetros al Este de los cráneos ya citados.



Fig. 40. Yacimiento de la urna (fig. 41), en el corte de un barranco, después de haber sido despojada de la tierra que cubria el frente
(Fotografia de la expedición)

Esta urna, de alfarería mal cocida, con la superficie de color blanquizco, debido quizá á la cal contenida en la tierra que la envolvía, y que presentaba un aspecto de arcilla caliza, opuso grandes dificultades á su extracción.

En primer lugar, lo delgado de las paredes, luego el estar todas rajadas y vencidas á causa del peso de la masa de tierra que contenía, y por un churquí *(prosopis ferox)* que había crecido en

su interior, y sus raíces flexibles y tenaces, introduciéndose entre las rajaduras ó produciendo otras, terminaron su obra de destrucción.

Sin embargo, gracias á un esmerado trabajo, pudieron extraerse todos los fragmentos que conveniente y pacientemente restaurados, han devuelto el original á su forma primitiva, tal cual se presenta en la fig. 41, que es fotografía directa de este ejemplar expuesto en el Museo Etnográfico.



Fig. 41. Urna de la figura 40 restaurada Núm. 205 del Catálogo

En el interior de esta urna, no se hallaron restos humanos, y sólo se extrajeron algunos huesos de llama *(auchenia)* rotos. algunos fragmentos de alfarería toscos y varios otros de piedra esquistosa de forma irregular.

*
* *

Otro hallazgo muy curioso resultó el de una gran urna, enterrada en uno de estos zanjones, como á metro y medio del borde de la barranca y que á poco de emprender la excavación mostró una gran piedra rodada, cuya superficie aparecía cubierta de placas de alfarería, como si sobre ella se hubiese modelado una cubierta de esta sustancia.

Esto que llamó nuestra atención por un buen rato, mientras se siguió la excavación con todo cuidado, lo que nos hizo perder mucho tiempo, resultó no ser más que el derrumbe de la pared de la urna sobre las piedras rodadas que habían penetrado en su interior, en número de tres, todas de gran tamaño.

La urna fué excavada interiormente y en la parte aún sana podía caber un hombre encogido, inútiles fueron todos los trabajos para verificar su contenido, sólo se halló un fragmento de una rama mandibular de un carnicero, que por el tamaño parece ser de un puma *(Felix Concolor)*.

Más adelante y sobre la barranca, en una parte donde se ini-



Fig. 42. Gran tinajón excavado en las barrancas del Este, de la Pampa Grande

Fotografía de la Expedición.

ciaba el zanjón y como á doscientos metros del río de la Pampa, apareció á flor de tierra casi, la boca de una gran tinaja.

La excavación llevada con toda prolijidad, y en la que se emplearon cuatro hombres por espacio de dos horas, dió por resultado el ejemplar más grande recogido hasta la fecha.

Mide un metro diez y ocho centímetros de altura por un metro veinte y cinco centímetros de diámetro, en su parte más ancha, y setenta y cinco centímetros de diámetro en la boca.

Con el objeto de fotografiarla se excavó primero una mitad vertical, en previsión de las dificultades que presentaría su extracción, conducción y sobre todo restauración; pero, desgraciadamente, al tiempo de enfocar la máquina, por el peso interior



Fig. 43. El tinajón de la fig. 42 restaurado y expuesto en el Museo Etnográfico. N.° 322 del Catálogo

de la tierra y por el mal estado de las paredes se nos derrumbó, dándonos sólo la fotografía que se publica (fig. 42).

Sin embargo, con paciencia benedictina, en mérito de esta pieza única, reunimos todos los fragmentos posibles, que colocados en tres cajones, nos han permitido á fuerza de constancia y con la práctica inteligente del preparador del Museo, Sr. Pedro Serié, restaurar este ejemplar que hoy es uno de los más valiosos que expone en sus salones (fig. 43).

El interior de esta tinaja solo contenía algunos fragmentos de alfarería de diversas clases, entre ellos uno grabado muy pequeño

y varias piezas también de barro cocido, largas, comprimidas y angostas, terminando en un borde semicircular con una ranura en sentido vertical al mismo y colocada en el centro.

Su empleo nos es desconocido y hemos supuesto que sirvieran para trabajar el borde de las ollas de barro.

¿Qué uso debió tener esta gran tinaja? En el primer momento nos pareció haber sido un antiguo depósito de agua, tanto más que se hallaba enterrada muy cerca de la superficie y en la caída de una torrentera que fué la que produjo el actual zanjón.

Pero teniendo en cuenta la cercanía del río por una parte, lo relativamente moderno de todos esos zanjones que seguramente se han formado muy posteriormente á los entierros efectuados por los indios, pues de otro modo no se comprende que ellos hubieran dado sepultura tan precaria á sus muertos por quienes tomaban tantas precauciones de conservación; y aún por lo moderno de estos mismos zanjones [1], pues son bastante angostos y cruzan la mayor parte este yacimiento, como hemos visto, destruyendo los objetos que encuentran á su paso, hacen suponer que no fué el de depósito de agua el empleo á que esta tinaja estaba destinada.

Además, en contra de esta suposición hay otro dato que tendremos muy en cuenta y es que la alfarería de esta pieza es de lo más mal cocida que darse pueda sobre todo del lado interno, á tal punto que puesto un fragmento en el agua se deshace fácilmente transformándose en barro.

Se vé que fué cocida sólo exteriormente y eso muy á la lijera, creyendo sus constructores suplir su resistencia con el espesor de las paredes, que varía entre un centímetro y un centímetro y

---

(1) En apoyo de lo que se expresa, hay que tener en cuenta que en las regiones montañosas las aguas de régimen torrencial transforman en poco tiempo la topografía de un lugar. Acostumbradas á correr en un sentido durante una época, cualquier objeto y aún los mismos materiales que arrastran, ó un desprendimiento producido por una avenida cualquiera, ó un árbol, ó unas piedras, etc., cambian su curso y se cavan un nuevo cauce ó se derraman en otro sentido produciendo torrenteras, zanjones, etc., como ha sucedido seguramente aquí y como puede verse en muchas partes en que el terreno forma grandes planos inclinados, donde se observan zanjones viejos abandonados por las avenidas, como lo demuestra la vegetación que los ha invadido de tiempo atrás, y á cierta distancia los nuevos con sus cortes frescos y verticales.

medio en algunas partes, mientras qne en otras no alcanza á medio centímetro.

De cualquier modo, esta tinaja llena de agua no creo que pudiera resistir, ni en caso de ser posible esto, conservarla, porque seguramente se filtraría.

Como también hay que descartar su uso funerario, es muy posible suponer que estas grandes tinajas, como también las dos que he mencionado anteriormente, hayan servido de graneros ó depósitos de maíz.

Aún hoy día se usa por los actuales habitantes de la región Calchaquí, conservar el maíz y toda clase de granos en tinajas de barro. Esta es una forma de mantenerlo seco y al abrigo de los





Figs. 44 y 45. Ídolos arcaicos. Tamaño natural.
Núms. 122 y 123 del Catálogo

gorgojos y demás insectos que puedan atacarlo y también defenderlo de los ratones y otros roedores. Esta costumbre tan antigua no es difícil que haya sido heredada de los viejos indios [1].

Como á quince metros del hallazgo anterior se recogió un ídolo de tipo arcaico (fig. 44), que quizá tenga algo que ver con las piezas de la misma forma angosta y comprimida que se encontraron dentro del gran depósito de maíz.

---

[1] No hay que olvidar que los Romanos y otros pueblos del viejo mundo han tenido la misma costumbre respecto al trigo, etc.

Este ídolo antropomorfo está formado por una barra de alfarería de cuatro y medio centímetros de ancho por un centímetro y medio de espesor en su parte más ancha y medio centímetro en la más angosta.

La parte superior termina en un borde redondeado, é inmediatamente después sobre su cara anterior muy toscamente, hechos de relieve, sobresalen la nariz y los ojos de la figura humana, de la boca no hay indicación alguna, y más abajo el objeto continúa sin otra indicación que la de una leve depresión longitudinal en el centro.

El objeto debía ser quizá mucho más largo, posiblemente un tercio más, de modo que su total sería de unos quince centímetros.

Otro ejemplar del mismo tipo, aunque más pequeño y cilíndrico que se halló también en este yacimiento, figura al lado del anterior (fig. 45).

Ambos son de alfarería tosca y su objeto nos es completamente desconocido; sin embargo el hallazgo de dos ejemplares demuestra que este ídolo no representa un tipo casual, ni es debido á la falta de habilidad en el que los hizo, sino una forma ritual que, por su misma simplicidad, debió ser muy antigua y que por lo mismo se conservaba exactamente igual, á traves de las edades; á pesar de que los viejos indios de esa región sabían modelar perfectamente la figura humana, como lo prueban otros objetos que hemos descubierto.

*
* *

Á unos ciento ochenta metros al Norte del gran depósito de maíz y á treinta metros del pie de la loma hacia el Oeste, el doctor Cervini descubrió una pirca de piedra, dirigida de Este á Oeste, de un metro treinta de largo, con un recodo en su extremidad Este, dirigido hacia al Sud, de treinta y cinco centímetros, la altura no era más que de veinte y cinco centímetros, y se hallaba enterrada á treinta centímetros de profundidad.

Seguramente esta pirca es la base de una construcción de quincha como ya he indicado, lo que no es difícil, pues aún hoy se puede ver lo mismo en algunas viviendas actuales en varios lugares del Valle Calchaquí.

Esto que he observado repetidas veces, me ha dado la clave de la utilidad que podían tener una cantidad de pircas bajas que encontrábamos en ruinas antiguas, en las cuales no existían cerca de ellas otras piedras que hubieran podido haberse utilizado para levantar las mismas á mayor altura.

Cerca de este punto, recogimos una bola de cuarcita toscamente tallada á grandes golpes [1]. Núm. 103 del Catálogo.

Como á cincuenta metros al Este de la pirca descripta y á ochenta centímetros de profundidad, se descubrió otra gran tinaja igual á la fig. 43, aún cuando sus dimensiones varien algo: un metro veinte y cinco centímetros de altura, un metro diez de diámetro mayor y ochenta y siete centímetros de diámetro en la boca.

La factura era la misma y su contenido variaba también poco: restos de alfarería, una conana ó mano de molino de piedra, y varias piedras rotas y algunas rodadas.

Este otro ejemplar, á su vez, sin presentar signo alguno de uso funerario, corrobora nuestras opiniones anteriormente emitidas.

*
* *

Un cincel de bronce pequeño del tipo común se halló en las proximidades de esta segunda tinaja y superficialmente; y cerca de la primera recogimos varios fragmentos de alfarería grabada, un hacha de piedra rota, una pecana y dentro de otra pirca baja de veinte centímetros de altura, de forma semicircular, á flor de tierra, un trozo de un mortero de piedra.

El interior de la pirca fué escavado hasta un metro de profundidad sin éxito alguno, por lo que suponemos que sobre ella debió también levantarse una ramada de quincha, que resguardase á la mujer del viento ó sol cuando molía el maíz.

En este lugar se trabajó asiduamente en escavaciones infructuosas hasta que hubo que transportarse á unos trescientos metros al Norte y continuar allí las investigaciones.

*
* *

(1) Una pieza igual y de la misma Pampa Grande coleccioné en 1895 durante la primera expedición que efectuamos en compañía del Sr. Eduardo A. Holmberg, hijo, cuando fuimos á estudiar las grutas pintadas de Carahuassi.

En este nuevo lugar, varias urnas funerarias se exhumaron; entre ellas una pintada de tipo de Santa María, pero muy destruída.

Otra es del tipo de Molinos (fig. 46), también con sus cejas y ojos de relieve, y muestra rastros de su ornamentación de grecas muy borradas ya.



Fig. 46. Urna antromorfa tipo de Molinos. N.° 244 del Catálogo

A orillas de un zanjón y á setenta centímetros de profundidad, muy cerca unas de otras, se hizo un curioso hallazgo de un grupo de cuatro ollas, las cuatro de distinto tipo, casi un muestrario de alfarería.

La núm. 238 (fig. 47) tosca y de asas separadas del cuerpo, de treinta y ocho centímetros de altura por treinta y seis de diámetro mayor, contenía en su interior el puco (fig. 49) fragmentado, globular, también tosco, adornado con un reborde y una pequeña asa formada por dos cordones retorcidos.



Fig. 47. N.° 238 del Catálogo, $^{1}/_{11}$ tamaño natural



Fig. 48. N.° 237 del Catálogo, $^{1}/_{11}$ tamaño natural

La núm. 237 (fig. 48) piriforme, también tosca y de asas ce-

rradas, cubierta por una piedra laja, no distaba de la anterior más que cuarenta centímetros.

A pocos metros de este grupo, aparecieron á flor de tierra los núms. 235 y 236, separadas entre sí por un espacio de casi dos metros (fig. 50 y 51).



Fig. 49. Puco hallado dentro de la urna N.° 238, $^1/_5$ tam. nat.

El tipo de ambas es semejante sobre todo por la forma é implantación de las asas que arrancando del borde, se dirigen como continuación de él, en curva, hacia la parte superior de la olla, lo que les da un cierto parecido con algunos vasos griegos, y un aspecto elegante y gracioso.

Son de notar las asas de la olla (fig. 51), que están formadas por dos tiras de barro retorcidas juntas, como una cuerda, el



Fig. 50. N.° 235 del Catálogo, $^1/_{11}$ tamaño natural



Fig. 51. N.° 236 del Catálogo, $^1/_{11}$ tamaño natural

cuerpo de este ejemplar difiere del otro por no ser globular, sino compuesto de dos secciones de cono, unidas por su base y tener la boca más ancha y el gollete bajo, siendo todas sus líneas mucho más regulares y correctas. En cuanto á la calidad de la alfarería, también es superior.

La olla núm. 235 estaba cubierta por un puco tosco; en cuanto á la núm. 236, contenía una vasija rústica de color plomizo frag-

mentada (fig. 52)[1], que debió tener la forma de un jarrito con un asa lateral dirigida en sentido vertical.

Entre estos dos grupos de ollas, pero en las proximidades del primero y á distancia de cuatro ó cinco metros hacia el Este, el Dr. Cervini descubrió su último hallazgo en este yacimiento, que la premura del tiempo y la necesidad de explorar otros puntos obligaron á abandonarlo.

Se trata de piezas pequeñas de alfarería, de carácter votivo ó depositadas en la tierra con ese objeto, aunque su uso originario no haya sido, precisamente ese, en algunas de ellas.

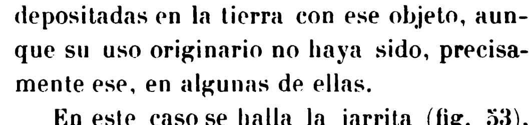


Fig. 52. Hallado dentro de la olla Número 236, $^1/_4$ tamaño natural.

En este caso se halla la jarrita (fig. 53), hallada á un metro treinta centímetros de profundidad, de asa retorcida, vertical y que arranca del borde como sucede en la olla figura 51.

La particularidad que ofrece este ejemplar es que la pared opuesta á la del asa es muy convexa y saliente. Esto tiene su explicación, y es que su objeto fué el de calentar agua: arrimando la jarrita al fuego de modo que la llama y el calor den directamente sobre la parte convexa y se produzca así la ebullición, sin que el asa se caldee y permita poder retirarla del fuego y emplear el agua sin quemarse las manos.



Fig. 53. N.° 131 del Catálogo, jarrita para calentar agua, $^1/_5$ tam. nat.

Esta forma y otras análogas son frecuentes en el Valle Calchaquí, y los antiguos indios, dando asimetría á las líneas de construcción de estos recipientes, demostraban ser más prácticos y lógicos que los actuales campesinos, que empleando para iguales fines vasijas también de alfarería, no se les ha ocurrido aún echar mano de este procedimiento tan sencillo, para evitarse pérdida de tiempo y otros inconvenientes, y continúan fabricando cacharros simétricos.

---

[1] Esta vasija lleva el núm. 139 del Catálogo.

Este ejemplar, como todos los de su especie, es de alfarería ordinaria, y tiene trazas de haber sido usado antes de enterrado.

De mejor pasta, más homogénea, resistente y lisa es la pequeña vasija (fig. 54), hallada cerca de la anterior, pero casi superficialmente.



Fig. 54. N.° 134 del Catálogo, 1/5 tam. nat.

Esta pieza es la reproducción en miniatura de algunas vasijas de igual forma, muy elegantes, de barro fino, que con alguna frecuencia se pueden exhumar en los Valles Calchaquíes y aun en la Cuenca de Londres de Catamarca, con la diferencia de que aquéllas son ornamentadas con pinturas, mientras que este ejemplar es negro.

Probablemente ha sido enterrado ocasionalmente y en origen debió haber servido como útil doméstico.



Fig. 55. N.° 141 del Catálogo, 1/5 tam. nat.

De carácter puramente votivo son las dos piezas que siguen, halladas la primera (fig. 55), á seis metros de las otras, enterrada á cincuenta centímetros de profundidad, y la segunda (fig. 56), más cerca aún, casi superficialmente y á orillas de un zanjón, rodeada ésta de restos de huesos y entre ellos una rama mandibular de llama, carbón y fragmentos de alfarería variados.

La núm. 141 es una vasija fragmentada, en su parte superior algo parecida á la anterior, pero no se puede asegurar por hallarse mutilada y sin que se hayan encontrado los trozos que faltan. Está pintada de negro sobre blanco y los dibujos que se advierten son simples combinaciones de rectas, elementos de grecas y figuras ajedrezadas.



Fig. 56. N.° 90 del Catálogo, 1/5 tam. nat.

La núm. 90 es más interesante, todo el cuerpo de la vasija representa dos caras humanas mediante un relieve que forma las cejas y nariz y otros que representan los ojos.

El modelo seguido es el mismo de las urnas funerarias del tipo de Molinos, é igual es la disposición de las dos caras, una de cada lado de la vasija.

Su objeto indudablemente ha sido votivo.

Con estos objetos y un puco ó plato [1] pintado, pero con los dibujos muy borrados, que se encontró entre ellos, se terminaron los hallazgos en esta zona.

EXPLORACIÓN PRELIMINAR DEL DOCTOR LEOPOLDO MAUPAS AL NORTE DEL RINCÓN

A dos kilómetros de la Casa patronal hacia el Norte, sobre la primera loma del Este y á espaldas de una casita, conocida bajo el nombre de Rancho de la Dominga, donde habita una mujer llamada así, se encuentra un gran zanjón, uno de los tantos que sirven de desagüe á todas esas lomas.



Fig. 57. Urna con tapa, hallada sobre un esqueleto. Núm. 203 del Catálogo

Allí exploró el Dr. Leopoldo Maupas, acompañado por el Dr. Bunge, con éxito variado, supliendo la calidad de los hallazgos á la cantidad de los mismos.

El más importante fué el de una gran urna, color ladrillo amarillento, de setenta centímetros de alto por cincuenta y seis de diámetro, de forma regular y cubierta por una tapa pequeña (fig. 57) [2].

Presentaba sólo la mitad vertical á causa de un derrumbe, que la hacía aparecer en la pared de la barranca del zanjón. Como es natural, el contenido se había perdido.

(1) Núm. 273 del Catálogo.

(2) El clisé muestra este ejemplar en la forma que se ha restaurado en el Museo. No habiendo datos como completar la tapa, se ha resuelto colocar en su lugar los fragmentos hallados.

Esta urna se hallaba enterrada sobre el cadáver de un adulto y separada de él como á un metro, de modo que aquél yacía á dos metros y medio de la superficie, profundidad bastante considerable, si se tiene en cuenta la dureza del terreno.

Cubrían el esqueleto lajas de piedra, y algunas rodeaban especialmente el cráneo, por un lado.

Varios fragmentos de alfarería toscos acompañaban los huesos.

Como á un metro y medio y á la misma altura de la urna fig. 57, se encontró la curiosa y pequeña urna de tipo antropomorfo (fig. 58), que uno de los peones bautizó con el nombre de retrato del muerto [2].



Fig. 58. Facsímil de una urna funeraria antropomorfa, tamaño natural. Número 128 del Catálogo.

Es una verdadera reducción facsimilar de otras de ese mismo tipo que hemos hallado en esa zona, presentando todos sus caracteres sin excluir las asas.

La existencia de estas urnitas ha sido frecuente en la Pampa Grande, á juzgar por otros hallazgos sueltos que se han hecho que he tenido oportunidad de ver, y todas ellas son del mismo tipo antropomorfo.

Ante este hecho, uno se pregunta, ¿qué objeto preciso habrán tenido?

El tipo de estas urnitas es exactamente igual al de las empleadas para enterrar niños; de manera que es muy probable que el hallarse á su vez enterradas en un cementerio, responda á la substitución de una urna, que no pudo enterrarse por cualquier causa, ó porque el cadáver del niño no pudo hallarse: desaparecido en alguna creciente del río, despeñado en algún precipicio, arrebatado por alguna fiera, comido por los zorros ó cóndores antes de ser sepultado; y que como para que constase ó á fin de

(²) Doy el dato, simplemente, por su valor de interpretación ingénua de esas gentes, descendientes, muchos de ellos, de los viejos pobladores de la región.

que el alma del niño tuviera donde refugiarse y habitar, la madre se apresuraba á fabricarle una vivienda.

Como objeto votivo, á un muerto adulto, no nos parece que fueran á elegirle precisamente el simulacro de un ataud de niño, por otra parte, sabemos que éstos eran siempre de otro tipo, por eso desde el primer momento he descartado la idea de suponerle ese carácter.

Junto á esta urnita se halló otro pequeño vaso muy tosco (fig. 59), el que seguramente fué votivo.



Fig. 59

Como á tres metros y medio de la gran urna, apareció otra pequeña y bastante destruída, en el fondo se descubrieron rastros de huesos de niño y tres fragmentos pequeños de carbón.

El Dr. Bunge extrajo sobre la misma loma, pero dando frente al río y ya fuera del zanjón, la urna (fig. 60), única en su género.

Es completamente ovoide, tosca y pequeña treinta y siete centímetros de alto.

Esta urna no puede permanecer en posición vertical, porque su base no lo permite; fué hecha para colocarla en un agujero cavado en el suelo.



Fig. 60. Urna de fondo cónico y asas invertidas. Núm. 227 del Catálogo

Como en su interior nada se halló, es posible que no haya tenido uso funerario, ó si lo ha tenido, ha sido simplemente accidental.

El borde no se pudo encontrar.

Lo particular que ofrece este ejemplar, es la disposición de las asas, transversalmente colocadas pero al revés, pues se hallan dirigidas hacia abajo.

Como á veinte y cinco metros de la anterior, se excavó otra urna pintada pero completamente destruída, de la que sólo se recogieron algunos fragmentos, y se pudo constatar que había contenido huesos.

Alrededor de este hallazgo, siguieron apareciendo fragmentos grabados y pintados, un medio gollete de otra urna, y varias asas

de urnas toscas, algunas rudimentariamente ornamentadas con puntos. En su lugar correspondiente se describirán.

Hacia el interior y sobre la meseta de la barranca, detrás de la casa de Dominga, se halló como á cincuenta centímetros debajo



Fig. 61. Gran urna fotografiada por no haber sido posible extraerla. Lo que aparece, es sólo el tercio superior con la tapa muy fragmentada.

Fotografía de la Expedición.

de la superficie del suelo, una gran urna cubierta con su tapa, de tipo sumamente tosco, y tan mal cocida que la alfarería se deshacía con la simple presión de los dedos.

A pesar de eso, se procedió á su excavación con todo cuidado, y dado su estado de rotura, á causa del peso de la tierra que contenía, se resolvió fotografiarla *in situ* á medida que apareciera; sólo conseguimos hacerlo una vez, como puede verse en la fig. 61, habiéndose desmoronado después.

El interior contenía un esqueleto de niño cuyo cráneo apareció aunque muy destruido, algunos fragmentos de huesos de llama rotos y partidos longitudinalmente, como para extraer la médula, restos seguramente de un banquete fúnebre, lo mismo que los pedacitos de carbón con los que se hallaban mezclados.

Se extrajo también del interior de esta urna, la piedra inferior de uno de esos molinos de mano llamados conanas, un fragmento



Fig. 62. Excavación de una pequeña urna, superficialmente enterrada. Núm. 253 del Catálogo.

Fotografía de la Expedición

de tierra roja usada como pintura y varios trozos de alfarería diversa, sobre todo de pucos, uno de estos pintado.

En ese radio se exhumaron algunas urnas y otras se tuvieron que abandonar por el estado de destrozo en que se encontraban.

Casi todas estas piezas estaban enterradas á poca profundidad, y se comprende hasta cierto punto por el gran tamaño de

muchas [1], que variaban de ochenta centímetros á un metro de alto por sesenta de diámetro en la parte más ancha.

La fig. 62 muestra la excavación de una de estas urnas, pero pequeña, de tipo también nuevo, dentro de la cual no se halló más que un fondo de otra olla.

En las grandes había invariablemente huesos humanos y los de este radio todos pertenecían á niños ó jóvenes, siempre mezclados con carbón, huesos de llama y pedazos de piedra de carácter esquistoso ó fragmentos de areniscas.

Vueltos al zanjón anteriormente explorado, se descubrieron un par de docenas de urnas, diseminadas en pequeños grupos de dos y tres, siempre siguiendo la barranca del mismo, ya sea de uno ó de otro lado


Fig. 63. Núm. 223 del Catálogo

Todas las piezas presentaban el carácter de rusticidad que hemos encontrado hasta ahora, excepción hecha de los fragmentos destrozados, finos y pintados, hallados al Sud de la casa de Dominga, y que formaban como una isla arqueológica entre el tipo general de este yacimiento.

El estado de conservación de todas estas piezas era deplorable, enterradas casi superficialmente, el peso de la tierra, el andar de los animales y el derrumbe del zanjón las habían destruído.

Entre estas urnas se halló otro esqueleto humano de adulto pero ya no á la profundidad del esqueleto anterior, sino sólo á setenta centímetros, y que no pudimos coleccionar por no permitirlo el estado de los huesos.

A pesar de todo conseguimos extraer tres urnas cuyos tipos no poseíamos aún.

La (fig. 63) no está completa pero es interesante por la forma

(1) Esto que parece haber sido regla general en este pequeño yacimiento, no se confirma en otros como lo veremos más adelante.

de las asas del mismo tipo que las de la urna fig. 64; parece casi seguro que la primera debió haber presentado la figura de la segunda cuando se hallaba completa. Esta última muestra el ornato de puntos de relieve alrededor del gollete, lo que debió haber sido frecuente aquí.

Las asas destacadas y dirigidas para arriba, ya sea en un solo block ó hendidas en la punta como dos cuernos, se han hallado en muchos ejemplares y es asombroso el número de ellos que se



FIG. 64. Urna con ornato de puntos en el gollete. Núm. 224 del Catálogo

descubren desparramados por todos los yacimientos y en todas partes (1).

La urna (fig. 64) se hallaba tapada con una piedra que aparecía en la superficie del suelo; y la (fig. 63) contenía á más de los huesos, algunas piedras en el interior junto con pedazos de carbón. Seguramente la laja que también la cubría, había desaparecido con el borde en el derrumbe de la barranca.

(1) Ya en 1895 cuando visité por la primera vez esta región me intrigó este tipo de asas, pero como entonces el tiempo de que dispuse fué muy corto en la Pampa Grande, y poca suerte me acompañó, no conseguí ejemplar alguno que demostrase su inserción, así que creí mejor guardar los fragmentos sin publicarlos, aunque ya revelaban algunos datos interesantes, esperando mejores tiempos y nuevos elementos.

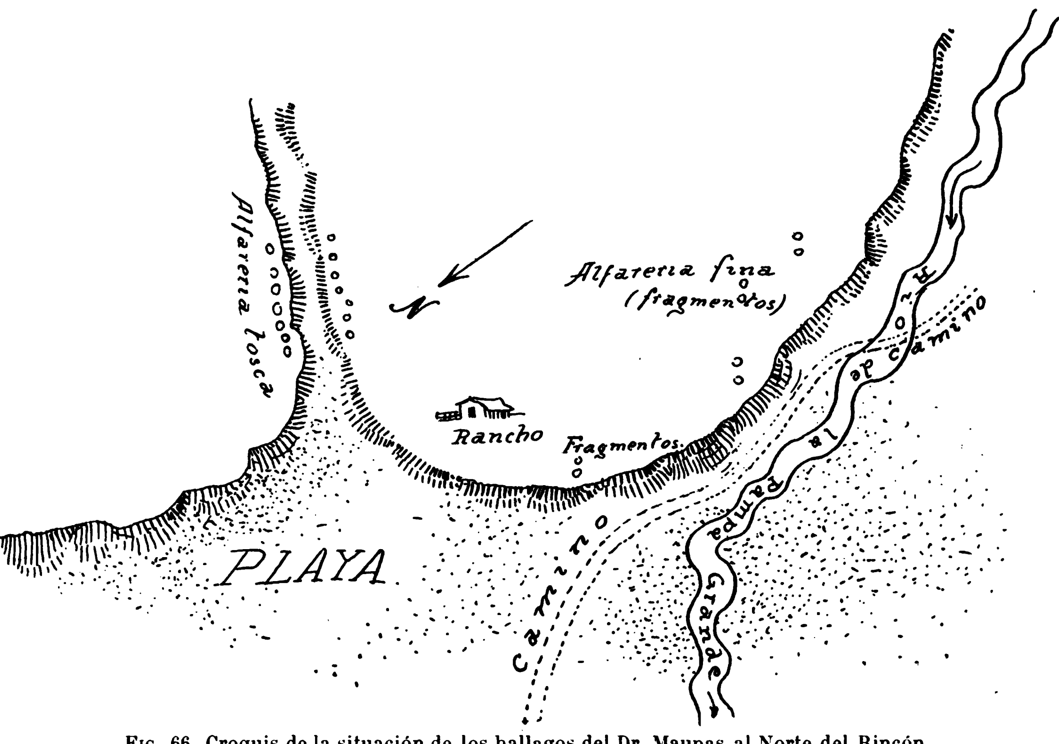


Fig. 66. Croquis de la situación de los hallagos del Dr. Maupas al Norte del Rincón y á inmediaciones del Rancho de Dominga.

La (fig. 65) hace excepción al modo de cubrir las urnas y como en el primer hallazgo, la piedra fué reemplazada por un puco tosco de paredes muy gruesas que habiéndose fragmentado,



(Fig. 65. Urna tosca tapada con un puco también tosca. N.° 234 del Catálogo.

se hallaba boca abajo, en el interior de la urna, cubriendo un cráneo de un niño en pésimo estado de conservación [1].

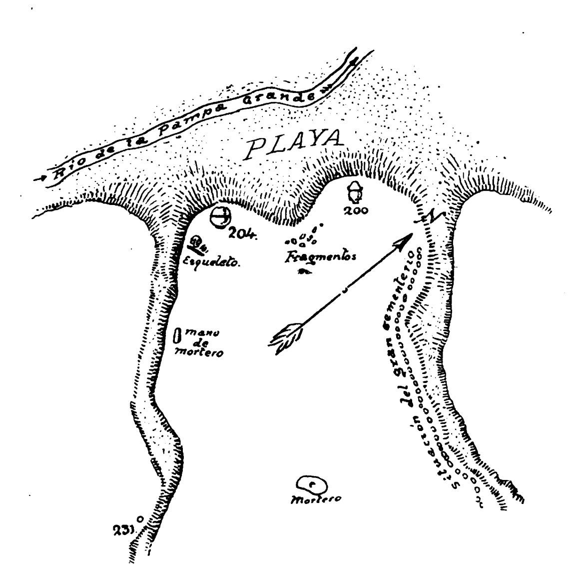
---

[1] Que se trata de su tapa y no de un puco colocado en su interior al tiempo de depositar el niño, lo demuestra el hecho de que restaurado se adapta perfectamente como tapa y no puede penetrar dentro de la urna, por esta razón, es que en el Museo Etnográfico se ha montado esta pieza tal como se vé en el grabado.

EXPLORACIORES DEL DOCTOR LEOPOLDO MAUPAS EN EL GRAN CEMENTERIO AL NORTE DEL RINCÓN

Terminadas las escavaciones alrededor del rancho de Dominga, el Dr. Leopoldo Maupas se corrió hacia el Sur, más ó menos kilómetro y medio y tuvo la suerte de descubrir un gran cementerio.

La necrópolis se hallaba sobre una plataforma situada al pié



Croquis de la situación de los hallazgos en el gran cementerio explorado por los Dres. Leopoldo Maupas y Carlos O. Bunge

y como prolongación de una loma alta, de las tantas que bordean la Pampa grande por su parte Este.

Dos zanjones escavados por las aguas y que corren de N. E. á S. O., separan esta porción de la plataforma del resto de ella, dándole el aspecto de una lengua de tierra, cuyo frente, á su vez, ha sido escavado por el río cortándolo casi verticalmente.

Entre los zanjones habrá un ancho de cuarenta metros término medio y su menor altura desde la playa del río es de siete metros que se aumentan á medida que se vá hacia la loma, ascendiendo en plano inclinado.

Diversas plantas y arbustos espinosos cubren el suelo, compuesto de tierra vegetal en una capa de tres á diez centímetros y arcilla arenosa en algunas partes muy tenaz.



Fig. 67. N.º 200 del Catálogo
Urna funeraria improvisada con su tapa.

Sobre la lengua de tierra y casi á los treinta metros del frente hacia el interior, se encontró un gran mortero, formado por una piedra tosca, con un hoyo en el centro.

Los hallazgos principales y numerosos fueron hechos en el barranco correspondiente al zanjón del Norte; pero los primeros aparecieron en el borde del frente mirando al Oeste.

En esta última parte y en el centro del borde se recogieron superficialmente muchos fragmentos pintados y algunos también

grabados que pertenecían en su mayoría á pucos de carácter funerarío. Entre ellos, uno con un adorno ornitomorfo y otro con un lagarto en relieve; los había también de urnas funerarías y algunos de carácter antropomorfo (1).

A uno y otro lado de estos fragmentos se extrajeron dos grandes piezas ambas muy curiosas.

La primera fig. 67 representa una forma de inhumación de un adulto en urna, en la que se ha procedido á la adaptación de un objeto destinado á otro uso.

Esto hace que ofrezca particular interés, siendo la primera vez que se señala un hecho análogo en nuestros anales arqueológicos.

Una tinaja globular de gollete estrecho y alto fué enterrada en posición invertida, habiéndosele eliminado el fondo para poder introducir el cadáver y luego se cubrió el todo con una tapa cónica, que seguramente ya estaba fábricada y correspondería á otra urna, destruída por cualquier causa.

Este ataúd improvisado necesitó una gran escavación para poder contenerlo, pero no fué muy profunda y es por esto que se descubrió casi superficialmente.

Pues descontando los derrumbes de la barranca, hay que tener siempre en cuenta los cuarenta y tres centímetros del alto de la tapa,—que se halló rota y dentro de la tinaja, á causa de la presión de la tierra,—altura que corresponde más ó menos al derrumbe; de manera que cuando el todo fué enterrado, posiblemente la parte superior de la tapa, quedaría á lo sumo á diez ó veinte centímetros debajo de la superficie del suelo.

Esto por otra parte, se explica, si se tiene en cuenta los pocos elementos de que disponían los indios para escavar y las dificultades que le oponía el terreno formado, como he dicho, por una arcilla algo arenosa pero bastante tenaz.

Sin embargo, como veremos en otros puntos de este mismo cementerio, no ha sucedido siempre así.

La tinaja tiene en el gollete treinta y siete centímetros de diámetro y su altura, desde este punto hasta donde fué utilizada cincuenta y nueve centímetros, presentando aquí un diámetro de setenta y tres centímetros.

---

(1) Más adelante se hallarán los grabados correspondientes.

La alfarería aunque tosca, está bien cocida, tiene un centímetro más ó menos de espesor y á esto y á su colocación se debe que se haya conservado intacta á pesar de la presión de la masa de tierra y fragmentos de la tapa que contenía en su interior.

La tapa es un poco más rojiza que la tinaja, cuyo color es ceniciento obscuro, y su forma es cónica algo globular en el borde; el fondo ó parte superior ha desaparecido, pero lo existente y la comparación con otras tapas hace presumir que en vez de terminar en punta, se truncaba, presentando una superficie circular de seis á siete centímetros de diámetro.



Fig. 68. N.° 204 del Catálogo. Urna funeraria improvisada.

En cuanto al diámetro del borde es de setenta y siete centímetros.

En el interior se hallaron, muy destruídos, el cráneo y los huesos correspondiente á un esqueleto humano adulto, varios huesos de llama, rotos y partidos intencionalmente, que demuestran ser los restos de algún banquete fúnebre ó una ofrenda de alimentos al muerto.

Exteriormente había fragmentos de alfarería, entre ellos uno grabado y un idolillo también de barro cocido pero muy primitivo.

El clisé fig. 67, muestra la forma en que ha sido expuesta esta pieza en el Museo de la Facultad.

El segundo hallazgo, separado unos veinte metros al Sur del anterior, resultó ser una gran urna de tipo único hasta la fecha.

Muy destruída, á causa de la mala calidad de la alfarería y de dos grandes lajas de piedra que se hallaron en su interior, pudo reconstruirse gracias á la paciente extracción efectuada por el Dr. Maupas.

Como se vé en la fig. 68 es de tipo globular lisa y ceñida en la parte equatorial por una angosta faja saliente adornada con impresiones profundas circulares, unas al lado de las otras, separadas entre sí por pequeños levantamientos.

Este adorno sólo se interrumpe para dar lugar á las asas que son relativamente pequeñas, gruesas y dispuestas en sentido horizontal.

El grabado muestra la pieza invertida, tal cual se halló enterrada, pues aquí, como en el caso anterior, no se trata de una urna fabricada para uso funerario, sino de una adaptación de un recipiente á ese objeto, siguiendo el mismo procedimiento, es decir, la eliminación del fondo; y este dato lo constató el Dr. Maupas al proceder á su extracción.

El gollete es muy bajo, cuatro centímetros y de poco diámetro; veinte y tres centímetros y esto explica lo dicho. En cuanto á la vasija es mucho mayor que la anterior; su altura es de ochenta y cinco centímetros y su diámetro setenta y siete.

Acompañando los fragmentos de esta pieza y revueltos entre los mismos, se extrajeron muchos otros correspondientes á un gran fragmento de otra vasija (fig. 69).

Esto recién se pudo ver en el laboratorio al proceder á la restauración de la urna anterior, pudiéndose distinguir, una vez limpios los fragmentos por la diversa calidad de alfarería.

Este gran trozo es la mitad vertical de la parte zonal de una gran urna de setenta y seis centímetros de diámetro.

Posiblemente este fragmento que tiene cuarenta y cinco centímetros de ancho y las dos piedras lajas ya mencionadas, fueron utilizadas como tapa, para cubrir de alguna manera al cadáver colocado dentro de la urna, antes de recubrir el todo con tierra.

Dado el estado de destrucción de esta pieza, los huesos que contenía estaban muy descompuestos y solo se pudieron recoger los dientes que resultaron ser de una persona adulta.

A pocos metros del hallazgo anterior y sobre el borde del zanjón del Sur, se descubrió un esqueleto humano cubierto por varias lajas de piedra.

Este dato es de la mayor importancia por cuanto empezó á demostrarnos que los dos sistemas de inhumaciones en urnas y directamente en el suelo, se habían practicado en ese cementerio y casi seguro, contemporáneamente.

El esqueleto, como la gran mayoría de los restos humanos que exhumamos en estas regiones, se hallaba en muy pésimas condiciones de conservación.



Fig. 69. Gran fragmento de urna hallado junto á la urna N.º 204. N.º 240 del Catálogo.

Más adelante fué recogida una mano de mortero de arenisca, cónica, corta, con una superficie plana y otra convexa que tiene el N.º 152 del catálogo.

Siguiendo dentro del zanjón se descubrió la urna pintada, N.º 231 del catálogo, de tipo de Santa María, cuyo dibujo no creo necesario dar aquí, (1) y que contenía un puco roto. Esta urna yacía en el fondo del zanjón, enterrada sobre la margen izquierda del mismo, lo que prueba que ese mismo zanjón ya existía en la época en que los indios habían elegido ese punto para cementerio,

(1) La urna tiene un aspecto muy antiguo y sus dibujos se hallan muy borrados.

porque de otro modo no se comprende el entierro á esa profundidad, más ó menos unos seis metros.

*
* *

En ese lugar fueron inútiles todos los trabajos para encontrar otros restos arqueológicos por lo que el Dr. Maupas resolvió transladarlos al zanjón del Norte.

Allí el éxito fué insuperable, el cementerio empezó á entregar sus entierros, uno tras otro, poniendo en serios apuros á su descubridor por la complejidad y abundancia de los hallazgos que se sucedían sin interrupción.



FIG. 70. Vista de las excavaciones en el gran cementerio sobre el zanjón Norte.

El Dr. Bunge prestó también valiosa ayuda al Dr. Maupas en estas escavaciones.

Atacado el trabajo en varios puntos á la vez, gracias á la abundancia de personal, y en una extensión de más de cuarenta metros, el orden de los hallazgos no concordaría con el de yacimiento, tanto más que en un punto se trabajó durante varios días seguidos y en cada uno aparecían piezas correspondientes al mis-

mo grupo; de manera que la descripción tiene forzosamente que ser la resultante de todos los datos obtenidos.

Con el material y el diario de escavaciones se ha podido ordenar y confeccionar el diagrama que se acompaña en hoja separada, en el cual se puede ver la disposición y situación relativa de los objetos hallados, dando una idea muy exacta de lo que fué este cementerio.

La descripción detallada de los hallazgos, se hace á contar desde la desembocadura del zanjón en la playa del río, hacia el origen del mismo; este orden por diversas razones es el que parece más



Fig. 71. Hallazgo al terminar el zanjón.
Lo que aparece en la excavación es la boca de la urna N.° 207 tapada con su puco.

lógico, porque precisamente en ese punto la barranca se corta y desciende de un modo brusco como lo demuestra la (fig. 71).

Precisamente allí, y á setenta centímetros de profundidad, se descubrió una urna completa de tipo antropomorfo, que se hallaba resguardada por una laja de piedra plana (arenisca roja) y cubierta además por un puco tosco, ordinario, circular de treinta y cuatro centímetros de diámetro por nueve de altura.

Este puco en el borde, y en cruz equidistantes, tiene cuatro incisiones pequeñas; como ornamentación es bien simple por cierto.

En cambio, la urna es de un tipo completamente diferente y propio de esta región. (fig. 72).

La línea general es la de las urnas de Santa María, un gollete alto y ancho y un cuerpo casi ovoidal de base pequeña y con dos asas cortas, gruesas y anchas implantadas en sentido transversal.



Fig. 72. Urna antropomorfa cubierta con un puco y una laja de piedra. N.° 207 del Catálogo.

Pero aquí todo el gollete y en un solo frente, se halla ocupado por una cara humana moldeada en relieve y pintada al mismo tiempo.

El relieve en estas urnas no es exageradamente acentuado sino en ciertas partes, ojos, nariz y boca, como para dar mayor expresión á la figura; en vez en la correspondiente á las cejas y mejillas es tratado muy parcamente y hasta con delicadeza.

Como he dicho en otra parte (1), creo que esta cara humana representa, la figura convencional de un muerto y en estos ejemplares este carácter se nota mejor tomando en cuenta los ojos cerrados y la boca semiabierta que muestra los dientes.

Particularidad digna de notarse es la de los ojos, inclinados, de tipo mongólico, que se observa en este y en los demás ejemplares recogidos en este mismo cementerio.

El artista quizo aquí esmerarse en el modelado del mento, pero le salió exagerado.

(1) *Notas de Arqueología Calchaquí*, I.

Las pinturas están muy destruídas. En su interior no se halló nada por lo que suponemos que el niño, enterrado en ella, debió ser muy pequeño, pues como lo demuestra la figura anterior, esta urna fué hallada perfectamente cubierta con su puco y la laja de piedra, demostrando así que nunca fué removida.

A un metro de profundidad y separada de la anterior á igual distancia tropezamos con la urna negra (fig. 73) de tipo tosco, con asas dispuestas transversalmente.

Contenía un puco de alfarería regular, pintado en su origen, pero con sus dibujos ya pérdidos, dos trozos pequeños de otra urna negra y fragmentos de huesos de niño.



Fig. 73. N.º 247 del Catálogo.

Sus dimensiones son: cuarenta y cuatro centímetros de altura por casi otro tanto de diámetro en su parte más ancha y veinte y nueve en la boca.

Como ya hemos visto, por los hallazgos de otros lugares, aquí también se nota la promiscuidad de estos dos tipos de alfarería; la tosca sin dibujos ni adorno, y la más adelantada como en el caso anterior de tipo antropomorfo, pintadas y trabajadas con todo esmero; pero desde ya es bueno tener en cuenta que en general todas estas urnas negras y toscas se hallan siempre más profundamente enterradas que las pintadas. Más ó menos, á un metro de esta urna y con la cabeza cubierta por un puco negro, yacía un esqueleto adulto que había sido enterrado directamente en el suelo y en posición encogida y sin que lo rodease piedra, laja, ni objeto alguno.

Siempre más ó menos á igual distancia: un metro ó metro y medio, se tropezó con un grupo de tres piezas. Todas ellas pintadas pero muy destruídas: dos urnas de tipo de Santa María colocadas en distinta dirección, es decir, la base de una inclinada hacia el Oeste, se hallaba sobre el gollete de la otra inclinada ha-

cia el Este, y enterrada más profundamente. Esta última núm. 255 del Catálogo, estaba cubierta por una conana ó mano de molino larga y angosta, y la otra núm. 256 nada poseía; en ambas había pequeños fragmentos de huesos de niño y algunos dientes, muelas, etc.

Á un lado se encontraba la tercer pieza fragmentada, que se pudo reconstruir en el laboratorio del Museo (figura 74).



Fig. 74. N.° 135 del Catálogo. Vaso hallado junto á las urnas núms. 255 y 256

En un vaso de líneas elegantes, de diez y siete centímetros de alto, de bordes salientes lo que hace que su boca sea ámplia (veinte y seis centímetros de diámetro), dos asas cortas y anchas diridas hacia arriba, como las de las urnas funerarias pintadas, adornan el cuerpo pequeño terminado en una base exigua, (ocho centímetros de diámetro).



Fig. 75. N.° 248 del Catálogo

Este ejemplar como los similares que se hallan en el valle Calchaquí y en la cuenca de Londres, fué pintado según se ve por algunos rastros de dibujos que conserva. Estos dibujos fueron geométricos en negro y rojo sobre el fondo terracota del vaso, representando principalmente esas guardas griegas tan características del arte Calchaquí.

Un grupo de dos esqueletos colocado como el anterior directamente en el suelo, sin objeto alguno, fueron hallados en seguida. Ambos se encontraban orientados de distinto modo; uno miraba al Norte, y otro al Suroeste, mientras los cráneos se tocaban por la región occipital.

Muy cerca de éstos, otra urna negra (fig. 75), tosca, de asas colocadas en sentido vertical, se encontraba rodeada de huesos de llama quemados, pedacitos de carbón, un fragmento de tierra cocida de forma cónica, y una piedra informe.

Su altura es de cuarenta y seis centímetros y su diámetro máximo cuarenta y tres; puede decirse que es del mismo tamaño que la urna núm. 247 ya mencionada, y de la núm. 246.

En su interior un puco pintado, pero muy borroso ya, boca abajo cubría restos de muelas y huesos del esqueleto de un niño también muy destruído.

*
* *

Un curioso grupo seguía próximo á la urna anterior; y en él se demostraba claramente que ese cementerio fué utilizado varias veces y en distintas épocas.



Fig. 76. N.° 246 del Catálogo

Siguiendo el orden correspondiente á la situación de los diversos componentes, primero había un esqueleto con la cabeza [1] cubierta por un puco, pintado pero mal conservado, miraba hacia el Este [2].

Éste se hallaba á un metro de profundidad.

Casi sobre él, una urna pintada, fragmentada, sin contenido apreciable, apenas se tocaba con un puco color ladrillo obscuro colocado boca arriba, conteniendo un astrágalo de huanaco y otros pequeños huesos [3].

Debajo de este puco, pero casi á un metro de la superficie, se encontró una urna tosca negruzca (fig. 76) de asas verticales y cincuenta centímetros de altura.

---

(1) El cráneo no muy completo pudo salvarse y lleva el núm. 275 del Catálogo.

(2) El puco lleva el núm. 274 del Catálogo.

(3) Este puco lleva el núm. 276 del Catálogo.

Esta pieza presenta la particularidad de tener como ornamentación seis pequeñas protuberancias cónicas alrededor del cuello, distribuídas más ó menos equidistantes, tres en cada frente.

Junto y arriba de esta urna se halló una mano de molino, (conana) que probablemente fué su tapa.

Un bello puco pintado (figs. 77 y 78), de veintitres centímetros




Fig. 77. Pinturas internas del puco N.° 277 del Catálogo



Fig. 78. Pinturas externas del puco N.° 277 del Catálogo

de diámetro por ocho de altura, conteniendo un colmillo de pequeño carnicero y un fragmento de mandíbula de roedor, ocupaba el interior de la urna.

Los dibujos del puco [1] son pintados de negro sobre el fondo amarillento de la alfarería cocida [2].

(1) Los dibujos que figuran es este trababajo menos la gran plancha fuera del texto, son de la señora María Helena Holmberg de Ambrosetti.

(2) El tipo de la ornamentación es igual al de ciertos ejemplares que se hallan en el valle calchaquí, sobre todo en la parte Sur, de los que he publicado ya varios ejemplares (*).

Como es natural, no todos son exactamente iguales y muchas veces varían en la forma de los símbolos y también en su colocación, ya sea en la parte externa ó interna del puco.

Sin embargo, la disposición de los dibujos es siempre constante: el puco se divide en dos mitades separadas entre sí por una zona angosta central más ó menos ornamentada, y cada mitad es ocupada por un símbolo zoomorfo, ya sólo ó por lo menos abarcando la mayor parte del espacio.

En nuestro ejemplar, las mitades de la parte interna muestran un sapo

(*) Véase «Notas de Arqueología Calchaquí», en *Boletín del Instituto Geográfico Argentino*, Tom. XX, figs. 186, 187, 253 y 256.

El ejemplar 253, de Tolombón, también muestra dos grandes sapos, mientras que el 186, del Pucará de Molinos, presenta las serpientes del mismo tipo que las del puco que nos ocupa.

Esta urna fué colocada mucho antes que la urna pintada y al lado del esqueleto anterior, pero más profundamente, para lo cual, habiéndose enterrado en este mismo lugar otros cuerpos con anterioridad, los indios, á fin de hacer espacio, los amontonaron hacia un lado, como lo demuestra la fig. 79, que es un block de huesos humanos con dos cráneos y huesos correspondientes á otros tantos individuos, que extrajimos de ese lugar, como comprobación de este hecho y que, felizmente, pudimos hacer llegar hasta el Museo de la Facultad, no



Fig. 79. Block de huesos humanos pertenecientes á varios esqueletos

cada una, mientras que en el exterior son serpientes de dos cabezas, enroscadas en forma de S, rodeadas por grandes triángulos reticulados.

En una de las mitades se desprende un largo elemento de greca, como para llenar el espacio libre, mientras que en la otra, del cuerpo de una serpiente sale un flagelo terminado como en una pata de cuatro dedos; mientras que en la parte libre flota una gran figura, casi triangular, negra; semejando también una pata con siete dedos, y con un claro ovalado en el centro, ocupado con una cruz negra.

La observación que otras veces he hecho respecto de las diferencias entre las cabezas ú ornamentación de las mismas en cada serpiente, se repite aquí: unas, tienen flajelos terminados en gancho; otra, flajelos en zig-zag, mientras que una cuarta se halla desprovista de apéndice alguno.

Las serpientes se hallan separadas entre si por una faja negra que se intercepta en la base del puco, y ésta es la que se encuentra en todos los ejemplares de este tipo, pintada siempre en la parte externa de estas alfarerías.

En el interior, los sapos están separados por una ancha faja adornada en sus dos extremos con ese característico símbolo, resultado de la combinación de escaleras y elementos de grecas, ya sean de líneas rectas ó curvas, separadas en el medio por una faja negra, de bordes en escalera, que rodea una figura circular y dos espacios claros cruciformes con una cruz negra en su interior.

Como se ve, los símbolos reunidos en este puco, serpientes, sapo y cruz, se relacionan con un pedido de lluvia, de acuerdo con todos los datos que hemos podido reunir hasta ahora y publicar.

Véase mi *Símbolo de la Serpiente en la Alfarería funeraria de la Región Calchaquí*, en « Boletín del Instituto Geográfico Argentino », Tom. XVII, y en

sin bastante trabajo, donde se halla actualmente expuesto (1).

Así, tendremos que primero se enterraron estos dos cuerpos de adultos, luego la urna negra, más tarde ó contemporáneamente el esqueleto con el puco en la cabeza, y por fin, la urna pintada.

A pesar de esto, los que enterraron la urna tosca pertenecían á una época de igual civilización que los de las urnas pintadas, como lo demuestra el magnífico puco ornamentado que contenía.

*
* *

Un hallazgo muy interesante, por su conjunto y por las piezas que se recogieron, lo constituye el grupo de urnas antropomorfas que yacían enterradas en fila, sobre una gran urna conteniendo los restos de un adulto.

Este descubrimiento de los doctores Maupas y Bunge reviste la mayor importancia, no sólo por lo que se refiere al hallazgo del adulto enterrado dentro de la urna, sino también por la disposición del conjunto, que recuerda al efectuado por los señores Eurico Boman y Roberto E. Fríes, en el departamento de Santa Bárbara, provincia de Jujuy, en el Arroyo del Medio (2).

Allí, también, una serie de urnas antropomorfas, de un tipo especial, se hallaron enterradas en una línea sobre el cadáver de un adulto, directamente enterrado en el suelo.

En nuestro caso, la única diferencia es que el adulto se hallaba también enterrado, pero en una urna.

El orden de yacimiento de estas urnas, separadas más ó menos un metro entre sí, era el siguiente:

---

mis *Notas de Arqueología*: *Amuleto ofidio-fálico para la lluvia*, *El Símbolo del Suri y el Símbolo del Sapo*. «Bol. del Inst. Geog. Arg.», Tom. XX.

Respecto á la cruz, véase *La Cruz en América*, de mi malogrado colega y amigo el Dr. Adán Quiroga, quien le ha dado el valor de luz = relámpago.

(1) En este block, además de los dos cráneos, se hallan tres fémures, una mandíbula en la parte inferior, un iliaco y varios huesos largos; los del interior del block no han sido descubiertos para no destruirlo: lo más característico son los tres fémures reunidos.

(2) *Arqueología del Chaco Jujeño. Enterratorio prehistórico del Arroyo del Medio*, por Eurico Boman. Artículo publicado en Historia, tomo I, pág. 42 y siguientes. 1903.

Pracolumbische wohn-und Begrabnisplatze an der Sud-Westgrenze von Chaco von Erland Nordenskiöld, en Kongl. Svenska vetenskaps-Akademiens Handlings, Bandet 36 n.° 7. Stockolm. 1902.

Números del catálogo: 206, 211, 220, 210, 209, 212.

Debajo de los números 209 y 210 se halló la gran urna conteniendo el adulto número 201.

Por su orden las describiremos.

Número 206 (fig. 80). Del mismo tipo de la ya descripta (figu-



Fig. 80. Urna antropomorfa cubierta con un trozo de otra urna. N.° 206 del Catálogo

Fig. 81. Urna antropomorfa imitación del tipo anterior. N.° 211 del Catálogo.

ra 72) y primera de este cementerio, puede considerarse como el ejemplar mejor conservado y característico de esta clase peculiar hasta ahora de Pampa Grande; especializado en el exagerado levantamiento del borde en las partes laterales. Las pinturas se han conservado muy bien y en ellas se emplearon, además del negro, el rojo, sobre todo en algunas partes de la cara.

Su ornamentación ha sido exclusivamente dedicada al símbolo

de la serpiente, que se repite tres veces: una en la parte anterior y ventral, con una sola cabeza, que ocupa el centro, sostenida por el cuello, que se eleva recto, bifurcándose en la base de la urna en dos partes, las que suben lateralmente hacia ambos lados de esta cara, encuadrando el frente y encerrando los dibujos de grecas y escaleras que lo rellenan á ambos lados de la cabeza de serpiente (fig. 81).

La colocación de este símbolo, en el centro de la parte ventral de estas urnas, es frecuente en las urnas de tipo Santa María,



Fig. 81. Dibujos de la cara anterior de la urna N.° 206



Fig. 82. Dibujos de una urna pintada de Santa María

como puede verse en la fig. 82, donde también se halla bifurcándose el cuerpo en dos líneas.

La parte posterior de esta urna (fig. 83) presenta el símbolo de la serpiente de dos cabezas, repetido: una en el gollete y otra en la parte ventral; ambas están dispuestas de igual modo y salen de la forma usual retorcido en *S*; pero conservan la diferencia de dibujo entre ambas cabezas; adornos de grecas y escaleras combinadas rellenan los claros.

Sus dimensiones son: desde la punta más alta del borde á la base, 57 centímetros; diámetro mayor del gollete, 31; y diámetro en el medio del cuello, 27.

Se hallaba tapada por un gran trozo de la parte ventral de otra urna pintada, que aún conserva un asa, y en su interior contenía los restos muy destruidos de un niño.

Número 211 (fig. 84). Puede considerarse esta urna como una

mala imitación de la anterior. Es del mismo tipo, pero la inhabilidad de la alfarera hizo trazar la cara con timidez, hallándose los rasgos principales apenas marcados.



Fig. 83. Pinturas de la cara posterior de la urna N.° 206



Fig. 85. Dibujos de la cara posterior de la urna N.° 211

Los dibujos de la parte anterior no se conservan, los de la cara posterior son visibles y la fig. 85 los muestra, resultando que son idénticos á los de la urna ya descripta: también aquí se hallan las dos serpientes bicéfalas, en la misma posición que las anteriores.



Fig. 86. Urna antropomorfa N.° 220 del Catálogo

Sus dimensiones son: altura total 54 centímetros, diámetro del gollete, 24 y del centro 25.

Se halló fragmentada sin indicación de tapa ni contenido.

N.° 220 (fig. 86). — Es más baja que las anteriores: 44 centímetros y sus bordes se levantan mucho menos.

Las pinturas estaban muy destruídas, lo mismo que este ejemplar cuando fué exhumado, á causa de encontrarse casi superficialmente enterrado, y del desmoronamiento de la barranca, donde se hallaron además, restos de otras urnas.

En cuanto á la faz humana ha sido ejecutada del mismo modo que las otras ya descriptas.

Un puco pintado de negro sobre blanco, con ornamentación geométrica se encontraba en su interior boca abajo, cubriendo restos de un niño y algunos pequeños huesos que parecen ser de un batracio.

N.° 210 (fig. 87).—Esta Urna, y la que sigue eran las que estaban precisamente sobre la que contenía el esqueleto de adulto.

Ambas salen de lo común como tipo; esta es de factura semitosca, de paredes gruesas, pesada; fué pintada y conserva algunos dibujos de la misma factura que los de la N.° 211, sobre todo en la cara posterior: símbolo de la serpiente. El gollete es bajo y el fondo seguramente se elevaba, como en las anteriores, á los lados como parecen demostrarlo esas protuberancias verticales que tiene allí y que también poseen las otras urnas del mismo género.

La cara humana ha sido modelada en la parte ventral, bastante bien por cierto, pues en las mejillas hay trabajo cuidado, que en el grabado no puede notarse.

Hasta ahora la colocación de la faz humana en la parte ventral de las urnas, no habia sido señalada sino en algunas de gran tamaño de la cuenca de Londres, que pueden verse en el Museo de La Plata, pero en piezas pequeñas como ésta, que sólo tiene 37 centímetros de alto y veinte y seis centímetros de diámetro mayor, es la primera vez.

No olvidemos sin embargo, que la Urnita fig. 58, recojida por el Dr. Maupas, en las escavaciones anteriores, es el facsimil de ésta.

Se halló casi superficialmente enterrada y la cubrían dos pucos superpuestos [1], uno rojo con patina lustrosa y otro pintado con ornamentación geométrica, en su interior contenía rastros de huesos de un niño.

N.° 209 (fig. 88).—Más curiosa aun es esta urna en la que la cara humana puede decirse que la ocupa toda, gracias á que no tiene gollete y que está substituido por un borde ancho y elegante dirigido hacia afuera.

---

(1) Los Pucos llevan los números 287 y 288 del Catálogo.



FIG. 88. FIG. 87.



Posición relativa del yacimiento de las urnas. Fig. 88, N.° 209, Fig. 87, N.° 210 y FIG. 89. Gran urna con tapa que contenía el esqueleto de un adulto. N.° 201 del Catálogo.

Como cerámica es mucho más fina que la anterior, pero también por esto es que se halló fragmentada en grandes trozos, que felizmente permitieron reconstituirla, valiendo bien la pena por ser ejemplar único hasta ahora.

Su altura es de 32 centímetros y su diámetro mayor 25.

Un puco negro, que cubría seguramente esta pieza, fué hallado también fragmentado.

Las pinturas se han perdido en gran parte, por lo que no podemos describirlas.

Lo que da mayor valor á la pieza es el modelado de la faz humana, que en este caso, ha sido ejecutado con más cuidado y habilidad que en todas las demás urnas de este grupo.

Dentro de su arcaismo y vista de cierta manera, hace la impresión de un retrato.

Tócanos ahora describir la gran urna N.º 201 (fig. 89).—De forma cónica truncada, para formar la base plana, sobre la cual descansa (trece centímetros de diámetro), tiene cincuenta y cinco centímetros de alto por setenta y seis de diámetro mayor,

La alfarería es rojiza, tosca y bastante bien cocida, arrancando del borde tiene una asa gruesa verticalmente dispuesta.

Cuando se encontró se pudo ver que se había enterrado rota, faltándole una gran parte (del lado opuesto al que muestra el grabado), lo que se había remediado con un gran trozo de otra urna.

El todo estaba cubierto con la gran tapa globular de bordes salientes, del mismo tipo de alfarería, fondo plano circular y adornada por unas asas bifurcadas, y sólo soldadas al cuerpo de la tapa por una extremidad.

Esta tapa mide cincuenta y seis centímetros de alto por setenta y ocho de diámetro mayor, de manera que el conjunto dejaba un espacio intecior de un metro de altura, espacio suficientemente cómodo para colocar un cuerpo encogido, forma usual de enterrar los muertos entre indios.

La extracción se efectuó con todo cuidado, y fácilmente, dadas las rajaduras de la pieza, en grandes fragmentos. En uno de estos se hallaba adherido el cráneo del adulto cuyo esqueleto encerraba.

Este hecho importante, porque nos revelaba las dos formas de inhumación en un mismo cementerio y á todas luces contemporáneo; directamente en el suelo y en urna funeraria, nos resolvió

á tomar una fotografía del gran fragmento (fig. 90) con el cráneo adherido y lo embalamos despues cuidadosamente para transportarlo tal cual á el Museo de la Facultad.

En esta operación delicada tomó parte principal el distinguido



Fig. 90. Gran fragmento de la pared de la urna N.° 201, mostrando el cráneo adherido con la tierra

Paleontólogo Sr. Carlos Ameghino, que por fortuna nuestra fué testigo presencial del hallazgo.

Aquí en el Museo, invité á mi colega el Sr. Félix F. Outes para abrir el cajón y él mismo procedió á desprender el cráneo del gran fragmento de urna, resultando que era de tipo calchaquí, he-

cho que él mismo hizo constar en una publicación posterior [1].

Este cráneo lleva el N.° 283 del Catálogo: las demás piezas del esqueleto se recogieron también en cuanto lo permitió su estado de conservación.

En la parte exterior de la urna y volcado horizontalmente estaba el vaso cónico (fig. 91) más pequeño, pero del mismo tipo y alfarería que el hallado sobre el cadáver de niño y descripto en la pág. 37, contenía tres cuentas de malaquita.

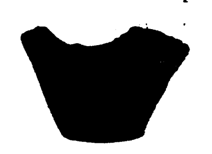


Fig. 91. Vaso hallado al lado de la urna N.° 201. N.° 86 del Catálogo.

N.° 212 (fig. 92). Esta es la última urna antropomorfa de la serie anterior, que se hallaba en la misma línea y separada metro y medio de la N.° 209.

De cuarenta y cinco centímetros de altura, es una de las fabricadas con menos arte. La faz humana es convencional sin modelado alguno, los razgos principales han sido ejecutados en relieve con bastante parsimonia y su distribución es muy infantil.



Fig. 92. Urna antropomorfa de tipo Calchaquí. N.° 212 del Catálogo

A pesar de esto, la urna presenta un detalle para nosotros muy importante y que aun no lo habíamos observado en los otras de este tipo: es el de los brazos, también de relieve, dirigidos hacia arriba; el lugar ocupado por las manos ha desaparecido, pero observando bien y teniendo en cuenta lo que sucede con otras urnas iguales del valle Calchaquí, podemos suponer sin temor de equivocarnos, que lo que esas manos sostenían era un pequeño vaso: el vaso para implorar lluvia [2].

(1) Observaciones á dos Estudios del señor Eurico Boman sobre Paleoetnología del Noroeste Argentino en los Anales de la Sociedad Científica Argentina. Tomo LX, pág. 145.

(2) Sobre este vaso y su probable significado me he extendido mucho en el capítulo primero de mis notas de Arqueología Calchaquí.

Este otro dato viene á comprobarnos aun más que la cultura de la Pampa Grande era la misma que en Calchaquí.

La urna contenía restos de un niño y fragmentos de alfarería.

*
* *

Casi en seguida se continuaron extrayendo otras urnas, pero de tipos distintos en una promiscuidad tal, que aleja toda idea de que ellos puedan ser representantes de épocas diversas.

Por su orden fueron apareciendo tres urnas toscas de igual tipo, una en muy mal estado de conservación por lo que no se recogió, se hallaba cubierta por un puco tosco, también muy destruído.



Fig. 93. Urna cubierta por un fragmento de otra. N.° 217 del Catálogo.

La segunda, (fig. 93) de cuarenta y un centímetro de altura y asas verticales, yacía lo mismo, á un metro de profundidad y la cubría un fragmento grande de otra urna, del mismo tipo con su asa correspondiente. Contenía un puco pintado de ornamentación geometrica [1], restos del esqueleto de un niño y una cuenta de malaquita color verdoso.

La tercera (fig. 94) del mismo tamaño y con asas destacadas, contenía también restos de un niño y no se le halló indicación de tapa. Sin embargo, sobre ella estaba un gran fragmento de urna antropomorfa pintada, (fig. 95) que muy posiblemente puede haber prestado ese servicio.

El grabado representa esta última urna con la mitad vertical

(1) N.° 282 del Catálogo.

restaurada, lo que se efectuó por tratarse de una pieza cuya parte salvada tenía las pinturas en buen estado de conservación, interviniendo en esta el color rojo junto con el negro.

El símbolo de la cruz se halla en la parte central del gollete y por la disposición de la ornamentación se asemeja á la urna N.º 206.

Otros fragmentos de esta urna no se encontraron en ese lugar, por lo que hace suponer que tuvo el objeto indicado.



Fig. 94. N.º 245 del Catálogo



Fig. 95. Gran fragmento de urna antropomorfa. N.º 229 del Catálogo

Más adelante veremos que este no sería el único caso, pues pudimos comprobar que estas urnas toscas se tapaban también con fragmentos de urnas pintadas.

Aquí no pudimos comprobar exactamente el hecho, debido á que la extracción de las dos piezas se hizo en dos días dintintos, por causa de una fuerte tormenta que interrumpió el trabajo.

A continuación se halló el caso contrario: Más profundamente yacía una urna pintada, (fig. 96) de treinta y nueve centímetros de alto y veinte y cinco de diámetro, término medio.

Su forma es nueva y elegante: el gollete no es recto sino que se encurva al llegar al borde que es saliente y corto, formando así

un primer estrechamiento igual y paralelo al que separa á este gollete del cuerpo de la urna. Además, se ven en esta asas dobles, caso único hasta ahora; pero hay que convenir que las que arrancan del borde, enroscadas sobre sí mismas, son en vez de asas elementos de ornato.

Las pinturas negras se destacan sobre un fondo rojo obscuro fuerte y dibujan en el gollete grupos de figuras triangulares superpuestas, formadas por líneas gruesas cuyo borde externo es

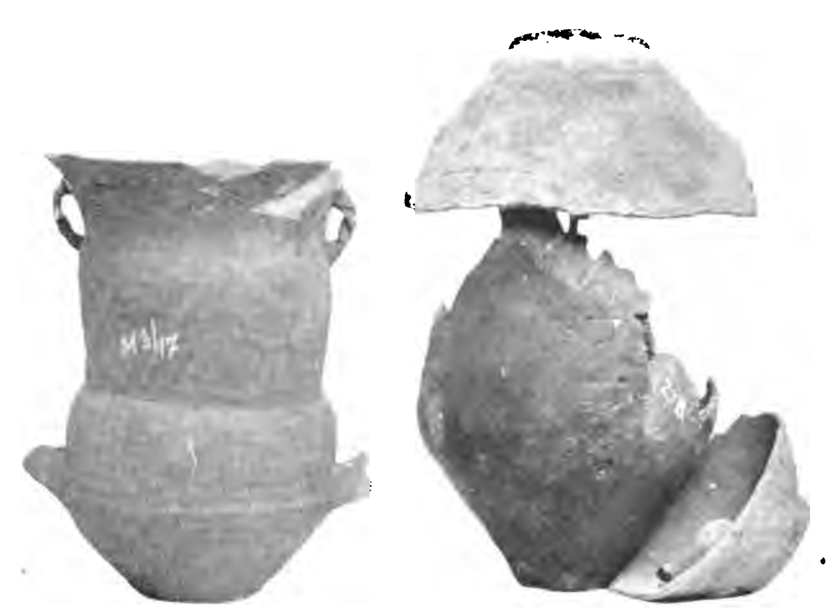


Fig. 96. Urna pintada con asas dobles. N.° 215 del Catálogo

Fig. 97. Urna pequeña tapada con un fondo de otra. N.° 218 del Catálogo

recto y el interno dentado. En el cuerpo, en cambio, una sola guarda griega gira alrededor del mismo.

Pocos restos de huesos de niños había en su interior.

Sobre esta urna pintada y elegante, y cerca de la superficie, se halló la urna tosca de 38 centímetros, bastante destruída, cubierta por un fondo de otra urna y conteniendo en su interior otro fondo más pequeño que el anterior, boca abajo, que cubría restos de huesos (fig. 97).

Al lado de ésta y casi á un metro de distancia, se extrajo la

urna pintada (fig. 98), casi del mismo tipo, en cuanto á sus líneas de construcción, á la núm. 215, aun cuando más toscas, pero sin las asas del gollete.

Los dibujos, muy borrados, indican sin embargo que su ornamentación era geométrica.

Sus dimensiones son más ó menos las mismas que las de la núm. 215.

Debajo de esta urna y alrededor de ella se hallaron huesos de



Fig. 98. Urna pintada. N.º 230 del Catálogo

Fig. 99. Urna de tipo tosco, tapada con un gran fragmento de urna pintada de tipo Santa María. N.º 216 del Catálogo.

llama, rotos y en mal estado de conservación.

En su interior había dos pucos negros, superpuestos boca abajo, que cubrían huesos y muelas de niño; uno mide 11 centímetros de diámetro y es de alfarería fina y brillante, y el otro, más ordinario, es mayor y mide 21 centímetros.

En seguida apareció otra urna negra, tosca, de 46 centímetros de altura y 40 de diámetro, mayor (fig. 99).

Sobre la parte superior del cuerpo, se elevan verticalmente

dos asas encorvadas, sueltas y terminadas en forma de horqueta.

Contenía restos de niño.

Lo que llamó la atención fué que esta urna estuviera tapada por un gran fragmento de la parte ventral de una urna pintada, de tipo Santa María, que aun conserva un asa.

Este dato es de suma importancía, pues viene á confirmar la contemporaneidad de estos dos tipos arqueológicos que, dada su marcada desigualdad y la diversa profundidad á que se hallan común y casi constantemente, pudieran suponerse pertenecer á dos épocas diversas.



Fig. 100. Urna cubierta por un puco y un gran fragmento de otra urna. N.° 219 del Catálogo.

Al lado de esta urna yacía un esqueleto humano adulto encogido, cubierto por grandes lajas de piedra y sobre ellas una conana ó parte inferior de un molino, también de piedra.

Por más que se escavó, no se halló objeto alguno cerca de este esqueleto, ni resto de pirca que lo rodease.

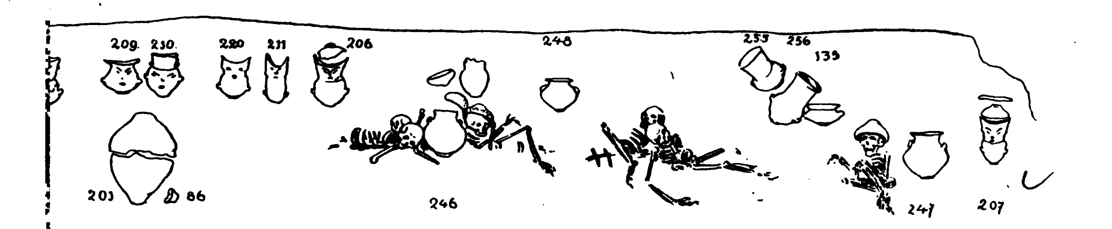
Á este esqueleto, siempre más ó menos á un metro de distancia y á otro de profundidad, siguió una urna pequeña (fig. 100), de 29 centímetros de altura.

Es negruzca, de alfarería tosca, gollete corto, boca ancha, cuerpo casi cilíndrico y terminado en una base cónica truncada de 11 centímetros de diámetro. Las asas, dispuestas horizontalmente, están implantadas muy cerca del gollete.

Contenía rastros de huesos de niño y se hallaba tapada, primero, con un puco pintado de negro con ornamentación geométrica, y sobre él, un gran fragmento de urna tosca con parte del gollete y un asa.

Al lado de la urna se encontró un colmillo de pequeño carnicero.

Entre los desmontes y la tierra removida se recogieron dos



;r Leopoldo Maupás.

cabezas de ídolo (figs. 101 y 102), ambas de barro cocido y tienen mutilada la nariz.

La primera es de cara ovalada y chata, con cejas arqueadas, ojos oblicuos de relieve y boca pequeña y agujereada. El cuello es corto, cilíndrico y hueco.

Sobre la cara se ven rastros de pintura; pero en la región de la nuca, se hallan conservados trazos que muestran que representaban el pelo, dividido, hacia ambos lados de la cabeza, por la línea vertical y media.

Este modo de llevar el cabello, es común en muchos ídolos y



FIG. 101. Cabeza de ídolo de alfarería pintada, 2/3 tam. nat. N.° 96 del Catálogo.



FIG. 102. Cabeza de ídolo, alfarería, 2/3 tam. nat. N.° 94 del Catálogo.

vasos antropomorfos de la región calchaquí; las mujeres que habitan hoy esos lugares tienen aun esa costumbre de peinarse, para dividir mejor el pelo y formar las dos trenzas (1), que no caen verticalmente hacia abajo sobre las espaldas, sino que cubriendo parte de la oreja bajan por delante y á los lados de la cara.

La segunda cabeza es tosca y maciza, de factura ordinaria, parecida á la de los ídolos arcaicos recogidos por el doctor Cervini (figs. 44 y 45), pero difiere de aquéllos por carecer de ojos de relieve, que han sido substituidos por líneas rectas, como para re-

---

(1) Sobre esta clase de peinado me he extendido en mis *Notas de Arqueología Calchaqui. XIV. El Peinado y el Tocado:* ilustrando el punto con variados ejemplos típicos que se hallan reproducidos en los grabados incluídos en ese trabajo.

«Boletin del Instituto Geográfico Argentino», Tom. XIX, pág. 46 y sig.

presentarlos cerrados, y de las que se desprenden dos rectas verticales [1].

A un metro de la urna anterior y á igual profundidad apareció



Fig. 103.
Urna fragmentada que contenía dos pequeños pucos.
N.° 251 del Catálogo.

muy destruida la gran tinaja (fig. 103), de cincuenta y un centímetros de alto y casi otro tanto de diámetro mayor.

También es de alfarería ordinaria, bien cocida y no tiene indicación de asas.

* * *

En su interior no se hallaron rastros de huesos, á causa de la destrucción del ejemplar; pero, en cambio, aparecieron dos pequeños pucos.

---

(1) Las líneas verticales debajo de los ojos en los ídolos y vasos antropomorfos calchaquíes son muy frecuentes.

En mis *Notas de Arqueología calchaquí* he dado numerosos ejemplos.

Su interpretación ha sido muy discutida, sin haberse llegado á una solución satisfactoria. Para unos representan lágrimas, y por consiguiente, la acción de llorar; y para otros la acción de ver.

En las urnas funerarias pintadas, de tipo antropomorfo, estas líneas también existen. Véase, por ejemplo, las figuras 80 y 95 de este trabajo, donde terminan en una especie de gancho y son también en número de dos.

Uno es de barro tosco, de cuatro centímetros de altura por trece de diámetro, muy parecido á la tapa de la urna fig. 72 y con las mismas incisiones en sus bordes [1]

El otro, de cinco centímetros de alto por doce de diámetro, es

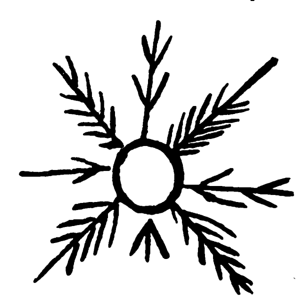


Fig. 104.
Pinturas exteriores del pequeño puco N.° 136 del Catálogo y hallado dentro de la urna N.° 251.

de color rojo obscuro brillante, pintado de negro, con figuras arborescentes, como puede verse en su reproducción (fig. 104) [2] que en el original son de un efecto muy agradable.

Después de la anterior se exhumó la urna (fig. 105), tosca también, de color obscuro y cuarenta y seis centímetros, bastante bien conservada.



Fig. 105.
Urna negra, N.° 249 del Catálogo.

(1) Número 137 del Catálogo. Se halla reproducido en la fig. 141.

(2) Número 136 del Catálogo.

Tiene asas verticales y contenía muelas de niño.

*
* *

Un nuevo hallazgo muy curioso siguió casi inmediatamente al anterior y siempre más ó menos á igual profundidad.

Una pirca de piedra semicircular, con el piso enlajado por piedras planas, encerraba dos esqueletos que yacían sobre un gran número de fragmentos de alfarería.

Entre los esqueletos y la pared de la pirca se encontraba la



FIG. 106.
Urna pintada hallada dentro de una pirca.
N.º 232 del Catálogo.

urna pintada (fig. 106), y del lado externo de la pirca otro esqueleto humano.

Este último no estaba rodeado por objeto alguno.

La urna pintada, de cuarenta centímetros de alto, cuyo gollete está destruido, aunque de otra forma, pues es de corte elíptico, puede considerarse casi del mismo tipo de la ya descripta fig. 96, pues sus líneas de construcción son las mismas, es decir, cuatro curvas: una, la del gollete, saliente hacia afuera; otra, larga, para la parte superior del cuerpo y dos para la inferior; una corta saliente, que forma la cintura y otra la base cónica, de cuya parte superior arrancan las asas.

En ésta también existen las asas suplementarias, que arrancan del borde é igualmente retorcidas, como en la urna N.º 215.

Las pinturas se hallan bastante borradas, menos en la cintura, en la que aparece la decoración de grecas combinadas con escaleras.

La urna contenía restos de huesos y dientes de niños, y no estaba enterrada verticalmente sino inclinada hacia la pirca. Entre los fragmentos del interior se recogió un gran trozo de una olla pintada de cuerpo globular.

Lástima que este ejemplar no se haya podido restaurar totalmente; sin embargo, la parte reconstruída ha dado el dibujo



Fig. 107.
Pinturas exteriores de una gran vasija fragmentada de forma globular. N.º 291 del Catálogo.

(fig. 107) que es muy interesante, por el nuevo símbolo que se agrega á los ya hallados en Pampa Grande.

Se trata de uno de esos animales monstruosos que he clasificado en una serie [1] y que se caracterizan por tener cuernos, dientes y cola bien distinta, en espiral ó arqueada para arriba, ó con cualquiera de estos elementos, sin indicación de plumas, para diferenciarlos de las representaciones de los surís ó avestruces.

El ejemplar recogido efectivamente presenta muchos de los caracteres requeridos, tiene boca armada de dientes, patas gruesas, y terminadas seguramente en círculos rodeados de rayos como en muchos de sus congéneres [2], y cola ancha y arqueada sobre el lomo.

(1) Serie A. Véase mi trabajo *El Sepulcro de La Paya* en los Anales del Museo Nacional de Buenos Aires, tomo VIII, pág. 142.

(2) La terminación de las patas en la figura ha sido restaurada de acuerdo con las figuras similares de mi serie A, ya mencionada.

La cabeza tiene indicación de orejas ó quizá cuernos; el interior del cuerpo y cola es punteado y del extremo de esta última, se eleva una línea terminada en un elemento de greca. Esto parecería querer indicar que el artista no quiso quitar el carácter de animal á la figura y le agregó simplemente el símbolo ese, que en otros ejemplares similares se halla pintado como terminación de la cola, ya sea como elemento de greca ó de espiral [1].



Fig. 108. Pinturas exteriores del puco N.° 265 del Catálogo.



Fig. 109. Pinturas de un puco hallado por Eduardo A. Holmberg (hijo).

Á este símbolo hemos convenido á darle el valor equivalente de Trueno; por consiguiente, el monstruo sería una representación zoomorfa de la divinidad productora del fenómeno.

Sobre uno de los cráneos hallados dentro de la pirca, se halló un puco pintado (fig. 108) [2], pero no como sombrero sino en posición normal, conteniendo algunos pocos fragmentos de huesos y entre ellos una vértebra coxijia de llama (auchenia).

(1) Véase en el trabajo citado las figuras 7, 8, 12, 13 y 15 á 24 de la serie A.

(2) Las pinturas son exteriores y se reducen al motivo de la serpiente de dos cabezas, pero hay que notar que en ambas mitades están pintadas en distinto estilo; en una, la más conservada, toda pintada con líneas finas; la serpiente tiene cabeza triangular sin indicación de boca abierta, reemplazada con una especie de punta de lanza llena de puntos, y formada por las líneas que en su base, aislan los ojos dentro de pequeños espacios triangulares. Unas figuras reticuladas, llenan los blancos dejados entre las curvas de la serpiente. En la otra mitad, los dibujos son líneas más gruesas y por lo que queda aun, parece que hubiera habido otra serpiente de dos cabezas; pero de otro tipo y con la boca abierta.

Serpientes de boca cerrada se han hallado pintadas en otro puco de la

Como conjunto este hallazgo es tan interesante como el otro ya descripto en la pág. 80, porque nos demuestra también la sucesiva utilización de este enterratorio.

Dentro de la pirca la gran cantidad de fragmentos de alfarería de diversos tipos nos indicaron que habían pertenecido á otras urnas depositadas anteriormente, las que fueron rotas al enterrar los cadáveres de adultos, los que á su vez fueron también removidos para colocar la urna fig. 106, porque los huesos no se hallaban en posición natural, sino amontonados hacia un lado, como para hacerle lugar, lo que se consiguió á medias, puesto que no la colocaron derecha sino inclinada, tal como lo permitía el espacio de por sí reducido.

La pirca debía cerrarse á no dudarlo, pero el derrumbe del barranco se había llevado la mitad anterior.

Fig. 110.
Urna pintada tipo Santa María.
N.° 243 del Catálogo.

En este lugar, se hizo también la observación de que todos los esqueletos y aun las urnas estaban rodeadas por fragmentos de piedra arenisca, poco consistente y traída desde lejos, pues no se halla en las cercanías.

Una curiosa urna pintada se descubrió más adelante del grupo anterior (fig. 110).

Pampa Grande, recogido por Eduardo A. Holmberg, (hijo) quien me comunicó el hallazgo y el dibujo (fig. 109), que representa también la parte externa de otro puco.

En él se ven las dos mitades con dibujo del mismo estilo, cada una con su serpiente de dos cabezas de forma triangular y rodeadas de líneas reticuladas.

En la parte sana se nota otro signo nuevo, que hallaremos en otros pucos y es una especie de mano ó pata triangular, negra, de cinco dedos, unida á una línea curva, con cuatro pestañas, y que termina en gancho encerrando dos puntos.

En la otra mitad y cerca de la base, dentro de un claro circular se halla la imagen del sol ó de una estrella, esto es, un círculo pestañeado con un punto central.

Tiene cincuenta centímetros de altura, tipo de las Santa María, es de alfarería fina y está toda ornamentada.

Una conana de piedra, rota, angosta y larga, se hallaba sobre su boca, como si fuera una tapa.

En el interior se encontraron coronas de muelas y algunos fragmentos de cráneos de un niño.

Los dibujos en la parte ventral, son del tipo de Amaicha, dividido en tres secciones verticales, la central, más angosta, ocupada por motivos de grecas, y las laterales, más anchas, cruzadas por líneas dentadas inclinadas.

En el gollete ocupa casi todo el campo disponible, una gran



FIG. 111.
Figura de avestruz pintada en el gollete de la urna N.° 243.

figura representando un pájaro, pintado sin la seguridad que presentan los ornamentos de la parte central.

El pájaro parece que estuviera echado en el suelo, en actitud de reposo, pues la posición de sus patas así lo indica (fig. 111).

La cabeza, muy simple, está sostenida por el cuello, formado por una línea dentada.

Las plumas han sido figuradas por trozos cortos, encerrados por otra curva larga.

Dentro del cuerpo campean elementos de grecas y el símbolo de la escalera mal dibujado entre dos líneas aserradas, negras.

Alrededor de esta figura la ornamentación se compone de los mismos elementos, que no se reproducen por hallarse destruídos y no haberse podido restaurar.

Este pájaro de tipo surí ó avestruz, y que seguramente no es sino la representación de este animal, por el carácter de las plumas que lo separa completamente del tipo de los monstruos como el de la fig. 107, se halla pintado en la posición de muchos otros, que se encuentran en las urnas de Santa María, y en uno de éstos, también los elementos de grecas figuraban en el interior de su cuerpo [1].

Esta urna, para nosotros tiene el valor de la representación de este nuevo símbolo, que hasta ahora no había sido hallada en Pampa Grande, y que es tan común en el propio Valle Calchaquí.

Sin embargo, en un fragmento de un borde de un puco pinta-

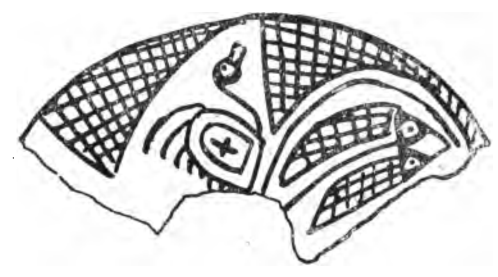


FIG. 112.
Fragmento de puco pintado. N.° 269 del Catálogo.

do (fig. 112), hemos encontrado también este símbolo acompañado de la serpiente.

Aquí el avestruz está representado en otra posición, con la cabeza herguida y mostrando en el centro del cuerpo el símbolo de la cruz, que es frecuentísima en estos animales; tanto es así que de diez y siete figuras de mi serie A, diez la poseen dibujada de distintas maneras y podemos asegurar que hemos constatado lo mismo en centenares de figuras de surís pintados [2].

---

(1) Véase la fig. 4 de mi serie B, en el Sepulcro de La Paya, ya citado pág. 143.

(2) Si la Cruz, como dice el Dr. Quiroga en su *Simbolismo de la Cruz* (Bol. Inst. Geogr. Arg., tomo XIX, cuaderno 7 á 12), representa entre otras cosas la luz, tendríamos que su colocación dentro del cuerpo de los avestruces, significaría el resplandor del relámpago y vendría á corroborar mi teoría de que este animal es la representación de Piguerao, el pájaro resplandeciente ó de la tormenta; pero es muy posible que la cruz represente también los cuatro puntos cardinales y *por extensión* la lluvia de los cuatro puntos cardinales.

Más adelante de esta urna, pero á mayor profundidad, casi metro y medio, tropezamos con un montón de huesos humanos que parecían corresponder á dos personas, una sobre otra, pero muy confundidos.

También aquí nos llamó la atención la falta de los cráneos correspondientes, que no se hallaron por más que se escavó todo alrededor, como lo demuestra la fotografía fig. 113.



Fig. 113.
Restos humanos sobre los cuales se halló un pequeño idolo de pizarra.
Fotografía de la Expedición.

Lo único curioso, es que sobre este montón de huesos humanos, hallamos un pequeño idolito de pizarra [1] que es una síntesis en miniatura del que publiqué, hacen algunos años, procedente de Cachí (Provincia de Salta) en mis notas de Arqueología Calchaquí [2].

Este ídolo es también femenino y muestra la indicación del sexo, en la escotadura del borde inferior; y los brazos se hallan

(1) Se publica más adelante; fig. 143, N.° 3.

(2) *Boletín del Inst. Geogr. Arg.* Tomo XVII, pág. 443, fig. 18.

representados por simples líneas, pero dispuestos como es típico en las representaciones femeninas de la Región Calchaquí; es decir, uno con la mano dirigida hacia los pechos, y otro hacia la región genital [1].

La interpretación dada á esta imagen, en los primeros ejemplares descriptos, fué la de la divinidad que presidía el buen parto, y por lo tanto ídolo de mujeres exclusivamente.

En el caso presente, la falta de cráneos y la destrucción de los huesos de la pelvis, en el montón de los hallados, todos en muy mal estado nos impidió corroborar esta sospecha.

Estoy por suponer, que el ídolo, no será difícil que represente una forma especial de la Pacha Mama ó mejor del ser mítico femenino que preside á la reproducción de todo los animales y vegetales y que en ciertos casos, se invocaría también para conjurar los difíciles trances de la maternidad.

En apoyo de esta tesis, tendríamos la hoy ya larga lista de hallazgos de representaciones femeninas, con los brazos dispuestos en la misma forma entre los que se hallan también algunos vasos de alfarería que debieron tener otro empleo diverso al de los Amuletos. [2].

Además es bueno notar también que varios son los objetos de madera que muestran tallada esta imagen.

Con todos estos elementos, se resiste la idea de multiplicar las divinidades, aun cuando nos hallemos en presencia de un pueblo considerado fetiquista [3] y más lógico es suponer estas diversas piezas como formas distintas, con aplicación específica en determinados casos, de una sola divinidad femenina del Panteón Calchaquí.

*
* *

Casi á un metro del hallazgo anterior, se descubrió otro esque-

---

(1) Sobre esto he llamado la atención por repetirse el caso en mis *Datos Arqueológicos sobre la provincia de Jujuy*, anales de la Sociedad Científica Argentina. Tomo LIII. Y en mis *Apuntes sobre la Arqueología de la Puna de Atacama* en la Revista del Museo de la Plata. Tomo XII, pág. 23.

(2) Muchas de estas piezas son inéditas aun, entre ellas varias han sido recogidas en la segunda expedición de la Facultad.

(3) El fetiquismo Calchaquí es muy superior y nada tiene de grosero, alguna vez nos ocuparemos de esta importante cuestión

leto humano (fig. 114) cuyo cráneo pudimos coleccionar [1]. Este se encontraba á setenta centímetros, sobre los huesos largos del tren inferior lo que hace suponer que fué enterrado sentado sobre los talones.

En seguida se extrajo una urna tosca (fig. 115), de asas



Fig. 114.
Esqueleto de hombre. Posición de los huesos.
Fotografía de la expedición.

transversales y cincuenta y cuatro centímetros de diámetro, cubierta por unos fragmentos de otra urna también tosca.

Contenía restos del esqueleto de un niño.

Otras dos urnas pintadas de tipo de Santa María se hallaron luego: números 233 y 252 del Catálogo.

De las dos, sólo merece especial mención, la primera que aun

(1) N.° 284 del Catálogo.

cuando el gollete haya desaparecido, muestra en cambio en la parte ventral el símbolo del sapo (fig. 116), de gran tamaño.



Fig. 115.—Urna negra. N.° 250 del Catálogo

En su interior además de los restos de niño se hallaba el pequeño vaso antropomorfo, (fig. 117) único ejemplar hallado hasta ahora.



Fig. 116. Sapo mítico pintado en la parte ventral de una urna. Número 233 del Catálogo.



Fig. 117. Vaso antropomorfo hallado dentro de la urna N.° 233, N.° 129 del Catálogo. $^2/_3$ tamaño natural.

En la parte posterior tiene la indicación de una asa vertical que ha desaparecido.

No hay duda que esta pieza es una ofrenda al pequeño muerto

y este hecho, es raro tratándose de urnas pintadas, pues casi nunca contienen otros objetos en su interior fuera del cadáver, pues parece que la decoración externa suplía cualquier otra manifestación de cariño.

En el valle Calchaquí sucede igual cosa y hemos tenido oportunidad de constatar más de una vez, y sobre todo en la segunda expedición, que esta es regla invariable, á tal punto, que hallándose juntas urnas pintadas y urnas negras ambas con niños, éstas últimas contenían una verdadera colección de objetos votivos; mientras que aquellas estaban desprovistas.

En medio de la tierra removida y entre tanto fragmento de alfarería, en este cementerio se recogieron, además, las tres piezas antropomorfas (figs. 118, 119 y 120) que siguen: una es una cara



Fig. 118. Cabeza antropomorfa. N.° 190 del Catálogo, tamaño natural.



Fig. 119. Cabeza antropomorfa. Número 95 del Catálogo, tam. natural.

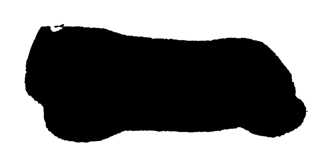


Fig. 120. Fragmento de cabeza humana. N.° 347 del Catálogo, tamaño natural.

tosca, pero bastante modelada, que muestra las líneas verticales debajo de los ojos de que hemos hablado anteriormente.

Otra es también tosca de gran nariz y podía casi considerarse como una transición, entre la anterior y las caras humanas de los ídolos arcaicos hallados por el Dr. Cervini.

Como el cuello se prolonga, es posible que haya pertenecido algún vaso, del cual formara parte como relieve ornamental.

La tercera es un fragmento de una cara humana, muy posible mente de un ídolo.

El fotograbado no puede dar una idea exacta de lo interesante que es este fragmento, modelado con gran soltura y por mano de artista.

La cara á ambos lados terminaba en pequeñas prolongaciones redondeadas y perforadas en el centro, que seguramente estaban destinadas á ser adornadas con borlitas de lanas de colores.

*
* *

Con esto quedó agotado el cementerio y los buenos vientos que hasta entonces habían soplado, á favor de la expedición, empezaron á cambiar.

Por intermedio del administrador de la Estancia, don Luis D' Andrea, obtuvimos de un lugar situado como á tres leguas al Norte: Carahuassi, un interesantísimo vaso, (fig. 121) que unos vecinos de ese lugar habían extraído anteriormente.

Es de alfarería gris, fina y pulido exteriormente, y representa una mujer que sostiene con ambas manos un cántaro sobre su cabeza, cántaro que sirve también para formar la misma cabeza, pues tiene sobre su parte anterior representada la cara.



Fig. 121.
Vaso antropomorfo Carahuassi.
N.° 130 del Catálogo. 1/5 tam. natural.

Esta, está tratada fina y sobriamente: sobre la frente y con algún relieve, tiene como una vincha y debajo de los ojos las líneas verticales características.

Las orejas están apenas indicadas por el lóbulo de relieve y perforadas también con el objeto de colgarle algunas borlas de lana, como aros.

Esta pieza se halla intacta y es una de las más interesantes como muestra de esa faz caracterizada por su estrema sobriedad en los detalles y su tendencia á la síntesis de la figura del arte calchaquí.

YACIMIENTO DEL RÍO SOCONDO

EXPLORACIONES DEL DOCTOR LEOPOLDO MAUPAS

En las barrancas del río Socondo, un afluente del de la Pampa Grande, que corre del Sud Oeste al Nord Este, se hicieron muchas excavaciones con resultados no muy satisfactorios, en cuanto el número de objetos coleccionados.

Todo lo que aquí se halló, se encontraba fragmentado, debido también á una gran pirca de piedra construída sobre la misma barranca con el objeto de resguardar unos grandes alfalfares.

La pirca fué hecha, hace muchos años, con las piedras de un pueblo antiguo, pequeño, que se hallaba en el bajo, cerca de la playa: sus rastros han desaparecido casi por completo, debido á la razón expresada y á las crecientes del río que coadyuvaron á su destrucción.

Muchas excavaciones, practicadas entre los restos de las pircas de las casas, no ofrecieron sino los detritus de fogones: carbón, cenizas, fragmentos toscos de alfarería, huesos quemados, rotos, partidos, piedras con señales de la acción del fuego, como que eran las que rodeaban el hogar, etc.

Por los cimientos se reconoció que las habitaciones fueron de pequeño tamaño y cerca de un grupo de cuatro, hallamos una gran piedra con un mortero.

La baranca del río Socondo. que caía casi á plomo, se hallaba como á cincuenta metros del sitio del antiguo pueblo; era muy rica en fragmentos y quizá con trabajos mayores se habrían podido hallar objetos interesantes, aún cuando es de suponer que las gruesas raíces de la alfalfa todo lo hubieran destruído.

Por esta última razón y teniendo en cuenta el perjuicio del desmoronamiento forzoso de la pirca, de un metro de espesor, que necesitábamos producir para evitar desgracias y seguir el yacimiento, perjuicio que quizás inútilmente íbamos á ocasionar, desistimos de continuar más adelante.

De cualquier modo, lo recogido tiene su importancia y como material vino á completar nuestra cosecha arqueológica de esta región.

Los fragmentos de alfarería allí recogidos son innumerables; pero hay que hacer notar que predominan los pintados, algunas urnas debieran ser de ornamentación nueva para nosotros á juzgar por los restos hallados; entre ellos merece citarse el de la figura 122, que es parte de un gollete, con figuras triangulares negras, en cuyo interior se alojan círculos con punto central; símbolo que hallamos en combinación con otros, en algunos pucos pintados del valle de Yocavil [1].



Fig. 122.
Fragmento de gollete de urna pintada.

Otros, son grandes porciones de pucos de color rojizo amarillento pero de superficie muy pulida, todos de tamaño mediano y pintados de negro; hay que hacer notar que algunos llevan dibujos exterior é interiormente y otros, sólo al exterior.

El carácter de esta ornamentación es cruciforme en sus líneas generales, aun cuando en alguno que otro la disposición de las figuras sea diversa; como por ejemplo en el puco n.º 140, (figura 123) único espécimen de esta clase que muestre una figura animal; es decir, el símbolo de la serpiente repetido dos veces.

Hay que hacer notar también que aquí, como muy raras veces sucede, nos hallamos con la representación de la serpiente sin que ella tenga forzosamente dos cabezas, que es su forma general.

Las serpientes son dos, dibujadas separadamente desde la cabeza hasta la cola, y se hallan dispuestas una detrás de otra; pero como la pared del

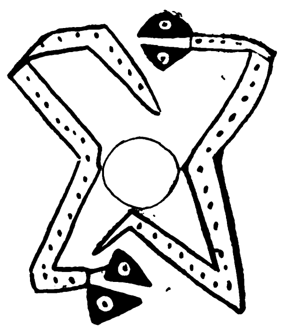


Fig. 123.— Pinturas exteriores de un puco. N.º 140 del Catálogo.

(1) Véase mis: Pucos Pintados de Rojo sobre Blanco del valle de Yocavil en Anales del Museo Nacional de Buenos Aires, Tomo IX, pág. 365 fig. 15. —1903.

Nota.- Por un error se han impreso las figuras 119 y 120 de la página 110 al revés.

vaso es semiesférica, resulta que parece que se hallen dibujadas en sentido opuesto.

El tipo de las cabezas es igual al tipo general de las serpientes bicéfalas, el cuerpo está dispuesto en un zig-zag y con su interior punteado.

Si como he creído otras veces, estudiando los distintos atributos de cada una de las dos cabezas en cada serpiente bicéfala, que ellos representen sexos diversos, no sería extraño que esta forma de dibujar las serpientes separadas sea primitiva y anterior á la citada y que ellas quieran también representar un macho y una hembra, origen probablemente por su disposición, de los dibujos simbólicos más adelantados de las serpientes dobles y bicéfalas que aparecen en los otros pucos, mucho más comunes y adelantados en cuanto á la técnica y evolución del símbolo.

La serie de la ornamentación cruciforme la podemos apreciar en los dibujos siguientes compuestos en su mayoría por líneas dobles que forman la figura principal dentro de la cual la ornamentación varía.

Estas líneas arrancan del borde del puco ya en la cara exterior ó interior interrumpiéndose generalmente en el borde del disco que forma la base, que queda libre, menos en uno que otro ejemplar que del lado interno hace excepción á esta regla (figura 124).

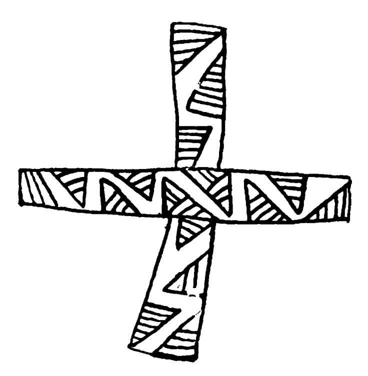


Fig. 124.
Pinturas interiores del puco. N.° 192 del Catálogo.

El elemento ornamental que prima, sobre todos, es el triángulo cuya base arranca de la pared interna de una de las líneas verticales, estos triángulos con el interior cruzado por rayas más ó

menos paralelas en un sentido ó reticuladas, tienen por objeto substituir á los triángulos negros ó escaleras negras pintadas entre dos líneas también, que hallamos en las urnas y pucos del tipo común, y que forman en sus espacios libres líneas en zig-zags, de color claro ó del color del fondo de la pared de la vasija. La figura 124 es la que da mejor la idea de esta intención.

Este zig-zag, como símbolo, podríamos suponerlo como la síntesis de una serpiente, como ya se ha tratado de demostrar varias veces [1]: serpiente luminosa ó brillante: el rayo. Y por esta razón es que se halla pintada sobre estos pucos demasiado pulidos y finos para que no tuvieran un objeto sagrado ó ceremonial.

La figura 124 es compañera de la siguiente figura 125 que muestra los dibujos externos del mismo puco. Aquí se ha

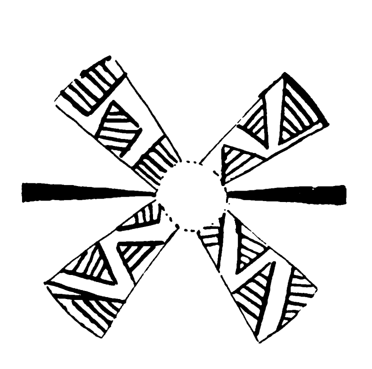


Fig. 125.
Pinturas exteriores del puco.
N.° 192 del Catálogo.

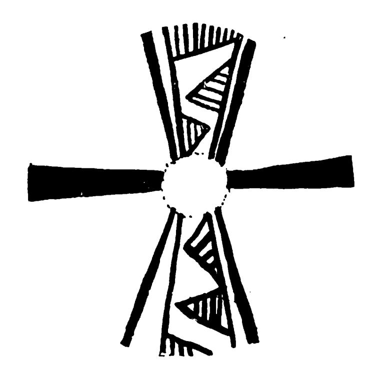


Fig. 126.
Pinturas exteriores del puco.
N.° 193 del Catálogo.

agregado otro elemento y es la delgada línea negra que no parece tener un objeto indicado, mientras que en la figura 126, vendría á substituir á uno de los palos de la cruz que allí faltan, habiéndose reforzado en cambio el otro, con el agregado de otras dos líneas gruesas una á cada lado como para formarle pared doble.

Muy curioso es el nuevo símbolo también sintético que apa-

---

(1) Ambrosetti: La antigua ciudad de Quilmes Bol. del Instituto Geográfico Argentino. Tomo XVIII, pág. 1897.

rece ocupando un palo de la cruz, en las pinturas exteriores del puco 127 (a) y que vendría á reforzar mi hipótesis de que estos signos no son sino síntesis de los símbolos comunes de la región

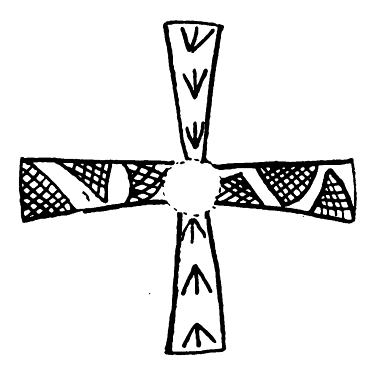


Fig. 127. *(a)*
Pinturas exteriores del puco. N.° 191 del Catálogo.



Fig. 127. *(b)*
Pinturas interiores del puco. N.° 191 del Catálogo.

Calchaquí. Es la huella del Surí ó Avestrúz, muy común en toda América, sobre todo esculpido en los Petroglifos. Los Norte Americanos le llaman huella del Pavo, «Turkey track» y sobre él ya me he extendido anteriormente en esta misma Revista [1].

Del mismo modo que la simple línea en zig-zag, representaría la serpiente, la huella del Surí simbolizaría dicho animal y así

---

(1) Ambrosetti: Congreso de Americanistas NewYork 1903, XIII sesion. Informe del Delegado de la Universidad de Buenos Aires. Tomo I, 1904.

los tendríamos, en este puco, asociados y sintetizados, como en los pucos pintados comunes los hallamos también asociados pero representados á estos animales en efigie.

Otro dibujo, simple si se quiere, pero que también es característico es el de la figura 128. Se trata de ornamentación de líneas divididas en cuatro grupos triangulares cuyas bases se hallan en los bordes del puco y los vértices en el borde del disco de la base.



Fig. 128.
Pinturas externas del puco.
N.° 194 del Catálogo.

Estos grupos dejan entre sí claros que en su conjunto forman la figura cruciforme, desprovista en este caso de pintura. Cada grupo es originado por un triángulo pequeño negro y esta base, digamos así de la figura total, se halla encerrada por líneas que forman ángulos superpuestos generalmente en número de tres.

El conjunto parece ser el origen de esas decoraciones tan curiosas que adornan los pucos pintados de rojo sobre blanco del valle de Yocavil á los cuales ya me he referido [1].

* *
*

Entre los pucos pintados del tipo común Calchaquí, merece mencionarse la mitad de uno (fig. 129) mostrando, la serpiente



Fig. 129. — Pinturas exteriores del puco. N.° 267 del Catálogo.

de dos cabezas, las que presentan los apéndices que se despren-

(1) Sobre todo á las decoraciones de la primera serie.

den de ellas, diferenciados entre sí y en cada una, el de la derecha es pectinado, es decir, una recta con tres pequeñs líneas paralelas unidas á ella; y el de la izquierda representado por un simple trazo vibratil.

Este dato es muy curioso y no sabría á que atribuirlo, pues es la primera vez que se señala.

Los demás accesorios de la ornamentación de este fragmento son, el dibujo reticulado que se halla dos veces y una de ellas en la parte central, cerca del borde, formando parte de una figura alargada que en su interior forma el esquema de esa especie de mano que ya hemos visto aparecer también en el puco fig. 78; pero que en vez de ser rellenada de negro y llevar en el centro el símbolo de la Cruz, se halla ocupada aquí por dos escaleras que terminan en líneas, que si estuvieran bien dibujadas, deberían formar el consabido elemento de guarda griega.

Otro puco fragmentado pero con una gran parte conservada es el de la figura 130. La ornamentación externa ha sido muy mal



Fig. 130.
Pinturas exteriores del puco. N.° 264 del Catálogo.

dibujada aun cuando hay en ella elementos simbólicos de interés.

La cruz se repite en ambas mitades: ó sobre el cuerpo de un sapo, dejada en blanco dentro del fondo negro pintado en su interior, y en un ángulo de la otra mitad, de color negro entre líneas de escaleras mal hechas, con pretensiones de formar entre ellas un elemento de greca.

El animal que aparece de gran tamaño ocupando buena parte de esa mitad, á pesar de estar tan mal dibujado y de asemejarse á primera vista á un sapo, resulta ser uno de esos mónstruos de los

que he hecho referencia en la página 101 al tratar de la fig. 107.

Y esto se comprueba por la cola que es gruesa, arqueada hacia arriba y terminada por el elemento de guarda griega, que en este caso va acompañado por la escalera; todo esto mal dibujado como he dicho; pero bastante claro para que no pueda pasar inapercibido fijándose un poco en los detalles, y aquí se repite el caso que tantas veces he observado, en las pinturas ó esculturas Calchaquíes, digno siempre de tomarse en cuenta, y es que aún para el artista menos avezado con los procedimientos técnicos ó peor dibujante, el carácter distintivo del animal ó símbolo que han querido representar, está siempre visible de una manera resaltante demostrando con esto, que en esa parte es donde han puesto todo cuidado.

Y así vemos aquí que la cabeza es igual á la del sapo de la otra mitad, lo mismo que las patas, mientras que la cola ha sido dibujada con los detalles que caracterizan el mónstruo símbólico ante dicho.

Un puco pintado pequeño, curioso por su ornamentación exterior es el representado por la fig. 131.



Fig. 131.
Pinturas exteriores del puco. N.° 266 del Catálogo.

También divididos los dibujos en dos mitades, parece se correspondiesen, pero sin que podamos darnos cuenta exacta de su significado.

Como se vé hay dos elementos que se destacan, uno negro compacto y otro rayado. Entre los primeros hay que notar las figuras triangulares que en una mitad se repiten de distinto ta-

maño en dos zonas, y la orla de figuras pectinadas como manos que bordean la otra mitad.

Los elementos rayados están compuestos también de figuras triangulares dispuestos en zonas que ocupan la parte central.

Como las figuras pectinadas negras, en las urnas funerarias del tipo de Santa María, dibujadas exactamente como en este caso, representan manos, no sería difícil que toda la ornamentación respondiese á una figura muy convencional de un animal mítico, como enroscado sobre sí mismo y del cual sólo se distinguieran las patas, que aquí por falta de espacio quizá, sólo han podido representarse tres.

Esto, como se comprende, es una mera suposición, pero basada en el conocimiento que resulta de la observación de centenares por no decir miles de piezas que hemos tenido oportunidad de examinar.

No es difícil que algún día podamos comparar esta pieza con alguna otra que tenga los mismos elementos, más algunos otros, que nos den la clave de su representación exacta.

Mientras tanto nos satisfaremos con la presunción expresada,



Fig. 133.
Pequeño puco votivo, pintado de negro. N.° 270 del Catálogo.

y pasaremos á describir otro puco (fig. 132) de pequeño tamaño y muy interesante por su ornamentación, que por ahora también nos es indescifrable.

En la parte externa y como las paredes del puco son muy convexas, corre adaptándose á dicha convexidad entre dos líneas, la faja de cuadrados dispuestos unos al lado de otros y sólo tocándose por un punto, de manera que dejan entre ellos arriba y abajo espacios triangulares.

Dentro de los cuadrados hay otros cruzados por líneas como dameros y dentro de los espacios triangulares, otros triángulos

negros cuyas bases arrancan del lado interno de las líneas constituyentes de la faja general.

Estos triángulos negros son exteriormente y en sus dos lados libres, pestañados, y dentro de ellos como adorno central tienen una mancha circular clara con un punto negro.

Correspondiendo á éstos, en la parte inferior de la faja y ocupando la parte correspondiente de la pared del puco, aparecen otra vez esas figuras de manos pintadas también de negro, con su círculo blanco y punto central (fig. 133).

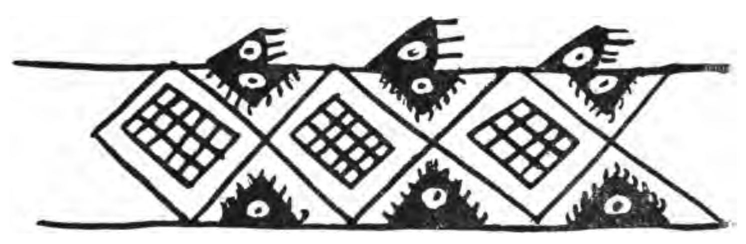


FIG. 133.
Detalle de las pinturas del puco. N.° 270 del Catálogo

Unas pequeñas asas figuradas con poco relieve completan la ornamentación de este pequeño puco elegante por su forma.



FIG. 134.
Vaso votivo pintado con el símbolo de la serpiente.
N.° 199 del Catálogo.

Junto á éste y también fragmentado hallamos el vaso fig. 134, de forma curiosa y de la que no conozco sinó un ejemplar pare-

cido recogido en el norte del valle Calchaquí, en la segunda expedición de la Facultad, pero de color uniforme y desprovisto de pinturas.

El ejemplar de Pampa Grande, fué pintado y aún conserva rastros de las figuras negras con que estaba adornado; á pesar de toda nuestra buena voluntad no hemos podido reconstruir los símbolos, pero se advierte que en la parte central había una cabeza de serpiente.

Seguramente fué un vaso ceremonial, como también el anterior.

* * *

El número de fragmentos de pucos pintados del tipo común, el que preferentemente está ornamentado con grecas ó símbolos de animales, extraído de este yacimiento puede calcularse en algunas centenas.

Estudiados tranquilamente una vez limpios y clasificados en el laboratorio del Museo, el resultado obtenido no ha sido satistactorio en cuanto á datos nuevos sobre iconografía simbólica, por eso es que prescindo de su descripción y sólo me concretaré á decir dos palabras sobre los adornos que casi invariablemente acompañan en número de dos y dispuestos frente á frente, á la pared externa de los pucos cerca del borde (fig. 135).

El tipo de estos adornos es netamente Calchaquí y poco nuevo se halla entre ellos exceptuando los lagartos en relieve que se ven en los fragmentos (fig .135 números 9 y 10). El primero fué recogido en el Gran Cementerio y de él se hace mención en la página 71. En ambos faltan las cabezas de los animales y el segundo sin ser tan claramente acentuado tiene mayores detalles.

Como se verá más adelante el lagarto no es ageno al simbolismo de Pampa Grande.

La pequeña trenza formada por dos pequeños cordones torcidos como cuerda, y dispuestos verticalmente es uno de los adornos más frecuentes, véase los números 3, 8, 11, 13, 15 y 17, en los que se halla bien caracterizada, mientras que en los números 2, 12, 16 y 18 se halla su representación torpe, esto es, una protuberancia angosta surcada por trazos transversales ú oblícuos.

El número 14 muestra otro adorno simple, muy común por

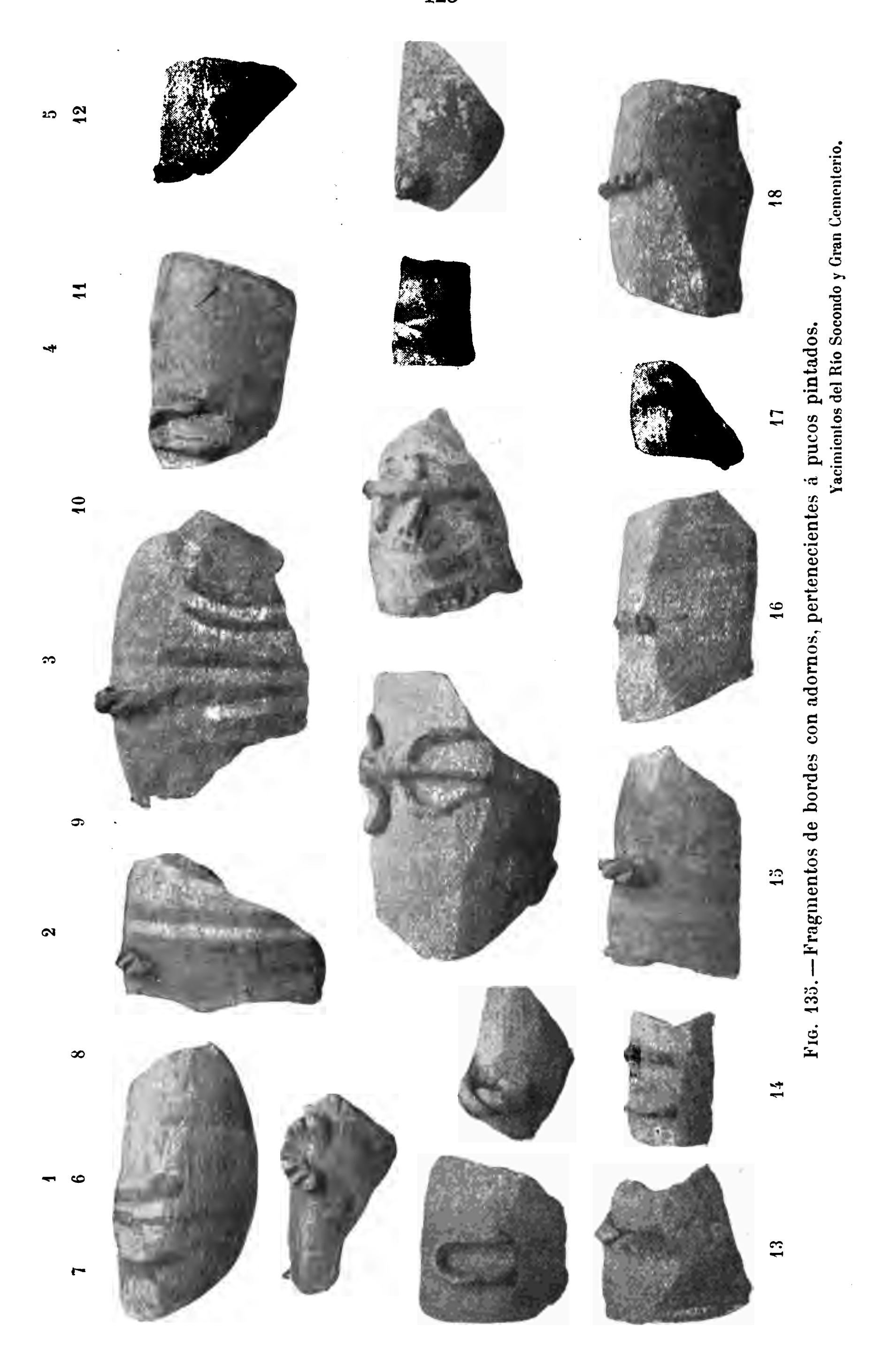


Fig. 135. — Fragmentos de bordes con adornos, pertenecientes á pucos pintados.
Yacimientos del Río Socondo y Gran Cementerio.

otra parte en esta clase de pucos y son esas dos protuberancias alargadas y paralelas colocadas también en sentido vertical.

Unidas estas protuberancias como en el n.° 5, dan origen, destacándose después, á esa figura en forma de herradura que varía en cuanto á forma y dimensiones, que comúnmente hallamos también en esta clase de pucos números 1, 4 y 7, haciendo excepción el n.° 6, por los surcos que la adornan.

No menos interesantes son las asas de urnas y vasijas de tipo tosco que se recogieron en éste y en los demás yacimientos, en gran número.

Las figuras 136 y 137, muestran los tipos principales.

La simple protuberancia ancha y comprimida figura 136 números 1, 2, 3 y 6, forma completamente primitiva de asa, destinada á sostener la vasija de abajo para arriba y no permitir que sus paredes resbalen en las manos, se transforma en un adorno sin cambiar de forma por medio de simples surcos ya sea en toda su superficie números 4 y 5 ó sólo en el borde de la misma n.° 10.

Este es el primer paso para llegar después á las asas destacadas, alargadas y terminadas en dos cuernos númos. 7, 8, 9, 11, 12 y 13 que dirigidas hacia arriba en las urnas ó hacia abajo en las tapas sólo servían de simple adorno; pues ni su forma ni su tamaño podían prestar utilidad alguna al manejo de las grandes piezas á que se aplicaban, como hemos visto ya muchas veces en los ejemplares de urnas completas que hemos estudiado en el curso de este trabajo.

La protuberancia comprimida, siguiendo las tendencias artísticas de los antiguos alfareros de Pampa Grande, se transforma en un botón discoidal ya sea simple figura 137 números 11 y 12, plano ó convexo, de diámetro variable, lo mismo que el del pie que lo adhiere á la pared de la vasija ó urna.

Entre los ejemplares recogidos tenemos todas las gradaciones de la ornamentación de estos adornos primitivos: así vemos que el n.° 8 muestra los primeros ensayos tímidos representados por algunos hoyuelos ralos y mal dispuestos, en los núms. 5, 6, 7 y 9, ellos son más pequeños y profusos y en el n.° 10 los hallamos más grandes, mejor hechos y colocados, y menos profundos revelándonos esta pieza mayor cuidado y propósito artístico.

En el n.° 2 interviene otro elemento decorativo las líneas cruzadas que dividen el botón en cuatro campos y en los números

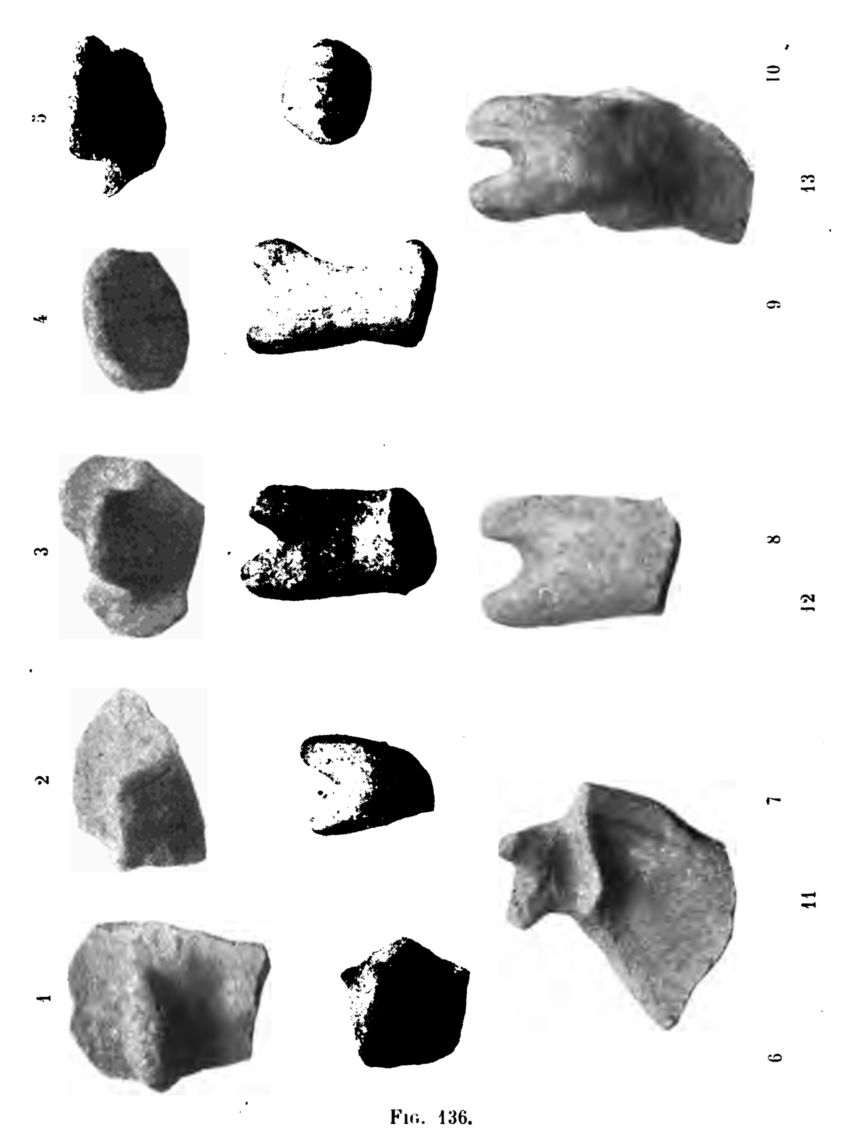


Fig. 136.
Asas falsas y adornos de urnas funerarias y tapas de urnas de tipo tosco.
Varios yacimientos.

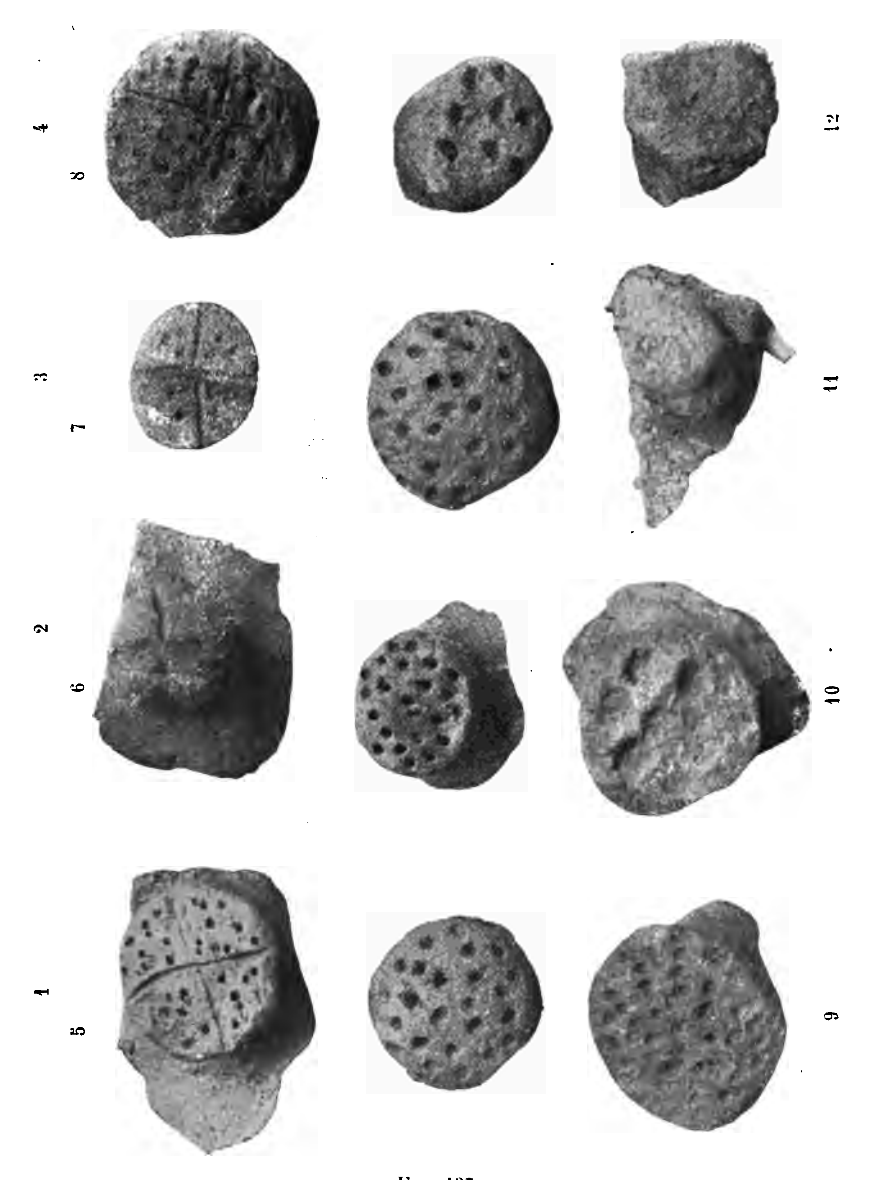


Fig. 137.
Falsas asas con ornamentación primitiva de urnas funerarias de tipo tosco.
Varios yacimientos.

1, 3 y 4, las líneas y los puntos se combinan, rellenando éstos los espacios que encierran aquéllas.

Dentro de la extrema sencillez de formas de la alfarería tosca, si se exceptúan la imagen zoomorfa del quirquincho que posee la urna figura 29, mayor ornamentación no cabe.

* * *

DIVERSOS MATERIALES ARQUEOLÓGICOS RECOGIDOS

INSTRUMENTOS DE HUESO

Bastante escasos, son por cierto, no sólo en este lugar, sino en todos los otros de la región Cachalquí, felizmente nos fué dado reunir en los diversos yacimientos algunos especímenes, varios de ellos por demás interesantes.

El primer dato lo obtuve por un dibujo que mi querido amigo Eduardo A. Holmberg (hijo) me envió de Pampa Grande hace varios años (fig. 138).



Fig. 138
Lezna de hueso hallada dentro de una urna de tipo tosco. Tam. nat.
Dibujo comunicado por Eduardo A. Holmberg (h).

Se trata de una lezna de hueso tallada á grandes golpes y que fué encontrada dentro de una urna de tipo tosco.

Nosotros recogimos otros dos ejemplares mejor trabajados (fig. 139) números 10 y 11 y otro pequeño más tosco número 6, todos en el yacimiento del río Socondo.

El uso de estos objetos ha sido el de trabajar principalmente piezas de cuero, que debían ser cosidas con tientos, también algunos, los de punta muy aguda, han podido servir entre otros casos, para perforar cuentas de malaquita y aún objetos de alfarería, no creo por otra parte, que hayan servido de puntas de flecha, porque las de esta materia han tenido una forma peculiar

muy abundantemente distribuída desde la Puna de Atacama hasta Córdoba para que aquí no se haya usado también lo mismo [1].

Un útil muy curioso y que creo que es el primero que se señala de esta región, es el *Flaker* número 7, es decir, un instrumento destinado á fabricar las puntas de flecha.

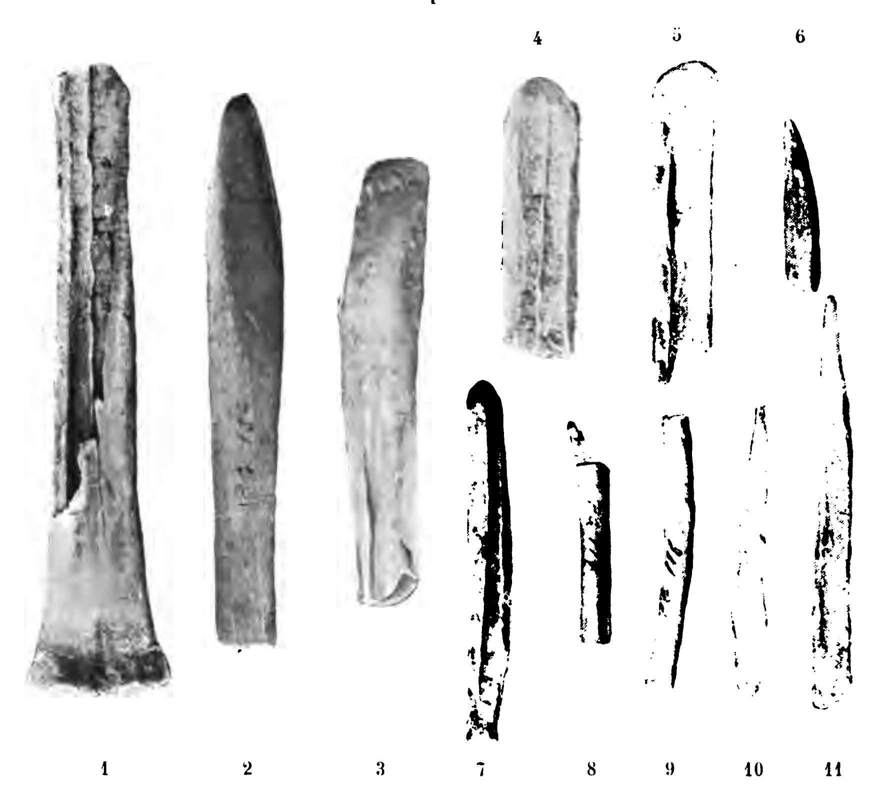


Fig. 139.
Instrumentos de hueso hallados en diversos paraderos.
1/2 tamaño natural.

Puede decirse que este ejemplar de la Pampa Grande es idéntico al que emplean los indios Onas de la Tierra del Fuego para el mismo fin.

---

[1] Sobre esas puntas de flecha de hueso, véase mis Datos Arqueológicos sobre la Provincia de Jujuy en *Anales de la Sociedad Científica Argentina*, Tomo LIII.

Es igualmente delgado, tallado á grandes golpes y terminado en una punta roma y pulida, con la cual se hace presión sobre el fragmento de silice á fin de hacerle saltar las pequeñas láminas que dan poco á poco la forma deseada.

Los números 8 y 9 son piezas de adorno, componentes seguramente de un collar; la primera está inconclusa en un estremo y allí se ve el corte transversal iniciado para separarla de la parte inútil.

Ambas son de huesos de pájaro y fueron halladas junto con el *flaker* citado en el gran cementerio, por el Dr. Maupás.

Los demás ejemplares fabricados con huesos que se hallan en la fig. 139, números 1, 2, 3, 4 y 5, parecen ser útiles de alfareros.

Han sido trabajados también á grandes golpes primero, menos el número 2, y luego friccionados sobre una piedra para darle la forma definitiva.

Los números 1 y 4 tienen el borde superior muy pulido y posiblemente se emplearon para redondear los bordes.

Los números 3 y 5 son delgados y poseen además un filo como un cuchillo.

El número 2, es un perfecto útil de escultor, fabricado con un fragmento de costilla, toda su forma ha sido dada por fricción. La parte inferior ha desaparecido y es posible suponer que debiera haber terminado como la superior.

*
* *

OBJETOS DE ALFARERÍA

Además de las variadas especies de urnas funerarias y pucos ya descriptos, la alfarería entre los habitantes de Pampa Grande, de igual modo que entre los demás calchaquíes, tuvo múltiples aplicaciones.

Ya hemos visto el partido que han sacado para la fabricación de algunos vasos é ídolos á que hemos hecho referencia anteriormente; pero eso no es todo, entre las piezas reunidas en esa región se hallan otras no mencionadas aún, en su mayor parte y que aquí se describen y figuran.

El material si bien no es numeroso, en cambio no deja de ser interesante. En primer lugar tenemos que mencionar un gran

fragmento de una pipa (figura 140), n.º 1. Pertenecía á la porción correspondiente al fogón de uno de estos objetos de la forma típica de los ejemplares ya descriptos en otros trabajos (1); como algunos de ellos, seguramente representaba una cara humana, de



Fig. 140.—Objetos varios de alfarería, $^1/_2$ tamaño natural.
N.º 1, fragmento de pipa; 2, 3 y 6, fragmentos de objetos de uso desconocido; 4 y 5, pequeños vasos votivos, este último con adorno ornitomorfo.

la cual sólo se han conservado los ojos, habiendo desaparecido la parte relativa á la nariz y boca.

Este resto es muy interesante, pues nos revela otra identidad en las costumbres con los pobladores del propio valle Calchaquí.

El ejemplar lleva el n.º 99 del catálogo.

(1) Véase Ambrosetti: Notas de Arqueología Calchaquí: XXIX. ¿Fumaban en pipa los Calchaquíes? figuras 246 á 248, Boletín Geográfico Argentino. Tomo XX, págs. 285 y siguientes.

Otros dos fragmentos números 2 y 3 de la figura 140, parecen haber pertenecido también á pipas, pero han sido desechados sin terminarlos ya sea por rotura ó cualquier otra causa: el primero es un trozo del canuto, con un ensanchamiento en el medio saliente como adorno, y el otro un pequeño fogón de barro negro lustroso y decorado con una faja de líneas grabadas diagonales y dispuestas por grupos en sentido contrario.

El n.° 4 de la figura 140 es la mitad vertical de una pequeña vasija que debió haber sido un juguete de niños; lo mismo quizá que el pequño puco n.° 5 que muestra el relieve convencional de un pájaro cuya cabeza ha desaparecido.



Fig. 141.
Pequeño puco hallado junto al puco fig. 194, dentro de la urna n.° 251.
N.° 137 del Catálago.

El animal está representado dentro del más típico convencionalismo calchaquí, que consiste en representar la cola y las dos alas por tres tubérculos anchos comprimidos y chatos, en cuya cara superior graban una serie de trazos paralelos, generalmente tres [1].

Esta pieza tiene el n.° 348 del catálogo, y fué hallada en el Gran Cementerio, explorado por el Dr. Maupás, habiéndose hecho referencia de ella en la pág. 71.

Teniendo en cuenta este detalle, me he preguntado varias veces si las incisiones que en grupos vemos distribuídas en forma de cruz en el borde de ciertos pucos, como puede verse en la fig. 141,

(1) Sobre esto me he extendido en mis notas de Arqueología Calchaquí: IX vasos ornitomorfos, figuras 39 y 40 en Boletín del Instituto Geográfico Argentino- Tomo 17, págs. 538 y siguientes.

no responderían también á la idea de la representación sintética de un pájaro, que podía ser el de la tormenta, tratándose de objetos funerarios.

Esto no tendría nada de extraordinario, pues ya hemos visto que á este ser mítico se le representa ya sea por sus simples huellas como en el puco que acompañaba á éste dentro de la urna fig. 103 y cuyos dibujos han sido reproducidos en la fig. 104; ó como en el puco fig. 127, ó ya por la simple cabeza muy sintetizada.

En el caso presente faltaría la cabeza; pero aquí como en los pucos figs. 124 y siguientes, había sido substituída, en cambio, por iguales incisiones, que siempre representarían, caso de que esto fuera así, por lo menos plumas.

Conociendo la importancia del símbolo en la alfarería funeraria calchaquí, la idea de simple adorno en ella, se rechaza de por sí. Además esta ornamentación no es única, ya la hemos hallado otra vez en la tapa que cubría la urna antropomorfa fig. 72 y por ello he creído útil llamar la atención sobre esta cuestión.

Otra pieza curiosa, cuyo objeto no nos ha sido posible determinar es el fragmento n.° 6 de la fig. 140.

Al parecer ha sido un adorno colocado sobre la pared de un vaso de la cual debía destacarse mucho, muy curiosas son las espirales en relieve que la ornamentan; el tipo es nuevo y por eso doy su figura.

Un objeto procedente de «Los Sauces» lugar que pertenece también á esta región arqueológica y con el que el Dr. Indalecio Gómez, obsequió posteriormente á nuestra exploración, al Museo de la Facultad, se nos presenta como todo un problema (fig. 142).

Se trata de un plato de paredes bajas inclinadas hacia afuera, y unido por medio de una arista saliente á una cubierta más ó menos semiesferoidal.

Casi equidistantemente repartidos en la zona inferior de esta cubierta, se hallan cuatro grandes agujeros circulares.

Esta pieza de alfarería, de paredes gruesas, no ha sido usada, fué enterrada completamente nueva, recién salida del horno donde fué cocida.

Como en la Pampa Grande se han hallado varias piezas de bronce, no es difícil que este objeto haya servido de crisol para fundir metales, colocando en su interior el mineral bien molido

mezclado con carbón y el todo puesto sobre el fuego, de manera que efectuando la operación en las alturas, el viento penetrase por los agujeros acelerando así la fusión. En una palabra, sería este ejemplar una muestra de una de esas *Huairachinas* de que nos hablan los cronistas y de las que me he ocupado ya en un trabajo especial sobre la materia [1].

La cantidad de mineral que podría fundir este crisol, dado su tamaño sería suficiente para fabricar algunos cinceles, ó hachuelas, ó alguna placa votiva, ó uno ó dos tumis, etc.



Fig. 142
Objeto de barro hallado en Los Sauces. Probablemente un crisol.
N.° 16 del Catálogo.
Donación del Dr. Indalecio Gomez. $^2/_5$ tamaño natural.

La idea expresada, por alguno de mis colegas, de que pudiera servir de sonajero colocándole piedritas en su interior, no me parece aceptable por lo incómodo que resultaría el manejo de este instrumento y por que á ser ese su empleo, la base plana circular, de que está provísto en su parte inferior, no tendría objeto alguno y bien sabemos que el carácter eminentemente práctico de los indios no les hacía fabricar, en las piezas destinadas á un uso dado,

---

(1) *El Bronce en la Región Calchaquí*, en los Anales del Museo Nacional de Buenos Aires. Tomo XI, Serie 3.ª, Tomo IV, año 1904, págs. 175 y siguientes.

ni formas inadecuadas, ni elementos que nada tuvieron que hacer con el objeto mismo; como sería la base en este caso.

En cuanto á la forma sostengo que es inadecuada para sonajero, pues como este instrumento se deriva directamente del mate ó calabaza ó porongo (cucurbita) con mango propio ó agregado de madera; como los maracás de los indios del Brasil ó los sonajeros de los indios del Chaco, es casi seguro que los Calchaquíes hubieran copiado en alfarería ese objeto si hubieran deseado fabricar uno de barro cocido, conforme han hecho con muchas otras cosas, los mates inclusive [1].

El pequeño vaso (fig. 143) fué hallado en el Gran Cementerio, explorado por el Dr. Maupás, y muy cerca de la cabecita de barro fig. 118, ya descripta en la página 110 y siempre he sospechado



Fig. 143.
Vaso antropomorfo fragmentado. $^3/_4$ tamaño natura
N.° 38 del Catálogo.

que ella pudiera haber pertenecido á esta pieza, pero desgraciadamente las roturas están tan gastadas que ha sido imposible adaptarlas y por eso he preferido no proceder á su unión.

La parte que queda, representa el cuerpo de un hombre con las piernas encogidas y los brazos agarrándolas por debajo de las rodillas; posición ésta, que recuerda la de otra pequeña figura también de barro hallada en Chaquiago de Yoyango, Provincia de Catamarca, y la de un vaso antropomorfo de la colección del señor Samuel A. Lafone Quevedo, ya descriptos en otro trabajo [2] en los que aparece un personaje sentado con las manos sobre las rodi-

(1) No son raras las representaciones de mates en alfarería que se encuentran en la Región Calchaquí, en el Museo de la Facultad se hallan varios ejemplares.

(2) Ambrosetti. Notas de Arqueología Calchaquí, XXVIII, figs. 223 y 233, en Boltíen Instituto Geográfico Argentino. Tomo XX, págs. 271 y siguientes.

llas, pero no como en el caso presente en que las manos abrazan á las tibias. Esta actitud es nueva entre los hallazgos arqueológicos, pero cumún entre las gentes que aún habitan la campaña.

El tipo de estos vasos antropomorfos especiales que se diferencian de los otros comunes, en que la cabeza no forma gollete, sino que está formada por una especie de lámina comprimida, que se halla adherida sobre el borde mismo y en el frente correspondiente á la pared del vaso, sobre la cual de relieve se hallan modelados los brazos y piernas; no es muy raro, conozco algunos ejemplares, entre los cuales digno es de mención el que representa á una mujer con un niño en los brazos actualmente en el Museo Nacional de Buenos Aires [1].

El uso de estos pequeños vasos debió haber sido votivo,

Entre los otros fragmentos recogidos en los diversos lugares explorados, merecen describirse aquí las piezas zoomorfas que adornaron algunos vasos cuyos restos no fué posible reunir.

La fig. 144 muestra una serie de cabecitas de animales muy interesantes.

El n.º 1, representa la evolución en el sentido zoomorfo de los adornos ó falsas asas de la fig. 137. Como ellos es también un botón discoidal, en cuya superficie plana, con tres rasgos: dos líneas inclinadas converjentes y un punto un poco más abajo, han dado el carácter simple sí, pero bastante significativo de una cara de animal.

Entre la gran cantidad de piezas de este género halladas hasta ahora en la región Calchaquí, se puede elegir toda una serie que demuestra la evolución de la figura, que resulta al fin una cabeza hierática de un puma (Felis Concolor).

La falta de tiempo y el hallarse el material disperso entre las diversas colecciones del país, me impiden presentar dicha serie en este trabajo, en el cual, por otra parte, he creído mejor publicar solamente en lo posible, objetos hallados en la Pampa Grande.

Como representacion sintética haremos notar la cabeza de ave de rapiña del tipo gavilán, señalado con el n.º 6; á esta pieza se ha modelado preferentemente el pico agregándole las curvas incisas para separar las mándibulas entre sí. Posiblemente en la parte destruida llevaba la indicación de los ojos.

---

(1) El ejemplar procede de Molinos y fué publicado por mí, en mis Notas de Arqueología, fig. 16. Boletín, Instituto Geográfico Argentino. Tomo XVII.

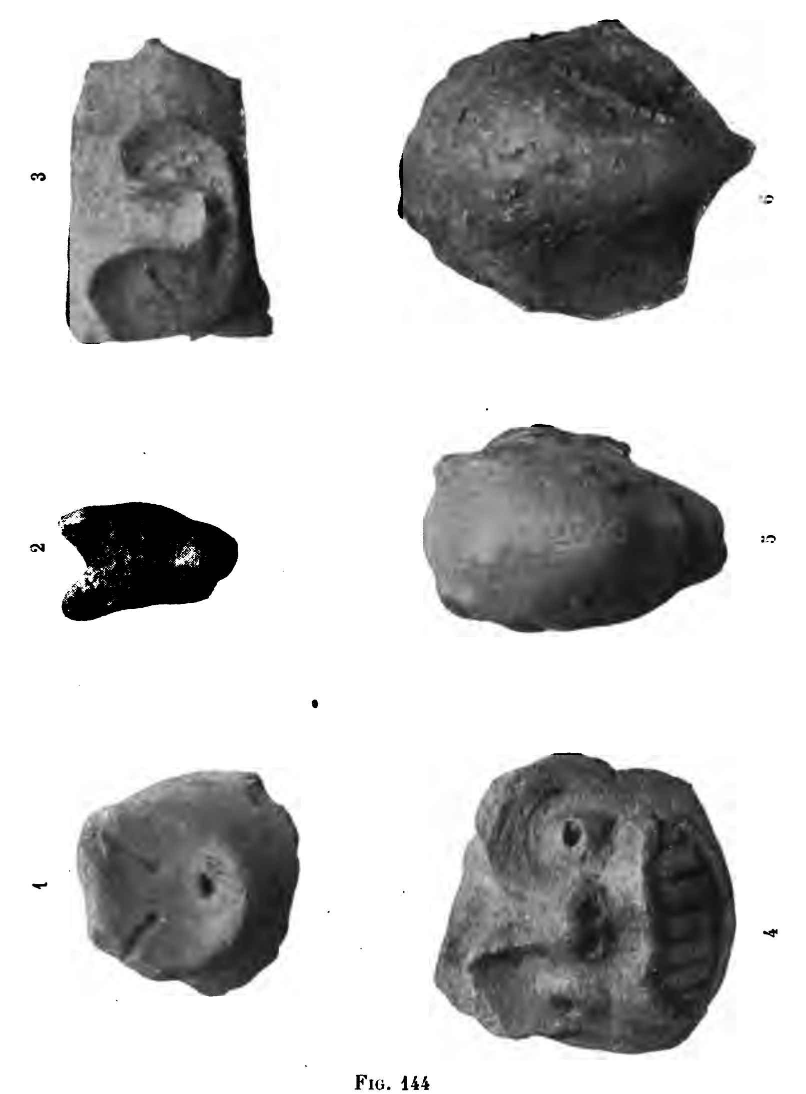


Fig. 144

Adornos zoomorfos de vasos de alfarería.

Diversos yacimientos. $^3/_4$ tamaño natural.

Números 188, 97, 92, 91, 93 y 186 del Catálogo.

Del mismo carácter de síntesis es la cabecita de huanaco ó vicuña n.º 2, aunque en ella hay un sencillo modelado que revela por otra parte una mano segura. Aquí también hallamos pocos rasgos uno para cada oreja, alargado; dos para los ojos circulares y otro semilunar para las narices del animal.

El n.º 5, como los que siguen, revelan ya otra escuela, en ellos hay un trabajo más acabado y mayor lujo de detalles, siendo el modelado más cuidado. Esta pieza representa la cabeza de un animal que sólo podría parecerse al mono; pero que no es dado poder afirmarlo.

Es de extrañar que no hayan podido darle carácter, caso raro tratándose de gentes, que como hemos visto ya sabían imprimir á sus obras un sello de verdad en cualquiera de los detalles lo que por lo general facilita extraordinarmente su comprensión.

Si han querido representar un mono, no sería de extrañar que esto sucediere, porque ese animal debió ser muy raro en esos parajes ó mejor dicho desconocido y sólo pudo haber sido trabajado por recuerdos de alguna de esas entradas á la región chaqueña de que hemos hecho referencia en la nota á la pág. 17.

Los números 3 y 4, y la fig. 144, representan cabezas de tigres. Esta imagen es muy común hallarla en toda la región Calchaquí, ya sea en vasos zoomorfos, aplicaciones de ollas, en morteros de piedra y hasta en las pinturas de las grutas [1].

Indudablemente que esta profusión de figuras de tigres ha tenido su razón de ser, en gran parte, por la superstición de los tigres oturuncos, superstición que aún existe y que he tenido ocasión de estudiar comparándola con sus iguales de la región Guarany [2].

---

(1) En mis notas de Arqueología Calchaqui, VIII: Representaciones de Tigres y XIII morteros zoomorfos de piedra, he descrito varias piezas procedentes de la región Sur ó valle de Yocavil que se hallan en el Museo Nacional, así como otras de la Colección Quiroga, y un mortero muy artístico con tres tigres de relieve de la Colección Lafone Quevedo, procedente de Paclín, valle de Catamarca.

La gruta que presenta mejor caracterizados estos animales, es la del Río Pablo, cerca de la Pampa Grande, he dado su descripción en mi trabajo: *Las Grutas pintadas y los Petroglyfos de la Provincia de Salta,* Boletín del Instituto Geográfico Argentino. Tomo XVI.

(2) Véase Ambrosetti: *La Leyenda del Yaguareté Abá* y sus proyecciones entre los Quichuas, Guaraníes, etc. Anales de la Sociedad Científica Argentina. Tomo XLI, cuaderno 6.

Entre las piezas de la Pampa Grande, el n.º 3 nos muestra la forma sintetizada, construyéndose la cara por una línea en relieve que baja para formar la nariz y se arquea sobre los ojos, rodeando después lo demás del rostro del animal y dividiéndose en dos en la parte correspondiente á la boca, que como en todos estos animales siempre se dibuja grande y cuando se puede se le agrega un buen arsenal dentario. Aquí, esta parte ha desaparecido por la fractura del vaso.

De notar son: la sencillez de los ojos, simples trazos divergentes del eje, de la nariz y la indicación de esta última con los dos puntos.

Compárese esta figura con la n.º 4 y se verá como es la misma cosa en sus líneas generales, con la diferencia que en esta última pieza el modelado le ha dado mayor vida y expresión, igual cosa



Fig. 145.
Cabeza de tigre de barro. Tamaño natural.
Dibujo de Eduardo A. Holmberg.

sucede, aunque en escala menor, con la fig. 145 que es otra pieza recogida en este mismo lugar, por el joven Jorge Gómez [1] y que me fué enviada por mi buen amigo Eduardo A. Holmberg, en marzo del año 1900, junto con el dibujo que aquí se publica.

(1) Mientras escribo este trabajo me sorprende la triste noticia de la muerte de este malogrado joven, en vísperas de terminnr su carrera de Derecho.

Sirvan estas pocas ltneas de piadoso recuerdo á su memoria y de homenaje á sus padres, de quienes esta Expedición de la Facultad de Filosofía y Letras, recibió á más de ayuda eficaz, atenciones y finezas que obligan la más sincera gratitud.

En estas dos piezas se puede observar el cuidado de sus ejecutantes, en señalar de una manera expresiva los grandes dientes del felino, carácter típico que ellos han acentuado para expresar su ferocidad.

ALFARERÍA GRABADA

Como se ha hecho notar en el curso de este trabajo, los fragmentos de alfarería grabados que se encuentran en los diversos yacimientos son muy numerosos y variadísimos.

Pero lo que llama la atención es que la calidad de la alfarería de estos fragmentos, que han pertenecido en su mayor parte á objetos pequeños, casi siempre es de primer orden, de pasta fina, homogénea, perfectamente cocida, y trabajada con esmero.

Si bien es cierto que á veces se tropieza con algunos objetos enteros como los que ya se han descripto, no lo es menos que la inmensa cantidad de pedazos que se hallan en todos los yacimientos de la Región Calchaquí, presentando la mayoría el carácter particular de que los recipientes nunca fueron usados, hace suponer que ellos fueron destruídos intencionalmente en ceremonias especiales y, que seguramente algo tenían que ver con las otras, en las que se mataba á la alfarería practicándole agujeros, como se ha dicho ya en las págs. 43 y siguientes.

La ceremonia posiblemente sería la misma, en la que para empezar se perforarían algunas piezas por cuyos agujeros quizá derramasen líquido como imitando lluvia y luego como final los demás asistentes que vendrían preparados, provisto cada cual con su vaso lleno de agua, á una señal, lo romperían.

Más aún, la operación debería hacerse por parejas: las mujeres serían las que cargarían con los vasos, mientras que los hombres serían los encargados de destrozarlos golpeándolos y representando así con esta ceremonia, la leyenda de la *Sumac Ñusta*, que Gacilazo de la Vega describe en sus Comentarios Reales [1], y que ha sido estudiada por muchos americanistas como Brinton, Rialle, etc., y últimamente por mí malogrado amigo y colega el doc-

---

[1] Lib. II, Cap. XXVIII.

tor Adán Quiroga, quien ha dado una traducción Castellana del texto Quechua [1].

Sólo atribuyendo á una ceremonia como la indicada, me puedo explicar en una forma satisfactoria estos hallazgos de fragmentos de vasos nuevos, ó por lo menos sin uso alguno, y sobre todo trabajados con prolijidad y de tan buena clase de alfarería.

Con este criterio, y como los vasos representarían contribución personal de las diferentes familias, que intervendrían en dichas ceremonias, resulta que la ornamentación también es muy variable, aunque dentro de algunos padrones típicos.

De allí que tengamos todas las variantes imaginables, dentro de esos modelos, según la mayor ó menor habilidad de las alfareras, desde los balbuceos artísticos de las principiantes, hasta los trazos seguros y los dibujos más ó menos complicados de las veteranas.

En las figuras que siguen, he tratado de agrupar en lo posible un cierto número de piezas seleccionadas de entre la gran cantidad de las recojidas, que demostrarán lo que dejo expresado.

La fig. 146 muestra ejemplares de la ornamentación más primitiva y también insegura. Así tendremos en el n.° 1, simples puntos irregulares agrupados en líneas, que, posiblemente, en el ejemplar sano, debieron ser concéntricos.

(1) QUIROGA: *La Cruz en América*, pág. 160.

El Mito lo supongo muy antiguo y continental y no exclusivo del Perú, donde ha sido recogido; el Dr. Quiroga ha expresado su opinión de que los personajes forman parte del politeismo peruano anterior á la heliolatría incásica; esto confirmaría mi opinión de cierta manera y sobre todo á lo que se refiere á Calchaquí.

Al mismo tiempo este autor, identifica al hermano de la *Sumac Ñusta*, con Catequil, lo que también corroboraría mi modo de pensar. La leyenda que ha dado origen al himno transcripto por Garcilaso es la siguiente, en pocas palabras: *La Diosa de la lluvia*, *Sumac Ñusta*, hija del Dios de las aguas, tenía un cántaro de barro en el que la guardaba, volcándola sobre la tierra cuando quería.

Pero, de vez en cuando, su hermano, rompía ese vaso y entonces producianse las tormentas con truenos, relámpagos, lluvia, nieve ó granizo según el caso. Entre los pueblos del Noroeste de Méjico donde existe esa civilización tan parecida á la de los Calchaquíes, la leyenda supone á los habitantes de las nubes también con cántaros llenos de agua y que derraman sobre la tierra, haciendo llover de este modo.

La ceremonia que he supuesto no tendría nada de inverosímil, tanto más que ella sería una mínima parte del largo programa que deberían desarrollar en las épocas fijadas para efectuarlas, como sucede aún entre los Hopis y Mokis, donde duran varios días.

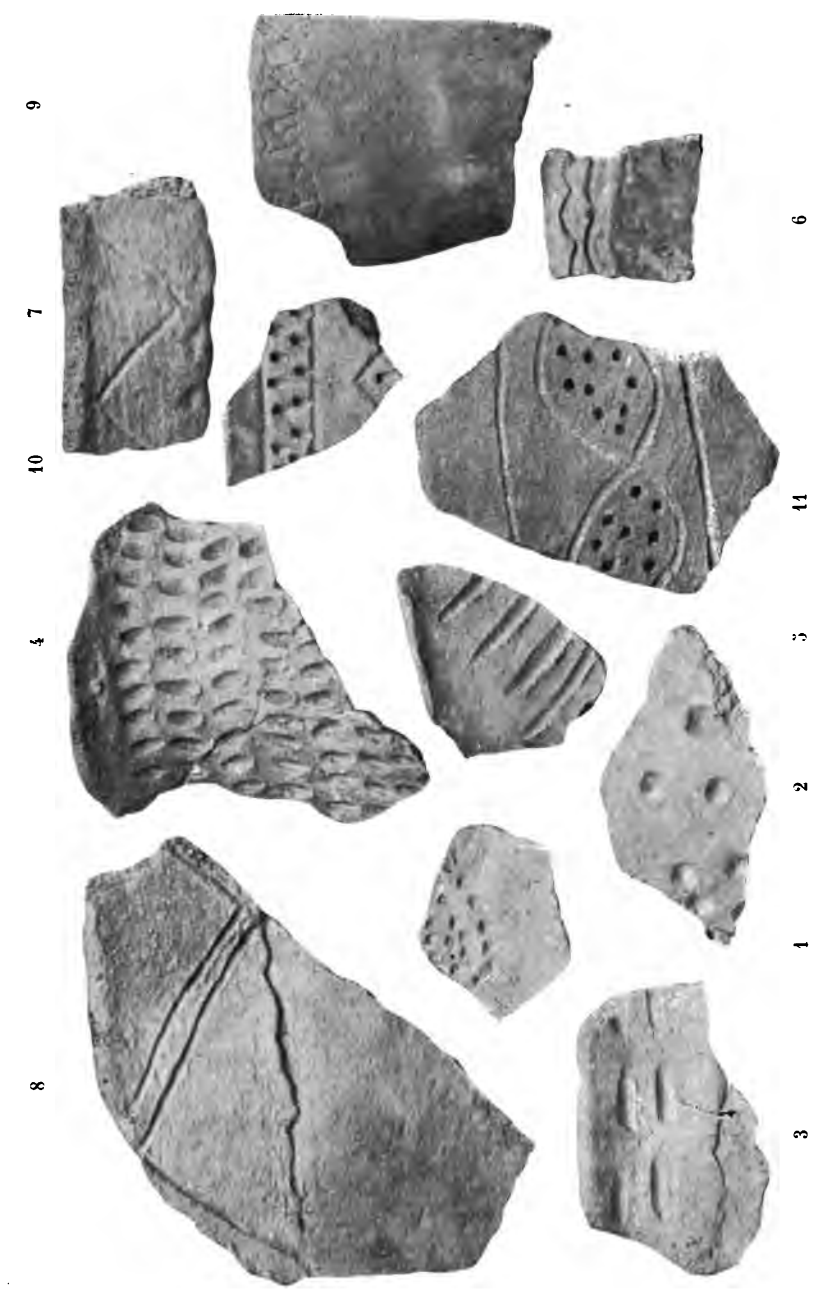


Fig. 146.—Fragmentos de alfarería grabada, mostrando ornamentación de tipo simple. Varios yacimientos.

En el n.° 2, ya esos puntos se han convertido en hoyuelos circulares dispuestos en línea.

Mientras que en el n.° 11, esos puntos más profundos que en el n.° 1, se hallan colocados sin simetría, y sólo con la intención de rellenar el espacio oval circunscripto por líneas, también poco seguras.

En cambio, en el n.° 10, los puntos que llenan la franja superior cambian de aspecto, están hechos con seguridad y han sido colocados con cuidado alternativamente, empleándose un útil de sección cuadrada que le ha dado ese carácter.

Ornamentación parecida, por lo infantil y primitiva, á la que hallamos entre otras tribus de indios mucho más salvajes, es la que presentan los fragmentos n.^{os} 3, 4, 5, 6, 7 y 8.

En el n.° 3, son simples trazos horizontales irregulares dispuestos en dos líneas superpuestas; en el n.° 4, son trazos verticales colocados uno al lado de los otros y en series, cubriendo toda la superficie del vaso; en el n.° 5, en cambio, los trazos son inclinados, hechos también sin cuidado y prolijidad; en el n.° 6, se ve un principio de líneas quebradas, adornando el cuello del vaso, casi inmediatamente después del borde, aquí también se ve inseguridad en la mano. Estas líneas quebradas, formando grandes ángulos, son uno de los dibujos típicos que varían mucho; los n.^{os} 7 y 8 muestran dos especímenes.

El n.° 9, es el único caso que conozco de ese género, como dibujo es indescriptible, parece un conato de arabesco sin dibujo fijo, pero que sin embargo, ocupa una zona de ancho casi constante debajo del borde. El fragmento pertenece á uno de esos vasos casi cilíndricos que se suelen hallar de vez en cuando.

El n.° 11, del que ya hemos hablado, representa, muy mal hecho por cierto, el tipo de ornamentación de zona ancha, cuyos dibujos, por lo general compuestos de grandes paralelógramos, en este caso óvalos, rodean el objeto entre dos líneas muy separadas y paralelas, y de los que nos ocuparemos más adelante, al describir los fragmentos representados en la fig. 149.

Nuevos elementos de ornamentación aparecen en otros fragmentos como puede verse en la fig. 147; el círculo pequeño se ha empleado lo mismo que los puntos y trazos, ya sea en series simples horizontales n.° 1, ya superpuestas á fin de cubrir el objeto como en el n.° 2, ó alternando con cuadrados como en el

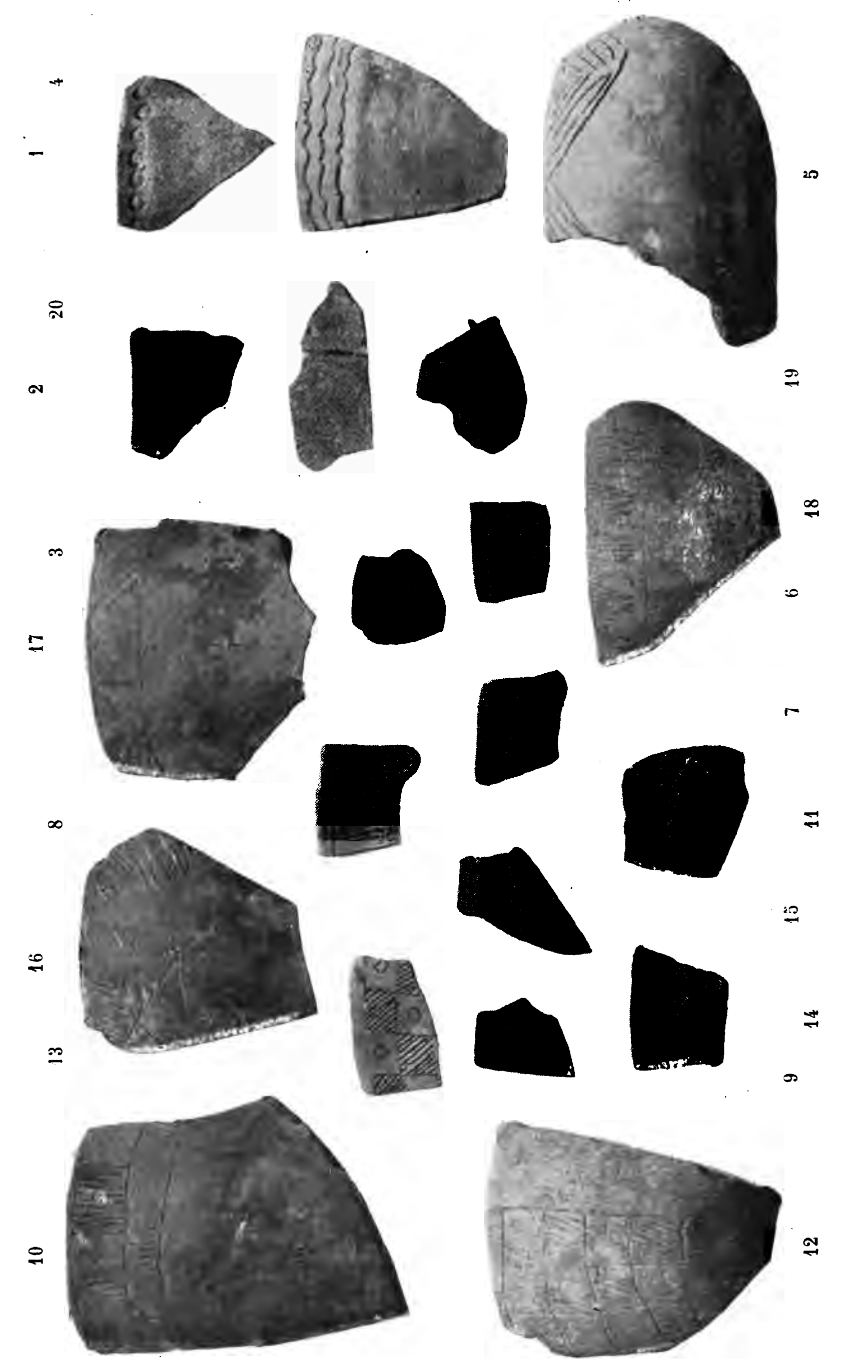


Fig. 147.—Fragmentos de pequeños vasos votivos, mostrando ornamentación grabada. Varios yacimientos.

n.° 13, ó con triángulos n.° 15; este elemento requiere más cuidado y paciencia que cualquier otro, y una punta muy fina para grabarlo.

Otro elemento nuevo es la espiral, también finamente grabada, y el n.° 20 muestra un ejemplo en el que esta figura de pequeñas dimensiones y repetida muchas veces, cubría la pared del objeto.

El empleo de las líneas superpuestas era también muy frecuente ya sea como quebradas N.° 4 ó formando grandes ángulos N.° 5.

En el N.° 6, se ve el triángulo, decorativo Calchaqui, que es generalmente muy alargado y colgante de una línea horizontal que rodea el borde del objeto, y sobre la cual se forma.

Este triángulo toma mil aspectos según el tamaño y lo más ó menos perfectamente dibujado; el N.° 7 es un ejemplo de esto último con el agregado del relleno de rectas casi verticales.

El empleo de este último elemento decorativo, que hallamos casi siempre en combinación con otros, es sumamente frecuente: el N.° 9 nos muestra una de sus más simples aplicaciones: formando guarda entre dos quebradas. En el N.° 14 las verticales se hallan del lado externo de las líneas quebradas y entre éstas y una recta.

Siguiendo este último procedimiento las verticales rellenan también una faja quebrada doble de puntos en el N.° 8.

Donde se emplean estas pequeñas rectas como relleno es en otro dibujo, común entre estos grabados, de simples lineas que se entrecruzan formando cuadros superpuestos y en los que con la ayuda de las verticales, toma el aspecto de un damero, N^os^ 10, 11, 12 y 13.

En los objetos de alfarería pintada los cuadrados de estos dameros se rellenan de color negro y así tendríamos aquí, el caso análogo de lo que sucede en el grabado monocromo entre nosotros, en que los colores se sustituyen con líneas, con la diferencia que en los vasos calchaquíes las pequeñas rectas en cualquier posición en que se hallen siempre representarán la idea de color ó por lo menos relleno y nunca un color determinado; y eso se puede ver bien en los N.^os^ 10, 11 y 12 que muestran el mismo dibujo pero cuyas rayitas en cada uno están en diversa posición.

Una guarda curiosa es la del N.° 17, que parece representar la huella del avestruz colocada en posición alternada y resaltando

sobre un fondo de pequeñas rectas diagonalmente grabadas. Este es el único ejemplar que conozco.

El N.° 18 posee otra guarda muy sintética en la que se ha querido grabar una serie de escaleras con un zig-zag vertical en su interior, que por lo reducido del objeto aparece como un simple trazo vibrátil.

Las líneas quebradas cerrando un poco sus ángulos se transforman en zig-zags, y con esta ornamentación se ha cubierto las paredes de centenares de piezas.

En la fig. 148 he tratado de reunir algunos ejemplos típicos: los N.os 1, 2 y 3 muestran el zig-zag dispuesto horizontalmente, el primero con su interior rayado y en los otros dos libre, pero el fondo sobre el cual se destacan varía; en el N.° 3 aparece por primera vez el rayado reticulado que no es muy frecuente volviendose sólo á repetir en otro dibujo: en el N.° 12.

Un bonito ejemplar de zig-zag oblicuo es el N.° 4 que también es raro.

Mucho más frecuentes son los zig-zags inclinados ó casi verticales que, á igual á lo que sucede en la decoración de los vasos pintados, separan los elementos de escaleras ó pequeñas terrazas; el N.° 8 puede dar mejor una idea de esto, mientras que los N.os 5 y 7 muestran variantes, y el 9 una excepción á causa de la posición casi vertical de la figura.

El dibujo del N.° 8 es muy típico en los vasos grabados calchaquíes é innumerables son los fragmentos que lo poseen más ó menos bien hecho pero siempre de igual carácter.

Esto nos muestra el paralelismo que existe entre los símbolos grabados y los pintados y el carácter ritual de muchos de estos objetos,

Por analogía he dado á la terraza el equivalente simbólico de nube [1], y si esto es así, con el agregado del zig-zag, que representa el rayo, tendriamos á no dudarlo, una prueba más del uso de estos vasos en las ceremonias de la *Sumac Ñusta*, ya descriptas.

Otro dibujo muy común es el de los grandes paralelogramos interrumpidos por triángulos que generalmente están rellenos con verticales.

---

[1] Ambrosetti: *Algunos Vasos Ceremoniales de la Región Calchaqui*, Anales del Museo Nacional de Buenos Aires. Tomo VII, págs. 125 y siguientes.

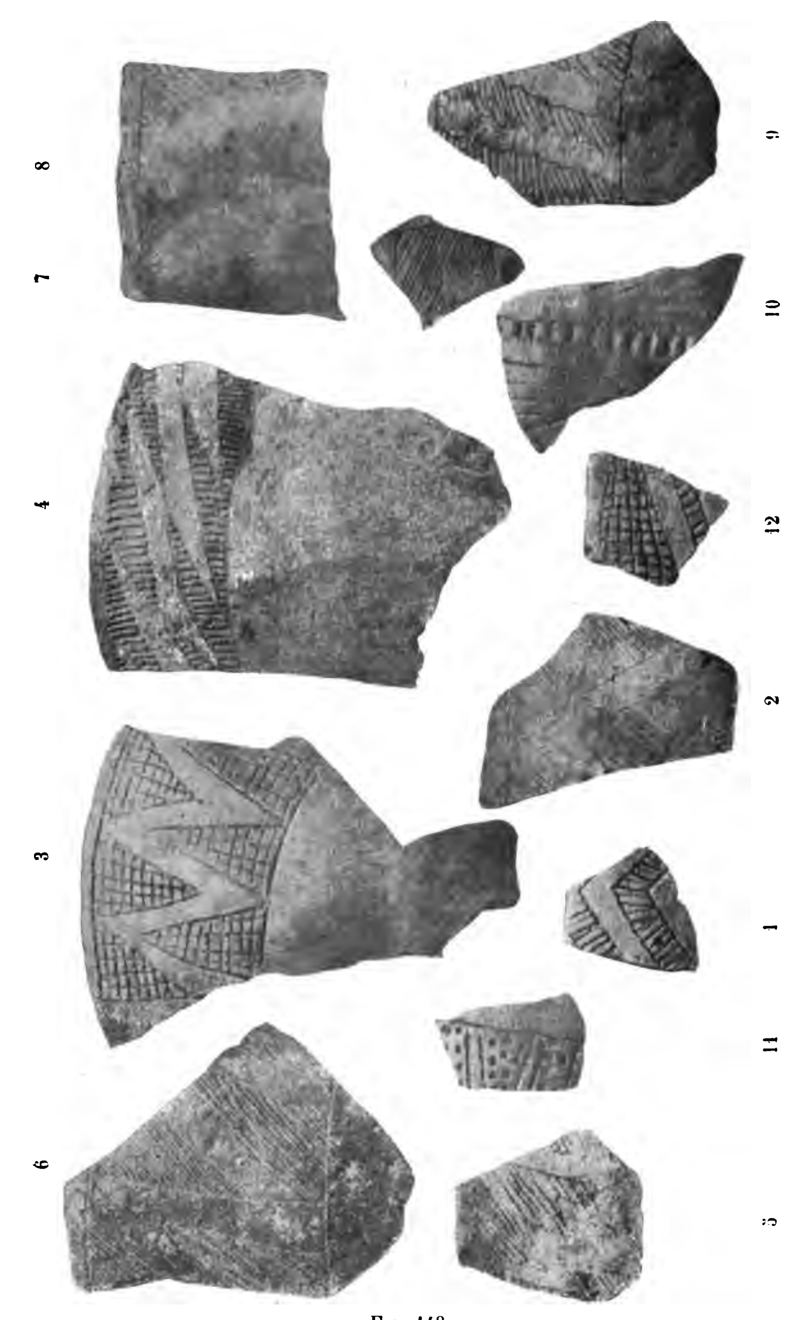


Fig. 148.
Fragmentos de vasos votivos de alfarería fina, mostrando ornamentación grabada. Varios yacimientos.

En la fig. 149 hay algunos ejemplares. El n.° 1 muestra los paralelogramos formados por líneas dobles y entre ellas finamente rayado con pequeñas rectas. Los espacios correspondientes á los triángulos intermedios se hallan ocupados, en este caso, por otros pequeños triángulos, uno para cada uno, con su interior también estriado.

En el n.° 7 los paralelogramos no cierran en sus ángulos laterales, de modo que el dibujo aparece como una faja punteada entre dos líneas fuertemente quebradas.

Los números 8 y 9, respresentan un tipo común en este dibujo, y se caracteriza porque el interior de cada paralelogramo lleva un zig-zag doble colocado en sentido vertical. Algunas veces este agregado se transforma en una simple barra vertical, doble ó simple, con su interior vacío ú oblicuamente rayado como en el caso del fragmento n.° 16 de la fig. 147. La decoración cambia cuando los claros de estos dibujos se llenan con otros elementos por ejemplo, círculos como en los números 5 y 6 ó círculos cuyo interior es reticulado como en el n.° 10.

Como se puede ver por los fragmentos, que en las figuras se hallan todos colocados en su posición natural, es decir, con el borde hacia arriba, esta decoración está, en estos vasos, siempre colocada casi inmediatamente debajo de él, sólo separada por una línea horizontal, que con otra paralela colocada á cierta distancia, encierran las figuras.

En estos vasos es de notar también que esta faja no es contínua, casi siempre se interrumpe en el lugar del asa ó adorno que la substituya ó aun en ese mismo lugar aunque nada exista.

Allí por medio de dos verticales y dejando un espacio vacío entre ambas, de diverso ancho, se cierran las paralelas que forman la faja; como si fuera una tira de papel que se hubiera aplicado sobre el objeto y sus extremos no alcanzasen á unirse al dar toda la vuelta.

Varios ejemplos de esto se pueden observar en el n.° 12 de la fig. 147 y 2, 3, 4 y 5 de la fig. 149.

Esta interrupción de la faja ya la hice notar en un vaso antropomorfo, ornamentado en el vientre con ella y también con dibujo de paralelogramos que termina del mismo modo pero en la parte anterior (1).

(1) AMBROSETTI. *Notas de Arqueología Calchaquí: VII Vasos Votivos Antropomorfos*, fig. 29. Boletín Instituto Geográfico Argentino. Tomo XVII, pág. 529.

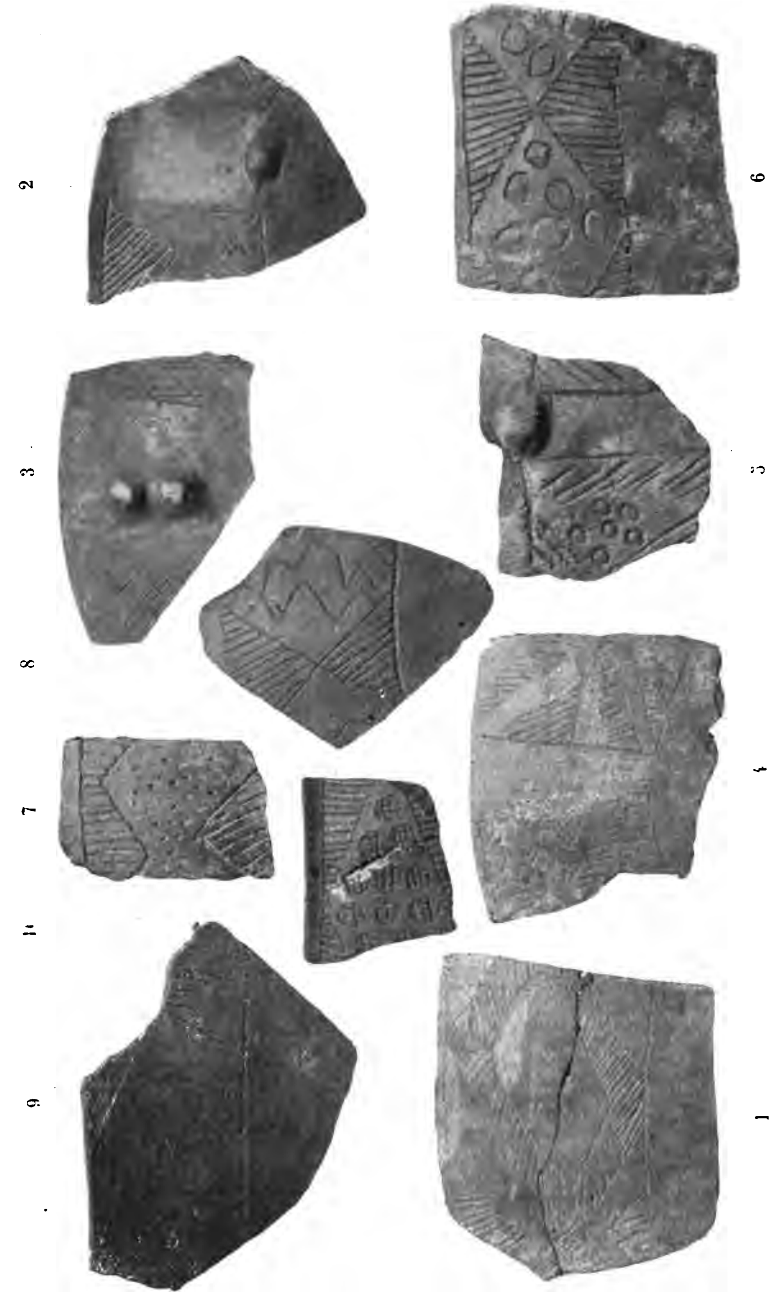


Fig. 149.
Fragmentos de vasos votivos de alfarería fina, mostrando ornamentacion simbólica superior. Varios yacimientos.

Los fragmentos de alfarería grabada, hallados por nosotros en Pampa Grande, difieren de los ya publicados, por los señores Nordenskiöld y Lafone Quevedo, de Salta y de Catamarca y de otros que poseo del propio valle Calchaquí, en muchos de los dibujos y sobre todo en cuanto al grabado; esto último sólo se entiende tratándose de las figuras geométricas descriptas. Los del valle Calchaquí y Cuenca de Londres, presentan los trazos mucho más anchos y profundos mientras que éstos son más bien rayados. Sin embargo, esto no debe considerarse como fundamental, puesto que ha sido simplemente una modalidad regional y depende de la clase de buriles empleados para grabar, más ó menos punteagudos de hueso ó madera.

En cambio el tipo general de los fragmentos es el mismo, así como también la clase de alfarería y el estado de no uso que presentan, tanto unos como otros parecen haber sido rotos intencionalmente y esto debe ser tan cierto, que lo mismo que se han hallado mezclados estos de Pampa Grande con los fragmentos con agujero de muerte ya descriptos, también se han recogido mezclados y en las mismas condiciones, otros en los valles Calchaquíes y entre los que poseo en mi colección particular, procedentes de Colalao del Valle, hay ejemplares de ambas cosas encontrados en el mismo yacimiento.

OBJETOS DE PIEDRA

Si abundantes son los hallazgos de alfarería en la Región de la Pampa Grande, no puede decirse lo mismo con lo que se refiere á objetos de piedra; no porque ellos no hayan sido empleados con la misma profusión que en otras partes, sino porque como en su mayoría no fueron enterrados, sólo con mucho buscar é interesando á los que allí viven, pueden reunirse en gran número como sucede en otros lugares.

El material recogido ya nos puede dar una prueba de lo expuesto como se verá en el detalle de las piezas.

En la figura 150 se han reunido los objetos pequeños, de ellos sólo fueron recogidos *in situ* el collar de malaquita N.° 1 del que se habló ya en la página 37 [1] y el N.° 3 que es el ídolo femenino

[1] El collar lleva el N.° 89 del Catálogo.

encontrado sobre el montón de huesos humanos en el gran cementerio explorado por el Dr. Maupas [1].

Los demás objetos fueron hallados sueltos, ya entre los desmontes de los diversos yacimientos ó adquiridos por compra ó donación de los vecinos.



Fig. 150.—Collar, ídolo, torteros, placa grabada y proyectiles arrojadizos. Pampa Grande. 1/2 tamaño natural.

El N.° 2 es un adorno de collar fragmentado, su forma primitiva fué sin duda circular, pero con el borde dentado. Es de una lámina muy delgada de pizarra y muestra aún el pequeño agujero destinado á la suspensión [2].

---

[1] Sobre este ídolo que lleva el N.° 119 del Catálogo me he extendido en la pág. 106.

[2] Número del Catálogo 121.

Los N.os 4 y 5 son torteros de huso ó fusáiolos también de piedra[1], el primero de forma circular y el otro ovalado, tienen tres milímetros de grueso término medio y el peso suficiente para poder trabajar; en otros lugares los torteros de piedra son comunes pero casi siempre adornados; pocos son los lisos como éstos.

El N.° 6 es un fragmento de una pieza muy interesante hallada entre los desmontes del gran cementerio, cuyos fragmentos complementarios á pesar de haber sido buscados con todo empeño nos fué imposible hallar.

Por otra parte, las fracturas que presenta, tienen el carácter de ser muy antiguas.

Se trata de una de esas pequeñas planchas de pizarra grabadas, sobre las que llamó la atención el Dr. Ten-Kate en su trabajo ya citado[2].

La pieza recogida representa más ó menos una cuarta parte del objeto completo, que debió ser probablemente cuadrangular, con el agregado quizá en la parte superior de un disco para resentar una cabeza humana.

En lo que queda se ve la parte inferior del brazo y una mano toscamente grabada por lo que colijo lo expuesto. Esto se halla sobre la columna del grabado más interior, que está compuesta de figuras más ó menos romboidales, con el agregado de las dos pequeñas líneas paralelas del lado externo de sus ángulos obtusos.

Al lado de esta columna sigue otra de signos formados por líneas en zig-zag, horizontales, superpuestas, parecidas al jeroglífico egipcio correspondiente á la N.

Esta pieza lleva el N.° 102 del Catálogo.

Las cuatro piezas restantes, N.os 7 á 10, son piedras de honda de forma ovoide y representan cuatro diversos estados de perfeccionamiento; la N.° 7 es un tipo acabado de esta clase de proyectiles, que se hallan frecuentemente en la región calchaquí[3].

En la Pampa Grande, no son las únicas halladas. Ya en el año 1900, mi buen amigo, Eduardo A. Holmberg (hijo), me enviaba el primer ejemplar de este lugar. Algunos son de porfirito.

---

(1) Números 105 y 120 del Catálogo.

(2) J'ai trouvé plusieurs fois parmi les objets calchaquis de petites ardoises travaillées, absolument semblables à celles provenant du Sud-Ouest et à celles encore en usage parmi les Shamans à Zuñi (pág. 347).

(3) Números 80, 81, 82 y 83.

Estas piedras de honda, con sus dos puntas acuminadas, debieron ser una arma terrible por los estragos que deberían causar al chocar con su parte aguda.

El Dr. Ameghino, en su *Antigüedad del Hombre en el Plata,* trae el dibujo de una de estas piedras (1), pero procedente de la Nueva Caledonia, que vió en las galerías del Trocadero, colocada en una lazada de cuerda, para demostrar el modo de lanzarlas que tienen los indígenas de aquella isla.

Y, á propósito de esto, agrega: «Este objeto, como era lanzado por una simple cuerda, sin cama para colocar la piedra, se parece más á una bola que á una verdadera piedra de honda. Sin embargo, los Neo Caledonianos también conocían la verdadera honda provista de cama para colocar el proyectil, pero lanzaban con ellas piedras de una forma diferente».

«La misma forma se encuentra en las islas Canarias, Salomón, Sandwich, etc. (2).

Fuera de esta clase de proyectiles, hemos hallado también otros toscos tallados á grandes golpes. En la fig. 151, n.os 1, 2 y 3, y fig. 152, n.o 8, pueden verse otros ejemplares.

El carácter de estas bolas es muy primitivo y contrasta singularmente con el de los otros objetos de piedra hallados en esta región, por lo que hace suponer ó que pertenecen á una edad muy anterior á ellos ó que son piezas empezadas á trabajar; como se recojieron casi superficialmente, como el n.o 1 de la fig. 151, que mencioné en la pág. 55 (3), no fué posible constatar la primera hipótesis.

En cuanto á los demás ejemplares, también fueron recojidos desparramados en los otros yacimientos, sin que cerca de ellos se hubieran hallado otros objetos de carácter primitivo.

No de la Pampa Grande precisamente, sino del Churcal, localidad situada unas tres leguas ó sean quince kilómetros más al Norte, son los ejemplares n.os 4 y 5 de la fig. 151, que adquirimos junto con varios objetos de los vecinos del lugar.

Estas son bolas esferoidales muy bien hechas, de diámetro

---

(1) Fig. 522, Plancha XVII, tomo II.

(2) Ameghino, op. cit., tomo I, pág. 444.

(3) Este ejemplar lleva el n.o 103 del Catálogo, y los otros, los n.os 173, *que es de Andesita*, y 174, *de Arenisca.*

pequeño, y que posiblemente, han servido para bolear huanacos ó vicuñas [1].

Como piezas de otro carácter, recojimos también el n.° 6, que es una pequeña mano de moledor, alargada, chata, y que presenta una superficie plana de fricción en toda su longitud. Es de Andesita.

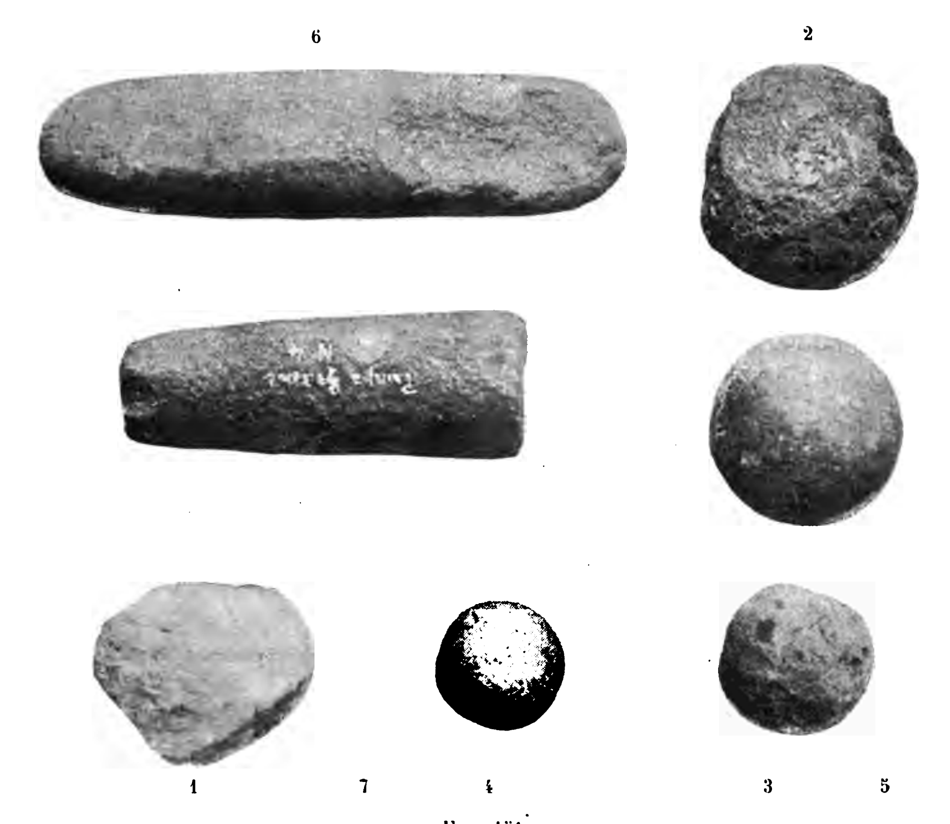


Fig. 151
Bolas, mano de mortero y cilindro perforado. $^1/_2$ tamaño natural.
Pampa Grande.

Por el tamaño, es de suponer que tuvo un empleo especial, cual el de moler pintura, ají, ó cualquier otra substancia en pequeñas cantidades [2].

---

(1) Estas piezas llevan los núms. 78 y 79 del Catálogo.
(2) Lleva el n.° 179 del Catálogo.

Más interesante aún es el cilindro de piedra negra y dura, una roca eruptiva, al parecer, que fué donada al Museo de la Facultad por el Dr. Indalecio Gomez, y procedente también de la Pampa Grande. N.° 7 de la fig. 151 (1).

En uno de sus extremos, este cilindro presenta una pequeña excavación poco profunda y en el centro del otro, una perforación circular de dos centímetros más ó menos de profundidad, y medio centímetro de diámetro que se ve que ha quedado sin terminar.

Esta perforación es interesante porque muestra una serie de roscas y anillos salientes superpuestos que me expiico han podido ser producidos por granos gruesos de arena que se hubieran detenido contra las paredes de la perforación, al girar el aparato destinado á la fricción, los que naturalmente mordieron mejor que los otros y ahondaron más la parte sobre la cual apoyaban.

El empleo ulterior de estos cilindros perforados, nos es aun desconocido.

*
* *

Nos ocuparemos ahora especialmenle de otro grupo de objetos comunísimos en la región Calchaquí y que varía en cuanto á formas al infinito pero conservando siempre un tipo general, me refiero á las hachas de piedra.

Si bien es cierto que de la misma Pampa Grande, son pocos los ejemplares recogidos, sin embargo, de los alrededores, del Churcal por ejemplo, pudimos conseguir varios interesantes lo que prueba que allí y aún en la misma Pampa Grande debieran ser abundantes, como en los demás lugares de cultura Calchaquí.

Como ya he expresado más arriba, estas hachas hasta ahora, no han sido halladas en sepulcros; siempre fueron recogidas sobre la superficie del suelo por los habitantes del lugar, los que mejor que nadie tienen oportunidad, recorriendo la comarca, para hallarlas y recogerlas.

Estas hachas pertenecen á un tipo fundamental, al que he dado el nombre de Occidental Americano (2), y presenta siempre un sur-

---

(1) Lleva el n.° 4 del Catálogo.

(2) Ambrosetti: *Rastros Comunes en Calchaquí y Méjico*. Anales de la Sociedad Científica Argentina. Tomo LI, págs. 5 y siguientes.

co escavado en su tercio posterior ó á veces en el medio, que puede rodear completamente el objeto, ó sólo tres cuartas partes de él.

Los ejemplares de la región de la Pampa Grande, pertenecen principalmente á este último tipo de surco.

Las primeras hachas de este tipo descriptas, lo fueron por el Dr. Ameghino (1), más tarde el Dr. Moreno publicó dos figuras típicas en su Exploración Arqueológica de la Provincia de Catamarca (2), luego el Sr. Lafone Quevedo dió otras ilustraciones de tres ejemplares también de Catamarca en la misma REVISTA (3), atribuyéndolas á Tokis ó insignias de mando.

El Sr. Erland Nordenskiöld describió algunas otras, con sus figuras correspondientes en un trabajo titulado *Präcolumbische Salzgewinnung in Puna de Jujuy* (4), que sirvieron para explotar sal, en las salinas grandes de la Provincia de Jujuy, todas ellas de formas diversas y de pesos que varían entre 6,500 y 350 gramos, sin contar con otro ejemplar pero muy primitivo como factura y sin filo de 62 y medio centímetros de largo y 22 kilos de peso.

El mismo autor (5), publicó varias otras piezas de la Pnna de Jujuy, adquiridas por compra, del mismo tipo de las que dí á conocer procedentes de la Pampa Blanca, también de la misma Provincia (6), es decir, de esas hachas de tipo casi cilíndrico y de formas que traen una reminiscencia al tipo fálico.

Todas estas son las hachas de piedra publicadas hasta ahora, de que yo tenga conocimiento (7). Y sin embargo, el material que se halla en los Museos y colecciones del país y del extranjero, creo que sin exageración puede avaluarse en más de mil ejemplares; esta abundancia es á mi juicio lo que seguramente he hecho que

---

(1) *Antigüedad del Hombre en el Plata*, pág. 530. Tomo I, figuras 318 y 319.

(2) *Revista del Museo de La Plata.* Tomo I, pág. 215.

(3) *El Culto de Tonapa.* Tomo III, pág. 336.

(4) *Verhandlungen der Berliner Anthropologischen Gesselschaft*, 1902, págs. 336 y siguientes.

(5) NORDENSKIOLD: *Pracolumbische*, etc., plancha V. números 2, 6 y 9.

(6) AMBROSETTI: *Antigüedades Calchaquies: Datos Arqueológicos sobre la Provincia de Jujuy*, fig. 39.

(7) Debo hacer mención también de algunos ejemplares ligeramente descriptos, pero no figurados de San Juan, la Rioja y Salta, respectivamente, por los profesores Enrico H. Giglioli y Michele del Lupo, en el *Archivio per l'Antropologia e la Etnologia di Firenze*, 1899-1901.

no se le haya dado la importancia que creo que su estudio completo merecería.

Como puede verse por los ejemplares coleccionados por nosotros, procedentes en su mayor parte del Churcal (fig. 152), varios son los tipos que presentan.

En su mayor parte pertenecen al de surco incompleto.

El n.° 18, parece que hubiera sido trabajada á objeto de formarle dos surcos, en vez de uno, y separados entre sí por un borde acentuado. Un ejemplar parecido en cuanto á ese detalle y de esta misma región, recogido en el Rosario de la Frontera, en el año 1895, fué publicado por mí en mis Notas de Arqueología fig. 152.

Este doble surco ha tenido por objeto asegurar mejor con las correas, el hacha sobre el palo que debía servirle de mango.

El hachita n.° 12 de piedra verde, marga precambrica al parecer, es exactamente igual á otra que poseo en mi colección procedente de Guachipas, localidad que se halla bajando desde la Pampa Grande hacia el valle de Lerma y que podríamos considerar también como perteneciente á esta región, de manera que esta forma la podríamos considerar como típica de esta zona, á pesar de que poseo también otro ejemplar de Molinos, valle Calchaquí.

Igual cosa sucede con el ejemplar n.° 11, del que se ha hallado también otro igual cerca de Guachipas; en la Viña, que queda frente de este último punto.

Ambos ejemplares son chatos, comprimidos, con buen filo y muy pulidos, el número 11, es de un bello color negro lustroso. En este otro tipo lo curioso es que el surco ha sido substituído por dos muescas, una á cada lado de su parte más ancha y aún estas muescas son, como trabajo, muy rudimentarias y contrastan extraordinariamente con lo perfecto de la confección del hachita.

Los n.^{os} 13 y 14 son pequeñas hachas de la Pampa Grande, bastante bien trabajadas y cuyo objeto no pudo ser sino votivo.

Los números 19, 9 y 10, son restos de estos objetos que hemos recogido fragmentados en los diversos yacimentos y que demuestran que estas piezas fueron usadas en diversos trabajos y no han tenido un empleo ceremonial como se ha supuesto por algunos colegas.

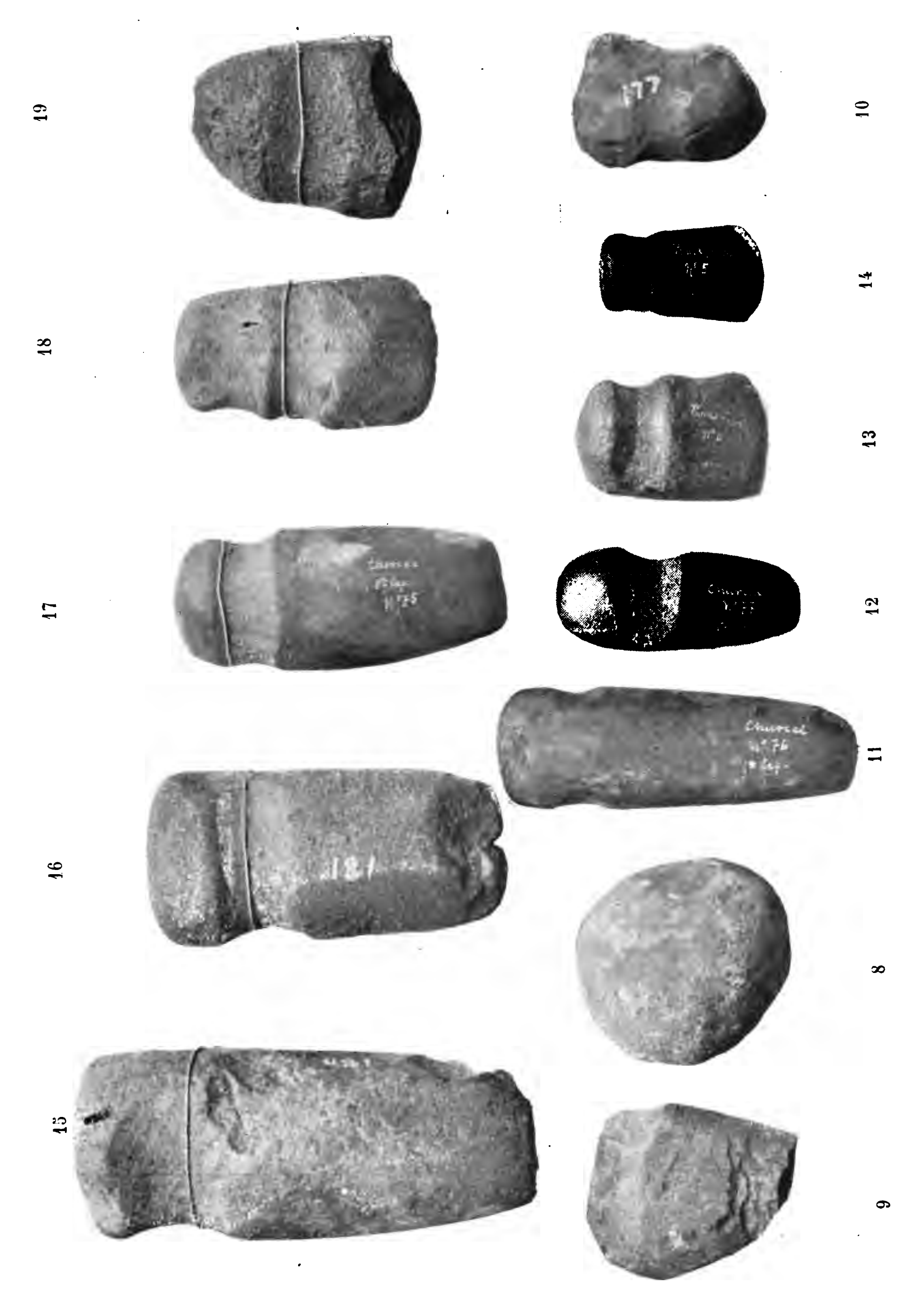


Fig. 152.
Hachas, martillos, etc., de la Pampa Grande y Churcal. 1/3 tamaño natural.

Esta opinión ya la apunté anteriormente [1], y sin negar que en algunos casos hayan podido también prestar el servicio de insignias, no se puede comprender, como hachas filosas y pesadas como muchas de éstas, no hayan servido principalmente á los antiguos calchaquíes de verdaderos útiles para labrar madera y trabajar sus utensillos; así como también de armas eficaces para los combates cuerpo á cuerpo.

Los verdaderos Tokis de mando entre los calchaquíes parece que fueron de bronce y de ellos especialmente me he ocupado, habiéndose hallado también aquí en Pampa Grande, un bello ejemplar que más adelante figuro.

Algunas de estas piezas de piedra no son hachas, sino martillos como el número 16, que no tiene filo alguno y es romo en esa parte; estos martillos deberían ser mazas de guerra en su mayoría, aunque algunos ejemplares han sido empleados como útiles ya sea en trabajos de minas ó como los hallados por el doctor Nordenskiold, en la explotación de salinas, etc.

Como ya lo he hecho notar, este tipo de hachas con surco al que he dado el nombre genérico de Occidental Americano, es idéntico al que se halla también abundantemente en el norte de Méjico y Estados Unidos [2], en donde los arqueólogos le dan el nombre de *Grooved stone axes.*

El Profesor Giglioli, en su interesante trabajo [3] al describir algunas de estas hachas que posée, ha hecho la misma observación, diciendo que « *ricordano in modo che colpisce, il tipo cosi comune negli Stati Uniti dell'America boreale* », (pág. 226) y efectivamente entreverando ejemplares de ambas Américas, sería muy difícil reconocer los que correspondiesen á cada una.

El Dr. William Henry Holmes, en su bien meditado trabajo sobre los útiles de piedra de la Provincia Potomac-Chesapeake [4] estudia con mucho acierto el proceso de fabricación de estas hachas

(1) Ambrosetti: *Notas de Arqueología Calchaqui; XXII, Tokis ó insignias de mando, hechas de piedra.* Boletín del Instituto Geográfico Argentino. Tomo XIX, pág. 226.

(2) Ambrosetti: *Rastros Comunes en Calchaqui y México*, etc.

(3) *Materiali per lo Studio della «Età della Pietra»* Firenze 1901.

(4) *Stone implements of the Potomac-Chesapeake Tide Water Province* 15. *Annual Report of the Bureau of Ethnology.* 1893-94. Washington.

Otro trabajo que puede consultarse sobre este punto es el del Dr. Gerard Fowke. *Stone Art*, publicado en el 13 Report. de esta serie.

con surco y lo que el dice allí, podría perfectamente aplicarse á lo que á Calchaquí se refiere.

En ese trabajo hay varias planchas que muestran algunos tipos exactamente iguales á los nuestros.

Algunos otros ejemplares de los antiguos pueblos de Nuevo Méjico, pueden verse en el trabajo del Profesor Frederik W. Punam [1], sobre todo en la plancha XIX que se refiere á martillos con surco, pero el Dr. Fewkes [2], presenta una verdadera hacha de Awatobi, Arizona, de surco incompleto que es de tipo Calchaquí puro, y de las que poseo iguales ejemplares en mi colección.

El ejemplar presentado por el Sr. Fewkes, según él, se asemeja á un tipo muy común de hachas de las ruinas de Gila-Salado.

Este dato es importantísimo, pues viene á corroborar la opinión de la semejanza entre las civilizaciones Pueblo y Calchaquí, ya emitida por el Dr. Ten Kate, á quien me he referido, y quien también dice, al hablar de las hachas de piedra, que «estas armas, en ambas civilizaciones, son, en sus formas, absolutamente idénticas».

Las rocas empleadas preferentemente para fabricar estas hachas en Calchaquí, son la andesita, y algunas porfiritas.

*
* *

Otros utensilios domésticos hallados en abundancia, son los metates ó molinos de piedra, llamados hoy por los naturales *conanas*.

No me refiero aquí á los verdaderos morteros de percusión, sino á los aparatos para moler por fricción entre dos piedras, ó por oscilación de una piedra pesada convexa sobre otra de superficie más ó menos convexa ó plana.

La cantidad relativamente grande de estos útiles, sin contar con los morteros comunes, que hemos hallado en nuestra expedición, indican á primera vista la importancia que el alimento ve-

---

(1) *The Pueblo Ruins and the interior Tribes in U. S. Geographical Surveys West of the One Hundredth Meridian.*

(2) Jesse Walter Fewkes: *Archeological Expedition te Arizona in 1895.* 17 th, *Annual Report of the Bureau of American Ethnology*, 1895 96. Parte 2.ª, Plancha CLXXI.

jetal tenía para esos habitantes, lo que no es de extrañar, dados sus hábitos sedentarios.

Entre esta clase de objetos, como tipo único, merece mencio-

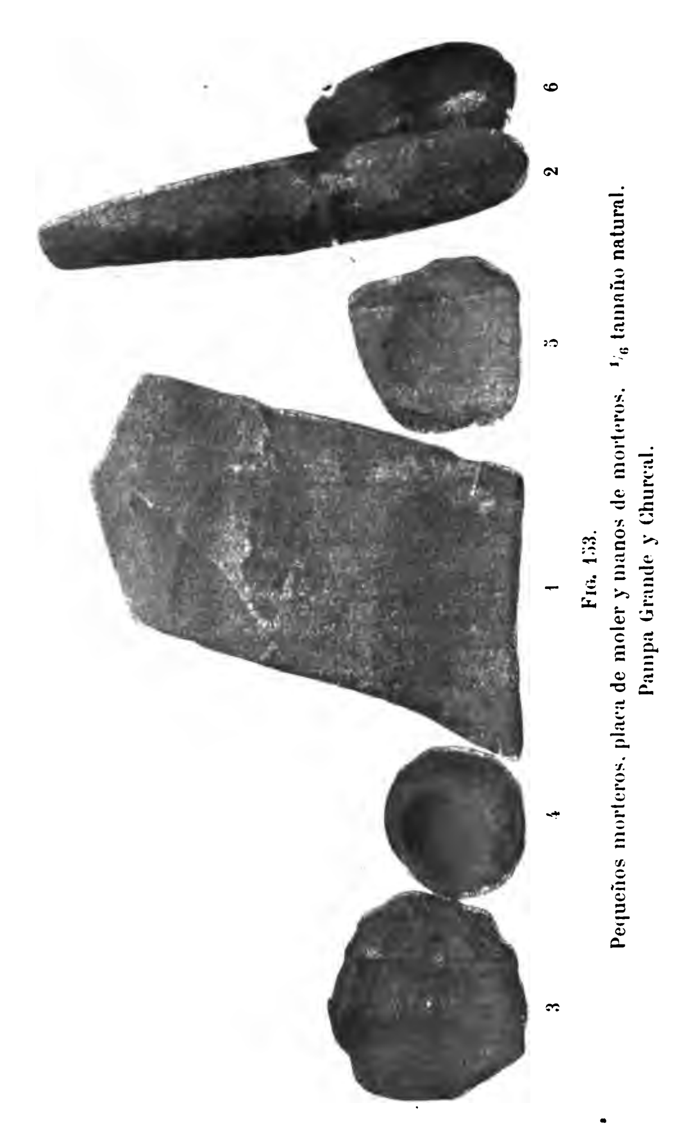


Fig. 153.
Pequeños morteros, placa de moler y manos de morteros. 1/6 tamaño natural.
Pampa Grande y Churcal.

narse el gran fragmento de pecana ó piedra plana de moler, figura 153, n.° 1 (n.° 160 del Catálogo), y de la que ya se trató en la pág. 25 de este trabajo.

Posiblemente, sobre esta piedra se trabajaba con otra de superficie convexa y á la cual se imprimía un movimiento de columpio, tal cual aún se practica por los habitantes de las provincias del Norte, sobre todo para majar cosas blandas, como por ejemplo, el maíz verde ó choclos, para preparar la pasta que sirve á la confección de las tan renombradas humitas ó tamales [1].

Fuera de una mano de mortero de andesita, larga, casi cilíndricas, y que adquirimos en el Churcal (fig. 153) n.º 2, y de los morteros mencionados, como el de la fig. 7, los demás útiles no han servido para trabajar por percusión, sino por fricción.

Los pequeños morteros n.os 3 y 4 no lo han permitido, unos como el n.º 4, por ser de arenisca blanda, y los otros por ser relativamente débiles; quizá haga excepción el n.º 5, pues haya servido para moler alguna substancia, como ají, por ejemplo, por medio de una mano no muy pesada.



Fig. 154.
Molinos de mano. $^1/_6$ tamaño natural.
Pampa Grande.

Un tipo especial de estos trituradores son los de la fig. 154. Aun cuando las pequeñas manos que se ven sobre dos de ellos no hayan sido halladas juntas, se adaptan tan bien sobre estas piezas, y permiten hacer un trabajo eficaz al punto que ningún otro objeto podría substituirlas.

Las partes inferiores que se figuran, son trozos de piedra, de forma irregular con su plano superior cóncavo en su parte central, de manera que aunque la superficie de trituración parezca grande, en realidad, sólo permite el trabajo de otra superficie pequeña, ya sea de sección circular, y entonces se adâptan esos

(1) Platos de la cocina criolla, elaborados con esa pasta de choclos ó maíz verde, condimentada de varios modos, y luego envuelta en la chala ú hojas que cubren la espiga, en forma de pequeños panes cuadrados y hervidos así en agua pura, durante un cierto tiempo.

pequeños conos pesados, de piedra (fig. 154, n.º 1), de los que hemos hallado algunos ejemplares, ó ya de sección elíptica, como el del número 3.

Pero un útil más típico aún, de esta zona, es el llamado *conana*, fig. 155.

La parte inferior de estos molinos la forman también grandes y pesadas piedras alargadas, cuya superficie de trituración es poco cóncava y de forma casi rectangular; pero el toda ella inclinada hacia un lado.

Sobre esta base hacían correr otras piedras (fig. 155, n.º 3), alargadas y planas, pero con los extremos salientes, como para que pudiesen servirles de colisa al correr sobre aquellas.

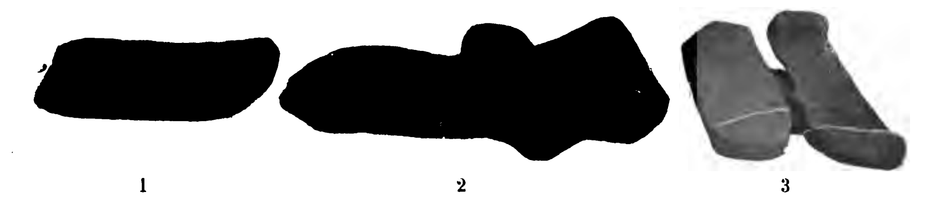


Fig. 155.
Conanas ó molinos de piedra. $^1/_6$ tamaño natural.
Pampa Grande.

El n.º 2 de la fig. 155 puede dar una idea de la colocación de ambas piezas.

Este aparato, movida la piedra superior con ambas manos por una mujer arrodillada en el suelo, podía hacer un trabajo de molienda relativamente remunerador.

De estas piedras de molino hemos recojido varios ejemplares, sobre todo de las que corresponden á la parte superior. Una fué hallada cubriendo la boca de la urna fig. 110.

OBJETOS DE BRONCE

Varios son los objetos de este metal que han sido recojidos en Pampa Grande, nuestra expedición sólo tuvo oportunidad de reunir algunas pequeñas piezas como ser: simples cinceles y una punta de hachuela; pero el Dr. Indalecio Gómez logró coleccionar

cuatro objetos muy interesantes, cuya descripción he dado ya en un trabajo especial [1].

En primera línea hay que hacer mención de un Toki ó hacha de mando, que seguramente perteneció á un cacique del lugar y cuyo sepulcro fué seguramente destruido, habiéndose perdido el contenido.



a *b* *c*

Fig. 156.—Tokis ó hachas de mando de bronce. (Museo Nacional).
a, Toki del Sepulcro de la Paya; *b*, Toki de la Puna de Jujuy (Museo de la Plata, reconstruído en el Museo Nacional; *c*, Toki de la Pampa Grande (Museo etnográfico de la Facultad de Filosofía y Letras. N.° 4 del Catálogo. El mango es moderno).

(Clisé del Museo Nacional).

(1) Ambrosetti: *El Bronce en la Región Calchaquí* en Anales del Museo Nacional de Buenos Aires. Tomo xi.

Este Toki, salvo pequeñas variantes es igual al que se encontró en la tumba de otro cacique en la antigua ciudad precolombiana de la Paya [1] donde posteriormente á ese hallazgo, hemos efectuado interesantes excavaciones, en la segunda expedición de la Facultad de Filosofía y Letras, las que serán objeto de otra memoria especial.

Para dar á conocer de nuevo, esta interesante pieza, así como también las otras halladas en Pampa Grande, he solicitado y obtenido del Sr. Florentino Ameghino, Director del Museo Nacional, la autorización de reproducir en este trabajo, los clichés que publiqué en aquella monografía, lo que me complazco en agradecer.

En ellos se hallarán los objetos de bronce de Pampa Grande, acompañados por otros del mismo tipo y de otras regiones, lo que facilitará la comparación y ayudará con el documento gráfico, al estudio de la difusión de estas piezas.



Fig. 157.
Placa pectoral de bronce. $^1/_4$ tamaño natural.
Pampa Grande.
Donación del Dr. Indalecio Gomez.

Muy curiosa es una placa pectoral con un lagarto de relieve, fig. 157 también publicada, muy parecida á otra del Museo Nacional de Buenos Aires procedente de la misma Provincia de Salta; pero de los valles Calchaquies, del lugar llamado Luracatao con la diferencia de que este último ejemplar tiene dos lagartos en vez de uno.

Los otros dos objetos son discos de bronce, ambos pertenecen

(1) Ambrosetti: *El Sepulcro de la Paya* en Anales del Museo Nacional de Buenos Aires. Tomo VIII.

á la segunda serie de esta clase de objetos, es decir los que presentan caras humanas.



Fig. 158.

Discos Calchaquíes de bronce.

a, Pampa Grande (Museo de la Facultad de Filosofía y Letras); *b* y *c*, Carrizal y Andalgalá, Catamarca (Colección Lafone Quevedo, Museo de la Plata).

(Clisé del Museo Nacional)

Uno de ellos muestra una sola cara y es el más grande de este tipo que se conoce hasta ahora, los otros dos que se hallan en el Museo de la Plata son más pequeños y proceden de Catamarca.



Fig. 159.—Discos Calchaquíes de bronce.
a, *b*, *e* y *f*, de: Tafí, Salta, Molinos, Santa María, Catamarca (Museo Nacional); *d*, Pampa Grande (Museo de la Facultad de Filosofía y Letras); *c*, Andalhuala, Catamarca (Museo de La Plata).

(Clisé del Museo Nacional).



Fig. 160.—Campanas Calchaquies de bronce.
a, Cafayate, *b*, Salta; *e*, Molinos; *f*, Museo Nacional; *c*, Museo de La Plata; *d*, La Paya (Museo del Trocadero, Paris); *g*, Pampa Grande (Museo Nac.).

(Clisé del Museo Nacional).

El disco de Pampa Grande tiene veinte y seis centímetros de diámetro, tres milímetros de espesor y pesa 1570 gramos.

Fué analizado por el Dr. J. J. J. Kyle y dió:

Cobre	97.25
Estaño	2.52
Azufre	rastros
Plata	0.225

Además de los tres discos de este tipo, que yo sepa no se han vuelto á hallar hasta ahora otros semejantes.

El otro disco fig. 159 C, es un poco menor y pertenece al grupo de los que tienen más de una cara humana, en este caso cuatro. Este tipo es comun y en nuestra última expedición conseguimos otro ejemplar procedente del lugar llamado Cachí adentro, Valles Calchaquies.

Este otro disco de Pampa Grande, tiene veinte y un centímetro de diámetro, tres milímetros de grueso y pesa 1040 gramos.

Su análisis efectuado por el Sr. Eduardo Suárez dió:

Cobre	97.40
Estaño	2.00
Hierro	0.56
Níquel y Cobalto	rastros

Además de estos objetos el Museo Nacional posee una pequeña campana, también del tipo Calchaquí, procedente de este mismo lugar de la Pampa Grande, y que se adquió por compra á los vecinos del lugar.

Se halla representada en la fig. 160 G, y mide quince centíme tros de alto por trece de diámetro mayor y ocho de diámentro menor, como que es del tipo de sección ovalada. Pesa un kilo y 70 gramos.

De esta región sólo me resta mencionar una curiosa hacha de bronce con mango de hierro, extraída de la cueva ó gruta de los Aparejos que existe en Pampa Grande y que el Dr. Max Uhle, compró á un señor Nazareno Morosini en Salta, y se halla actualmente en el Museo Etnográfico de Berlín, catalogada V C, 1317.

Este objeto que publiqué en el apéndice de mi memoria, sólo lo conozco por la fotografía que me fué enviada gentilmente por la Direción de aquel Museo.

Como lo reputo posterior á la conquista y por consiguiete ageno á la vieja civilización que nos ocupa, me eximo de publicar su clisé y de entrar en mayores detalles sobre ese objeto.

LOS CAIRNS Ó TÚMULOS DE PIEDRA

EXPLORADOS POR EL DR. FRANCISCO CERVINI

Sobre una alta loma, veinte metros sobre el nivel del Río de la Pampa, y situada en su margen derecha un poco al Norte (700 metros del Gran Cementerio, explorado per el Dr. Maupás, se hallaron unos curiosos montículos circulares de piedra.

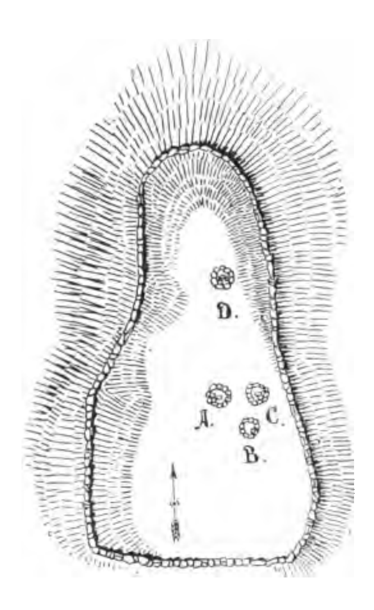


Fig. 161.—Croquis de la Loma de los Cairns, con la posición de los montículos y dè la pirca que los rodeaba.

El Dr. Cervini se encargó de su exploración. Ella forma en su parte superior una especie de lomo de ballena, angosto y largo, dirigido de N. á S. con caídas á uno y otro lado, siendo las correspondientes al Este, mucho más abruptas que las del Oeste, más tendidas, lo que permite mejor la subida á caballo por este lado.

Al Sur, el lomo de ballena se deprime en el centro y forma una especie de portezuelo que da paso hacia las otras lomas pertenecientes al mismo sistema y que se encadenan con ésta.

Desde arriba se domina una enorme extensión del valle de la Pampa Grande, y para la vista de los indios las particularidades de muchos de los cerros lejanos, lo que le ha dado una gran importancia en su época como un divisadero ó atalaya.



Fig. 162.
La Loma de los Cairns. (Vista desde el rio).

Vegetación herbacea y algunas plantas espinosas y pequeños cactus cubren la superficie de esa loma rica en tierra.

Interrumpiendo la monotomía del suelo se dibujaban claramente cuatro cairns ó montones de piedra que no sobresalían mucho; pero todos circulares á primera vista y como si estuviesen formadospor círculos concéntricos. (Véase el croquis fig. 161).

El diámetro no era el mismo en todos exactamente; pero término medio se puede decir que era de seis metros.

Uno de los cairns, se hallaba situado en la extremidad Norte, casi en la punta del Lomo de Ballena, en la parte en que éste em-

pezaba á descender hacia el río, y los otros tres agrupados como á cincuenta metros hacia el Sud.

Estos tres últimos estaban dispuestos en triángulo, de manera que uniendo sus centros por medio de líneas resultaba esa figura, con la base de once metros hacia el Norte, y el vértice hacia el Sur; debiendo notarse que el lado Este, sólo tenía siete metros mientras que el Oeste ocho metros, de modo que no estaban colocados exactamente como á primera vista se podía suponer.



Fig. 163.
Uno de los tres Cairns centrales, antes de ser removido.

Rodeando el Lomo de la Ballena, pero en la falda y no sobre la plataforma superior, se hallaba la indicación de una pirca larga que lo rodeaba completamente, con un desarrollo medido á cinta de trescientos sesenta y un metros.

En la parte Norte, esta línea pasaba á treinta y ocho metros del eje del primer cairn Norte á Sud, y del eje Este á Oeste, diez metros al Este y treinta y seis al Oeste, lo que se explica por la conformación de las faldas, que ya se ha mencionado.

Esta indicación de la pirca, en su casi totalidad estaba formada por una serie de piedras dispuestas unas al lado de las otras y como empotradas en la falda, pero bien visibles, de modo que aparecían como una faja obscura; en algunos puntos, la serie se duplicaba, pero á cortos trechos.

Esta disposición curiosa se presta á varias conjeturas: ó se trata de una obra inconclusa, por ejemplo, pirca de defensa ó muralla, ó se trata de los restos de esta misma, ó bien la simple indicación ritual seguramente de esta zona, ó faja protectora de ese sitio.



Fig. 164.
Excavación de los tres Cairns centrales, mostrando parte de las piedras extraídas.

Que se trate de la primero, es difícil, porque en toda su extensión no se ven montones de piedra acumulada, como para seguir el trabajo comenzado, ni por allí cerca, se ve indicio alguno que justifique esta aserción.

Este argumento también podría aplicarse á la segunda suposición.

Queda en pie la tercera, y por las razones que más adelante se dan, posiblemente ha de haber sido así.

En el primer cairn del centro explorado nada se halló (fig. 161 C) á pesar de haber sido excavado con todo cuidado. Extraídas las piedras de la superficie, pronto se dió con la tierra virgen, sin huella alguna de haber sido removida. Sin embargo, se continuó excavando, aun cuando ofrecía mucha resistencia por lo compacta. Sólo se pudo constatar que dentro de ella se había encendido fuego.

Nosotros creíamos al principio que se tratara de cairns funerarios, por su gran parecido á los *chénques* patagónicos, lo que también observó el Sr. Carlos Ameghino, pero esta primera desilución nos hizo variar de opinión.

Desistido el trabajo en este primer punto, lo continuamos con vigor en otro cairn del centro, y situado á cinco metros al Oeste del anterior (fig. 161 A).

Este montículo medía siete metros cincuenta de Este á Oeste, por cuatro metros cincuenta de Norte á Sud, de modo que su forma era ovalada.

Retiradas todas las piedras superficiales, apareció un recinto pircado de tres metros cincuenta de Este á Oeste, por dos metros veinte de Norte á Sud, de manera que originariamente parece que todo el montículo no ha sido sino el derrumbe de una torre oval de estas últimas dimensiones, en sección y de poca altura, quizá un metro cuando más, y que al desplomarse, tomó la forma esa de cairn, que tanto nos había llamado la atención.

Del lado externo de la pirca originaria, á un metro cincuenta hacia el Este, debajo de las piedras y á veinte y cinco centímetros del suelo, fué hallada una vasija rústica mal cocida, sin dibujo alguno, completamente destrozada, y sobre ella, un trozo de arenisca de color amarillo subido, y alrededor, otros fragmentos iguales.

Hacia el Sud, y á cincuenta centímetros de la pirca, entre dos piedras, se encontraron otros trozos de vasija iguales á los anteriores, y alrededor, otros más, procedentes sin duda de la misma vasija.

Al Este de la pirca, pero sólo distante quince centímetros entre las piedras, se extrajo debajo de una pequeña laja, un curioso pan de ocre rojo, de quince centímetros de largo por nueve

de ancho y tres de espesor, y á su lado, se recojieron otros pequeños trozos también de ocre rojo.

Es indudable que este pan de pintura, originariamente se encontraba metido dentro de las paredes de la torre quizá en algún pequeño nicho y de allí que estaba debajo de la laja, la que seguramente servía para formar ~~el~~ techo de ese nicho.

El interior se hallaba como empedrado, menos en una faja angosta en la dirección del eje mayor, que carecía de piedra. Hacia un costado de la pirca interna aparecían las piedras quemadas como si allí hubiera habido un fogón.

Pasamos luego al montículo (B), que resultó de igual forma que el anterior, una vez limpio de las piedras que lo rodeaban. La pirca interior tenía una profundidad variable entre treinta á cuarenta centímetros por sesenta de espesor, y el recinto encerrado por ella dió dosmetros de Norte á Sur por tres de Este á Oeste.

El conjunto de las piedras derrumbadas tenía cinco metros cincuenta centimetros de Norte á Sur, por cuatro metros de Este á Oeste.

En el interior de la pirca hacia el Sud y á quince centímetros de la pared se hallaron restos de otra vasija rústica, aplastada y junto á ella rastros de carbón y cenizas.

En la parte externa de la pirca y á un metro de ella, otros fragmentos de ocre más pequeños, un fragmento de conana y otros de alfarería rústica.

Y por fin, en el monticulo aislado del Norte (D), la excavación nos dió en el interior de la pirca hacia el Sud-Oeste fragmentos de alfarería igual á los anteriores, carbón y restos de huesos.

Como se puede inducir por los datos anteriores, sobre esa loma hubieron cuatro pequeñas torres, cuyo objeto nos es difícil explicar.

En su interior se ha encendido fuego, como lo prueban los restos de carbón, y quizá se ha cocinado algo por los pequeños restos de huesos descubiertos en ellas.

El agua fué transportada en esas vasijas rústicas, pero es de notar que lo fué en poca cantidad, dado el exíguo número de fragmentos hallados, lo que supone la frecuencia de pocos hombres en ese paraje.

El pan de ocre rojo y los otros fragmentos encontrados, guardados en esas torres, substancia seguramente preciosa para los

indios, explicaría junto á los demás datos, que ese lugar bien pudo ser un adoratorio, al cual subirían uno ó varios sacerdotes á implorar las divinidades ó á hacer algún sacrificio. Quizá también haya podido ser meta ó lugar de parada, de alguna ceremonia ó una Shirina (lugar de ofrendas), de naturaleza muy perecedera, que no ha dejado rastros de ninguna especie.



Fig. 165.
Excavación del cairn D, situado en la extremidad Norte y al descender la loma. En el bajo se ve el valle de la Pampa Grande cruzado por el Río.
Fotografía de la Expedición.

Para mi modo de ver, esas torres debieron tener un carácter religioso, sin que por ello hayan podido servir también de atalaya cuando el caso lo requiriese.

LAS RUINAS DE «LA PEDRERA»

EXPLORADAS POR EL DOCTOR FRANCISCO CERVINI

Al Sud-Oeste de la Casa Patronal, existe un grupo de lomas que se elevan unos cincuenta metros sobre el nivel del Río de la Pampa Grande.

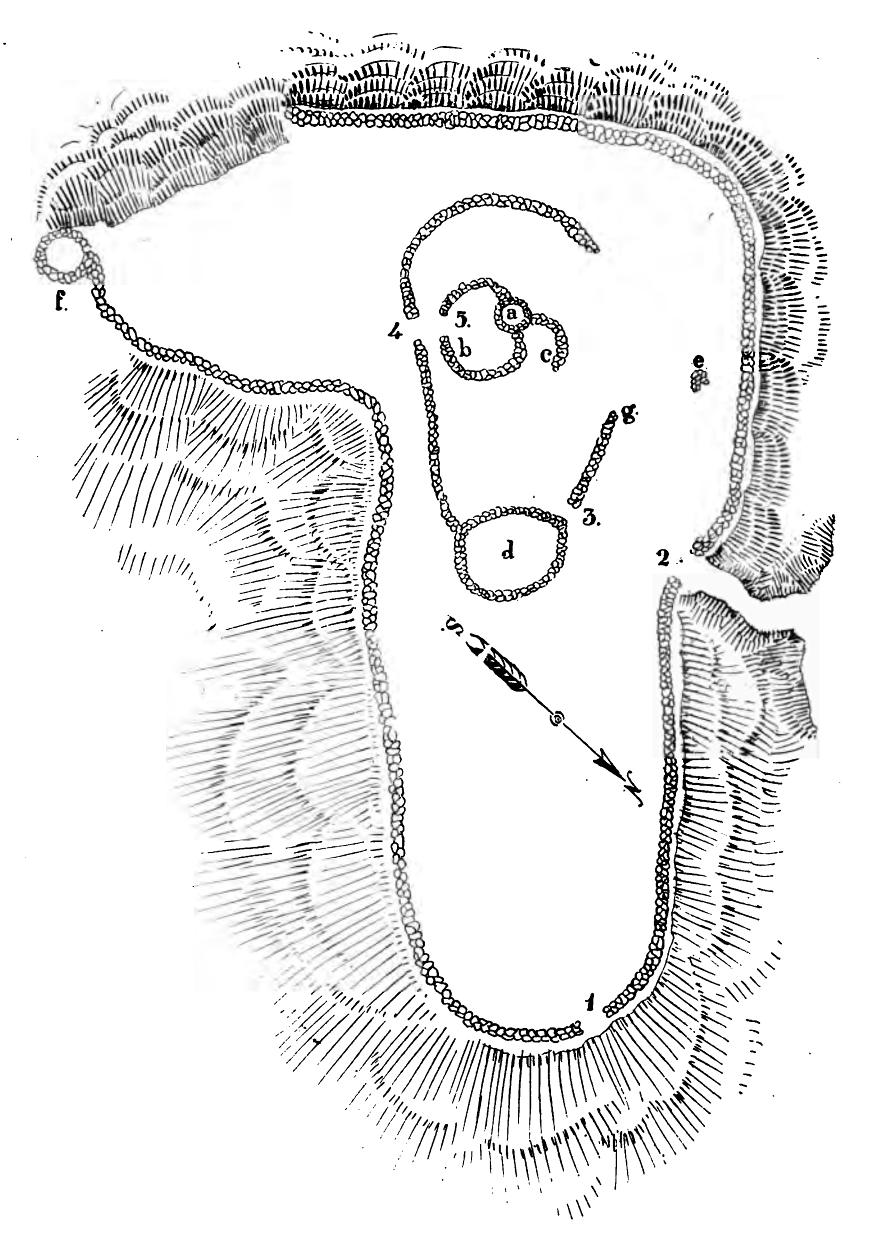


Fig. 166.
Las construcciones de «La Pedrera».

Croquis del Dr. Francisco Cervini

Entre ellas se destaca especialmente una, conocida en el lugar bajo el nombre de La Pedrera, que avanza hacia el llano en dirección Nord-Este.

Las faldas Nord-Este, Norte y Este son bastantes tendidas y sus pendientes de fácil acceso, la falda Sud-Este es algo abrupta, mientras que las del Nor-Oeste, Oeste y Sud-Oeste son completamente abruptas y de pendiente tan rápida que el acceso se hace imposible.



Fig. 167.
Vista de la entrada del extremo Nord-Este, de la muralla de circunvalación de «La Pedrera». (N.º 1 del croquis).

Fotografía del Dr. Francisco Cervini.

En esta parte, la loma aparece rodeada por un profundo despeñadero casi todo de roca viva y esto es todavía más acentuado aún en el cuadrante entre el Sud y Sud-Oeste.

Sobre la cumbre de esta loma existe una especie de plataforma larga y angosta cuyo eje mayor tiene la dirección Norte 60º Este, en una longitud de doscientos sesenta y dos metros, con un ancho que varía entre los noventa y ciento cinco metros.

A los doscientos diez metros, esta plataforma, hace un martillo hacia el Sur, de ciento treinta y dos metros de largo con un ancho de sesenta á setenta metros.

Como puede verse en el croquis levantado por el Dr. Cervini, toda esta área ha sido rodeada por una muralla de piedra suelta (Pirca) hoy en su mayor parte derrumbada, pero ha podido constatarse que ha tenido un metro diez centímetros de espesor y una altura mínima de un metro veinte centímetros. Esta altura resultó después de varios trabajos de reconstrucción, efectuados con las mismas piedras desmoronadas y en distintos lugares.

El cimiento se halla hasta cincuenta centímetros de profundidad.

La muralla tiene dos puertas, una (n.º 1 del croquis), de cinco metros de ancho se halla en el extremo noreste (fig. 167).

La otra puerta (n.º 2 del croquis) mira casi al Norte y da acceso á un curioso terraplen natural, que cortando el despeñadero, que rodea por ese lado á la loma ,permite la fácil comunicación con otra loma de igual altura llamada «El Potrerillo», por medio de la cual se hace fácil, por el encadenamiento de estas lomas, llegar á las serranías del Oeste ó sea de «Las Pirgüas» y desde ellas á la gran quebrada de las Conchas y valles Cachalquíes.

Fuera de estas puertas, la muralla no se interrumpe más que en un trecho de cien metros aproximadamente, por ser innecesaria dado lo rápido de la pendiente que forma el despeñadero ya mencionado entre los rumbos Sur y Sur Oeste.

Desde este lugar (Sur) la muralla forma un recinto circular de tres metros de diámetro (véase f del croquis [1]) y luego la pirca corta transversalmente el martillo antedicho, dejando libres unos cien metros más hacia el Sud Este con el mismo ancho más ó menos que terminan, por fin á su vez, en otro despeñadero hasta el llano, donde corre un afluente del río de la Pampa Grande y que nace en las serranías del Oeste.

En la parte posterior de la plataforma á los veintidos metros hacia el interior de la muralla, hay un gran óvalo pircado de ciento diez y nueve metros de eje mayor en la dirección normal Norte 60° Este, por cincuenta y nueve metros más ó menos de eje menor; pero en su estremo Nord Este se enangosta aún más, para

(1) Por un error de dibujo se ha exajerado el tamaño de este círculo.

formar junto con otra pirca, que lo atraviesa internamente á los noventa metros, un recinto más ó menos circular cerrado con los siguientes diámetros N. E. á S. O. 25 metros, N. á S. 32 metros y E. á O. 32 metros. (Véase d del croquis).

Este gran óvalo se interrumpe en el frente Noroeste en una extensión de cuarenta y cinco metros (véase letra g del croquis).



FIG. 168.
Vista del gran círculo interior (a del plano), después de haber sido excavado su interior, mostrando el sistema de construcción de la pirca.

Fotografía del Dr. Francisco Cervini.

Las paredes han de haber tenido un metro treinta de altura, por uno de espesor.

En esta muralla interno se hallan dos puertas; una de cuatro metros cincuenta centímetros, mira al Sud (véase n.º 4 del croquis) frente al gran martillo, y otra (n.º 3 del croquis) de ocho metros cincuenta centímetros, que mira al Norte frente á frente á la puerta (n.º 2 del croquis) de la muralla de circunvalación que da sobre el terraplén ya mencionado.

Dentro de este óvalo y á treinta metros de su pared posterior, existe un gran círculo formado con grandes piedras (véase letra a del croquis) de seis metros cuarenta centímetros de diámetro interior (fig. 168), y cuyas paredes dieron un metro cincuenta de altura por uno de espesor.

De este gran círculo se desprenden tres pircas formando arco con un radio de diecisiete metros cada una; dos de ellas forman



Fig. 169.
Vista parcial del arco de pirca, (b del plano).

Fotografía del Dr. Francisco Cervini

casi un círculo (véase letra b del croquis) sólo interrumpidas por una puerta (n.° 5 del croquis) de cuatro metros cincuenta de ancho y que corresponde exactamente, dando el frente al Sur, á la otra puerta (n.° 4 del croquis) ya mencionada y de la que dista sólo nueve metros.

El otro arco (véase letra c del croquis), parte del círculo central (a) hacia el Noroeste y allí se interrumpe sin continuar distando quince metros de la pirca del óvalo g.

Los muros de estos arcos no deben haber alcanzado á más de ochenta centímetros de altura.

Frente al arco c, hacia el Noroeste y cerca de la muralla, se halló un curioso montón de de piedras (véase letra e del croquis) de un metro ochenta de largo por ochenta de ancho (fig. 173).

Desde la plataforma superior de «La Pedrera» hacia el Este, se domina casi toda la Pampa Grande, y hacia el Sur Este, las pobla-

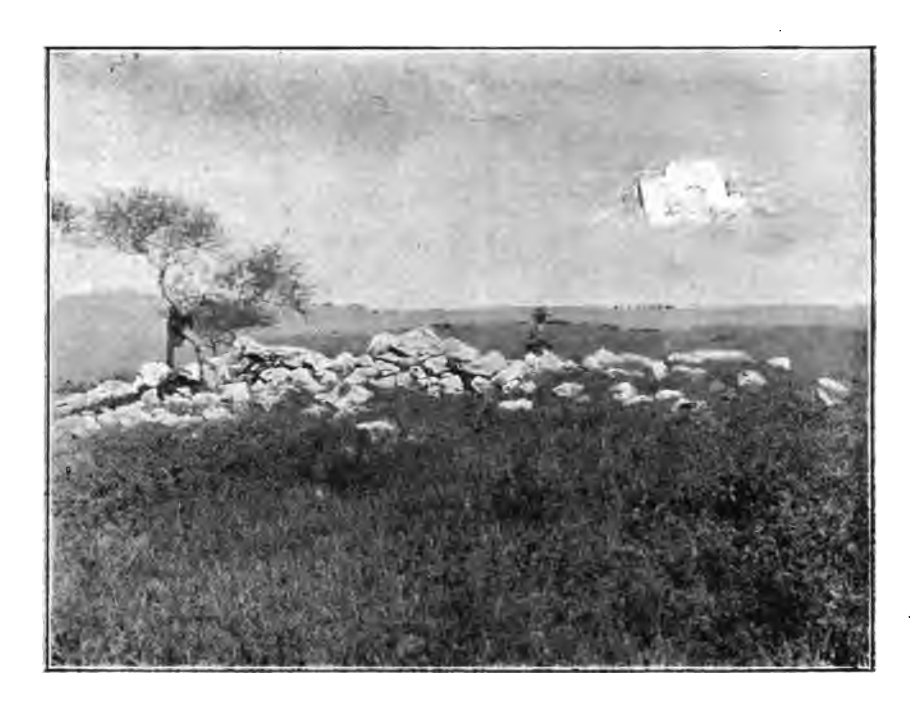


FIG. 170.

Vista parcial del arco de pirca, (c del croquis).

Fotografía del Dr. Francisco Cervini.

ciones de la Casa Patronal y todo el Rincon, con el río y sus arboledas.

Como punto estratégico es inmejorable, todas las sierras del Oeste y del Este se perciben perfectamente en sus menores detalles, con buen tiempo y con vista de indio, se entiende.

En la exploración de estas riunas se emplearon varios días de paciente labor dado el pastizal y los arbustos que cubrían el suelo;

el que hubo que limpiar para poder seguir en todos sus detalles las bizarras formas de estas construcciones.

Las escavaciones dieron muy escasos resultados; dentro del recinto pircado a, sólo se halló una punta de flecha, de cuarcita de tipo Calchaquí (fig. 171) larga, delgada y angosta, de punta aguda y base escotada con los bordes finamente tallados [1] y un fragmento de pequeño yuro de barro de asa lateral, que ha desaparecido, pero cuyos arranques están perfectamente visibles (figura 172) [2].

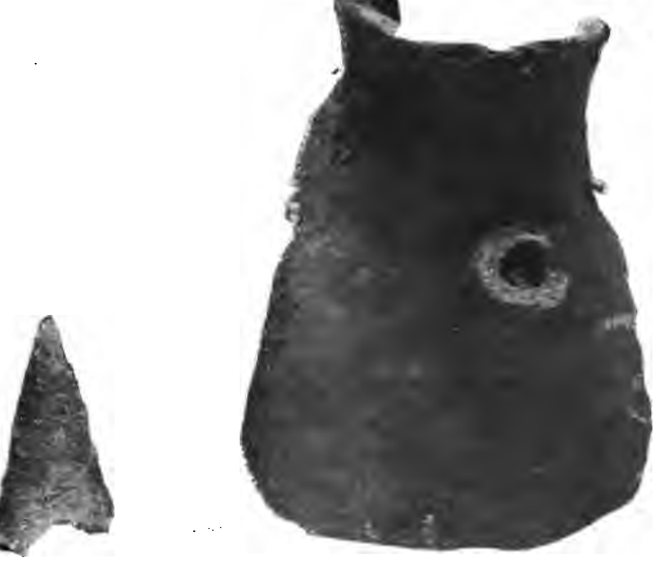


Fig. 171.
Punta de flecha de cuarcita.
Tamaño natural.

Fig. 172.
Fragmento de Juro.
Tamaño natural.

Además se hallaron pequeños fragmentos de alfarería pintada, restos de carbón, trozos pequeños de ocre rojo y amarillo, estos últimos en forma tosca, de lápices alargados, de cuatro á cinco centímetros de largo. Numerosos trozos de arenisca amarilla también se extrageron de esta escavación, lo que hizo suponer al Dr. Cervini que con ellos se hubiera coronado la pirca. Escavada la pirca

(1) N.° 1051 del Catálogo.
(2) N.° 1052 del Catálogo.

b, no proporcionó sino restos de carbón, ocre amarillo y fragmentos de alfarería sin importancia.

En el punto a, sólo se hallaron fragmentos escasos de alfarería; en el f, nada se halló y en el tumulito e, que se creyó una tumba, la exploración no proporcionó sino raros fragmentos de alfarería pintados casi debajo de las piedras, mientras que la escavación dió á un metro de profundidad con el suelo virgen.

¿Qué pudo ser este conjunto de ruinas de «La Pedrera»?



Fig. 173.

Vista del montón de piedras (letra e del croquis), mostrando además el rápido descenso de la plataforma hacia el desempeñadero rumbo Noroeste, y del otro lado, la Loma del «Potrerillo».

Fotografía del Dr Francisco Cervini.

Á primera vista dada su posición dominante hace suponer una fortaleza, y esta opinión se robustece más, si se tiene en cuenta la falta de muralla de circunvalación en la parte más abrupta é inaccesible. Pero las construcciones interiores tan curiosas, no responden á la idea de una construcción de guerra.

Posiblemente habrá sido un lugar de ceremonias especiales de culto, que nosotros no conocemos y si esto fuera así, el dato apuntado por el Sr. Mariano Zorreguieta, de que en este lugar existió un adoratorio de las tribus Guachipas [1] tendría aquí su conformación.

(1) Este autor en sus *Apuntes Históricos de la Provincia de Salta, en la Época del Coloniaje* 5.ª Parte Salta. Imprenta Independiente de P. Sarapura, 1876, pág. 44, dice: *Pirgüas del Sol.*—«Al Sur del departamneto de Guachipas, en la elevada cumbre de la Serranía que divide el territorio de Guachipas de los valles Calchaquíes y donde forma sus vertientes el Río de la Anta, existe una altura que se denominaba por los indígenas de esos lugares *El seno del Sol, Las Pirgüas det Sol,* nombre alusivo á ser dicha altura el primer punto, que en dicha Serranía toca el Sol en su nacimiento y ocaso. Este lugar era un adoratorio de las Tribus Guachipas que se extendían hasta Colalao y Abra de Tafí».

Es de lamentar que este distinguido autor, no haya dado el origen de estos datos tan curiosos y que nos podrían orientar para conseguir otros que nos resolvieran el problema.

Pero haré notar que el nombre de *Pirgüas del Sol* (en criollo) es traducción de *Oma Sacoco,* en el idioma original del lugar como ya se dijo (página 20), y que á la Serranía se le ha dado el nombre de Serranía de los Pirgüas, localmente, por la forma de parva ó pirgüa que presentan dos de sus picos, que se elevan y se cortan horizontalmente como pequeñas mesetas, una más grande que la otra, por lo que se las llama la Pirgüa Grande y la Pirgüa Chica; pero el nombre general con que se conoce esta serranía es el de «Cumbres de Calchaquí».

Sobre los cerros de los Pirgüas se habla mucho, nosotros no tuvimos oportunidad ni tiempo para verificar una ascensión, lo que nos hubiera dado mayores detalles sobre este asunto si algo sobre ellas existe.

Por lo pronto el problema de *La Pedrera* como adoratorio queda planteado hasta que otros datos ó exploraciones nos demuestren otra cosa.

OBSERVACIONES GENERALES RELATIVAS

Á LAS EXPLORACIONES ARQUEOLÓGICAS DE LA PAMPA GRANDE (1)

Fué mi intención y sería mi deseo al escribir la presente noticia, sobre la parte de mi trabajo en las exploraciones arqueológicas de la Pampa Grande, presentar con las observaciones de carácter general, correspondientes á los datos tomados en el momento de las excavaciones, una reseña descriptiva de la alfarería coleccionada, que fuera un documento para el estudio de su simbolismo.

Pero, habiendo debido ausentarme de Buenos Aires, antes de reconstruída la colección, y no teniendo la descripción completa de ninguna de las piezas, no poseo dato suficiente para llevar á término mi propósito en toda su amplitud.

Trunco, así, este trabajo, que hubiera encontrado su complemento en el estudio histórico de la región por el señor Ambrosetti, y en el antropológico de los restos humanos extraídos, disminuye en mucho su valor y pierde interés su publicación. Pero, en el compromiso contraído con el señor Decano, y la insistencia del distinguido jefe de la expedición, que quiere hacer conocer por lo menos en parte, los resultados de la misma, me obligan y determinan á presentar la siguiente exposición.

---

(1) Mi estimado discípulo y compañero Dr. Leopoldo Maupás, manteniendo la promesa que me hiciera, al embarcarse para Europa, me ha remitido las observaciones que aquí publico, cuya lectura ofrece el mayor interés, teniendo en cuenta la especial dedicación que ha demostrado en la parte de la tarea que le cupo en suerte.

Sólo deploro que su imprevisto viaje no le haya permitido ampliarlas en presencia de la colección reconstruída.—JUAN B. AMBROSETTI.

*
* *

Cuatro son los yacimientos que corresponden á las excavaciones que me fueron encomendadas, representando ellas un total de ochenta descubrimientos, muchos de dos, tres y cuatro piezas, que forman una colección interesante de esqueletos, cráneos, tinajones, urnas, pucos, conanas, pecanas, idolillos é instrumentos varios.

De estos yacimientos es el más importante, el de un gran cementerio. Fué el más pródigo, siendo el que más piezas ha dado y las más interesantes.

Este yacimiento ocupaba parte considerable de una loma, en la margen derecha de un zanjón, situado á una distancia de tres ó cuatro cuadras, más ó menos de la estancia, y frente á uno de sus potreros sembrados. Se manifestó siguiendo una dirección Nord-Este á Sud-Oeste, ocupando cincuenta metros de longitud, aproximadamente.

Se extrajeron, de profundidad muy variable, en gran cantidad urnas toscas y pintadas, pucos muy interesantes, grandes tinajas con esqueletos adentro, esqueletos enterrados simplemente, sin recipiente que los contuviera, pequeños vasos votivos, un idolillo, etc.

Fuera de esa línea, en la misma loma se extrajeron dos grandes urnas números 200 y 204 que contenían restos humanos, descubriéndose, además, restos de un esqueleto, un espacio del que solo se extrajeron fragmentos, casi todos característicos, como ser azas, fragmentos pequeños de alfarería pintada y dibujada á cincel, parte de un cincel de bronce etc. En el centro y parte superior de la loma había una piedra de mortero, y en el fondo del zanjón que separa esta loma de la Sud inmediata, una mano de mortero que seguramente le correspondía. En ese mismo zanjon, pero correspondiendo más bién á la parte de la loma Sud inmediata, se extrajo también una urna pintada, única pieza encontrada en ese lugar, siendo infructuosos las excavaciones hechas á su alrededor para encontrar otras.

De menor importancia es el yacimiento de la casa de Domingo, situada junto á un rancho y sobre el camino de la Estancia al Tala. De él se extrajeron pocas piezas y de estas, pocas en buen estado

En este yacimiento se observan dos grupos bastante distanciados y muy diferentes por la alfarería. El primero formado por

piezas extraídas á ambos lados de un zanjon, muy próximas unas de otras, de tipo tosco todas ellas, y el segundo, cuyas primeras piezas se encontraron como á cincuenta metros de las anteriores son casi todas de tipo fino y pintadas, á cuyo grupo pertenecen los fragmentos característicos encontrados en un mismo lugar, como los del yacimiento anterior.

En los sitios ocupados por ambos grupos hallamos restos humanos enterrados en las urnas y algunos en la tierra sin recipiente.

El yacimiento III, ó sea el primero excavado. Situado junto á una gran represa de aguas, atrás de la estancia, dió, aún menos piezas que el anterior; pero alguna, de ellas muy interesantes.

Ocupaba una línea de diez á doce metros de largo, con un apartamiento máximo de tres metros á ambos lados de una tapia moderna que se había construído sobre él.

En los alredores de este yacimiento, aunque bastante apartados de él, se notaban varias piedras de mortero con cavidades (un una de ellas conté hasta quince), junto á uno de las que recojí muchos fragmentos, y solo fragmentos rotos, al parecer intencionalmente.

En cuanto al yacimiento del río Socondo, solo dió pucos y fragmentos más ó menos grandes de urnas, rotas probablemente en las remociones que debe haber sufrido la tierra en esta parte, con los cultivos y la construcción de una tapia á cuyo lado se en contraban.

Es interesantísima la loma de este yacimiento un lugar aparado más de 50 (cincuenta) metros del sitio en que se encontraban los pucos y fragmentos, en el que, junto á una piedra de mortero, también, y debajo de grandes lajas, extrajimos solo fragmentos característicos, como ser azas, caras etc., casi todas ellas muy interesantes como piezas de alfarería.

La abundancia de restos humanos en todos estos yacimientos, no deja dudas acerca de su caracter. Fueron cementerios: No solo se encontraron restos de niños, en las pequeñas urnas de alfarería fina y pintada, sino también restos de adultos enterrados en ollas grandes, y aún sin recipiente alguno solamente cubiertos por la tierra, protegida la cabeza con un puco ó una piedra.

Que fueran cementerios no implica que estos no hayan sido lugares de rito, y al contrario, dado el carácter primitivo de los habitantes de esos paraderos, es de creer que lo hayan sido. Y los fragmentos característicos, cuya rotura parece intencional, y que se presentan agrupados cerca de piedras de mortero, lo hacen sospechar.—En los yacimientos I, III y IV, se veía perfectamente el mortero cerca del lugar de los fragmentos. En el II, no vimos piedra de mortero; pero es de advertir que este yacimiento se encuentra junto á una casa y á un camino, lo que explicaría fácilmente su desaparición, pues son piedras que, aún hoy se utilizan para trabajos domésticos.

En la diversidad de tipo de las urnas recojidas, alguno completamente nuevo, destaca principalmente la diferencia entre las de alfarería tosca, gruesa y mal cocida de las de factura cuidada, fina, con dibujos y relieves.

La diferencia es tan grande, que naturalmente sujiere la idea de que hayan sido fruto de civilizaciones distintas.—El yacimiento II, fortificaría esa presunción al presentar separados, por distancia bastante grande, las urnas de uno y otro tipo. Pero en los otros yacimientos no se vé esa separación, y al contrario las hallamos completamente mezcladas, aún en el mismo descubrimiento.

En la profundidad á que se encontraron las piezas, podríamos buscar, tal vez, un argumento coadyuvante; pero su valor sería muy relativo, pues las aguas han sido grandes acarreadores de tierra, que depositaron seguramente con bastante irregularidad según las lomas, y en estas según los lugares, siendo ellas, también, la causa de derrumbamientos de tierra, por la impetuosidad de las corrientes, todo lo que, es de creer, habrá modificado con el tiempo, la primitiva profundidad á que habían sido enterradas las piezas.

De más valor es la profundidad relativa dentro de un mismo yacimiento, y en este sentido, si bien no tenemos dato abundante por la imposibilidad de medir en tierra removida, muchas veces ni siquiera aproximadamente, la profundidad bajo la superficie— es sin embargo, un hecho que *casi* constantemente hemos observado con el Doctor Cervini. cada cual en sus excavaciones, que las urnas de factura tosca se encuentran á mayor profundidad que las de factura fina.

Sería, ese, argumento para afirmar la anterioridad de las urnas toscas?

La afirmación sería arriesgada, pués si bien muestra observación ofrece un hecho general, no es constante en absoluto. Además, no solo no es raro sinó frecuente encontrar fragmentos de urnas pintadas en las de textura tosca, por más que, también es cierto, podría atribuirse, en favor de la afirmativa, á los constructores de las urnas finas, practicas rituales, que les aconsejaran echar esos restos, como ofrenda, á los manes de los que yacían en esas urnas para ellos misteriosas, construcciones de hombres de otras épocas, y como tales sujetas á culto. Hoy apesar de tantos años de critianismo, en esa misma región, al *antiguo* se le deben prácticas análogas: ¿Qué de extrañar sería, pués, que en sus prácticas se impusieran á la superstición de aquellas gentes primitivas?

Con todo el argumento no sería convincente, y, demasiado flexible, invirtiéndolo podría servir para probar la anterioridad de las urnas pintadas.

De dos maneras aparece enterrados los esqueletos de adultos en estos yacimientos: colocados en ollas grandes ó enterrados simplemente, sin más protección que la de un puco ó una piedra sobre la cabeza.

Casi no hemos encontrado urna que no contuviera rastros, por lo menos, de huesos humanos adultos ó de niños. Menos común es encontrar restos enterrados sin recipiente que los contengan. En mis anotaciones solo registro once descubrimientos de esta naturaleza.

En los enterrados de la segunda manera, no es difícil encontrar amontonamientos de huesos, que han correspondido á dos y aún a tres individuos, de estos, encontramos dos esqueletos y sobre ellos recojimos un idolillo femenino.

En otro de estos amontonamientos, en el que aparecieron tres cráneos, pude observar perfectamente como fueron enterrados: Los huesos rodeados de arenisca, reposaban sobre fragmentos de alfarería, colocados sobre piedras de tamaño grande (lajas).—La arenisca y los fragmentos de alfareria se encuentran, también siempre y colocados de igual manera en las grandes urnas que contienen restos de adultos.—Á 0,50 metros de los huesos había una pequeña urna de las de factura fina y pintada que contenía

huesitos y dientes. Sobre uno de los cráneos un puco, que contenía pedazos pequeños de huesos. Sobre otra de las cabezas otro puco; y á 0,50 metros de la urna, todo en semicírculo, una pirca bastante ancha y profunda, que separaba este descubrimiento de otro esqueleto enterrado, también, sin recipiente.

Aunque no he podido observar en los otros descubrimientos, como en este, la disposición del entierro, creo, sin embargo, á juzgar por los datos de mi diario, que debe haber sido costumbre de esas gentes colocar urnas cerca de los cadáveres, así enterrados, pues, es comun encontrarlas cerca de los esqueletos.

Más ó menos casi todas las urnas presentan restos de huesos humanos, habiéndose encontrado de adultos solamente en las tinajas grandes.

El destino de todas esas tinajas, por los restos encontrados en ellas, parece haber sido el de recibir cadáveres. Sin embargo, hay tinajas grandes que podrían haber tenido otro destino y ser incidentalmente dedicadas á ello, como parece demostrarlo una, cortada horizontalmente en su parte inferior, para colocar el cadáver cuyo esqueleto contenía.

Las piedras de conana, piedras ya usadas, que se encuentran en gran abundancia dentro y fuera de las urnas, así como huesos y colmillos de animales, hacen presumir que estos lugares hayan sido antiguos paraderos, abandonados por la muerte de alguno de los habitantes, dedicándolos más tarde á cementerios, aprovechando las antiguas vasijas que quedaron, construídas probablemente para usos domésticos, como ser, por ejemplo, para depósitos de víveres.

Un argumento en favor de esta opinión podría darlo, una de las tinajas de grandes dimensiones, encontrada en el yacimiento II, cuyo tamaño enorme, en relación al individuo contenido, un un niño al parecer, por la finura de los huesos del cráneo, no tendría explicación si la supusiéramos construída para recibir sus despojos (fig. 61).

Respecto á las pequeñas urnas pintadas, me parece interesante consignar la opinión de uno de nuestros compañeros de expedición — el Dr. Bunge — para quien estas urnas, sólo han contenido las cabezas de los niños cuyos restos conservan.

Esta opinión no me parece desacertada: entre los restos, encontramos sólo muelas, dientes y pedacitos de huesos, que apa-

resultan ser de cráneo. Además, las dimensiones pequeñas de las urnas, alguna sólo de 37 centímetros de altura, parece que no pudiera permitirles contener el cuerpo entero de individuos, que á juzgar por las muelas y dientes que han quedado, debían tener bastante desarrollo [1].

El puco, muchas veces interesante como pieza de alfarería, ha desempeñado diversas funciones.

Es frecuente encontrarlo protejiendo la cabeza de los enterrados sin recipiente, y aun en los cadáveres enterrados en urnas y tinajas, parece haber sido de ritual colocarlos á manera de sombrero, sobre la cabeza de los muertos, induciéndome á creer esto el hecho de encontrar *casi siempre*, en el fondo de las urnas, pucos volcados, lo que se explicaría perfectamente, por la práctica de colocarlos sobre la cabeza de los muertos: con la fuerza del tiempo, pulverizándose los esqueletos, y la presión de la tierra, que poco á poco ha penetrado en todas las urnas, les llevaría á ocupar la posición en que actualmente los encontramos, quedando, como restos de lo que esos pucos cubrían, las muelas y los dientes, más resistentes á la fuerza destructora del tiempo [2].

Cuando no hay puco, rara vez falta una piedra que lo reemplace.

Además, parece haber sido, también, función de los pucos, servir de tapas á las urnas, siendo esta costumbre de tapar las

---

(1) Los dientes y muelas á que hace referencia el Dr. Maupas, son todos de leche, y muchos de ellos no brotados aún en vida; según resulta del examen que de ellos se ha efectuado posteriormente, de manera que los cadáveres de niños de muy corta edad han podido ser enterrados en ellas. En mis *Datos Arqueológicos* sobre la Puna de Jujuy, he publicado una urna funeraria de 23 centímetros de alto, conteniendo una momia de niño; además, en terrenos como los de Pampa Grande, los demás huesos del cuerpo de niños, salvo algunas partes del cráneo y los dientes, no han podido conservarse, y de allí, que los doctores Maupas y Bunge hayan hecho esta observación.—JUAN B. AMBROSETTI.

(2) El puco colocado invertido sobre la cabeza de los esqueletos, á modo de sombrero, ha sido hallado varias veces, en los *Mounds* explorados por el infatigable arqueólogo americano CLARENCE B. MOORE y en sus trabajos expléndidamente ilustrados, pueden verse algunos ejemplos. Véase: *Certains Aboriginal Remains of the Lower Tombigbee River*, pág. 251 y íd. íd., *On Mobile Bay and on Mississippi Sound*, pág. 282, año 1906; y id. íd., *Of the N. W. Florida Coast*, pág. 481, año 1901, en cuya fig. 90 se ve el puco, el que salvo la decoración grabada, es de tipo Calchaquí. Ambos trabajos, como muchos otros de este autor, se hallan publicados en el *Journal of the Academy of Natural Sciences of Philadelphia*.—JUAN B. AMBROSETTI.

urnas constantemente practicada, pues, como para la función antedicha, en ésta, cuando falta el puco, lo reemplazarán una piedra ó fragmentos de tinaja.

También debe haber sido función del puco servir de vaso votivo; pues es frecuente encontrarlos conteniendo pequeños huesos y colmillos, pedazos pequeños de carbón, etc.

A más de los pucos, suele encontrarse, como contenido de las urnas, según ya se ha dicho, fragmentos de otras tinajas, que parecen puestas de intento, obedeciendo á prácticas funerarias.

A veces, se encuentran huesos y colmillos, ó dientes de animales, así como pedacitos de carbón, siendo muy raro encontrar objetos de adorno, como ser las cuentas de collar encontradas en dos urnas solamente y un huesito labrado.

Estas son las observaciones sujeridas en presencia de los datos tomados sobre el terreno, en el momento de las excavaciones, pocas en verdad, lo que me hace lamentar, aún más, no poder presentar una reseña descriptiva de la colección recojida, que en la descripción particular de cada pieza, permitiría la observación de detalle, que no encuadraría en esta noticia de carácter general.

LEOPOLDO MAUPAS.

Paris, febrero 6 de 1906.

CONCLUSIONES

El Señor Félix F. Outes, en su crítica al Sr. Eurico Boman [1], terminaba su trabajo con estas consideraciones que creo deben ser transcriptas.

« Como una prueba final, demostrativa de la necesidad de obrar con prudencia y de la tranquilidad con que deben recibirse los descubrimientos que se hagan en un futuro más ó menos próximo, debo mencionar los estudios realizados en los comienzos del año que corre (1905), por la primera expedición enviada á la región Noroeste de la República, por la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, con que inauguraba los trabajos de su Departamento de Etnografía, de reciente creación.

....

« En el *Kultur lager* removido, se ha encontrado el conjunto más abigarrado de tipos de urna.

« Las urnas características de los valles interandinos, con sus conocidos dibujos policromos, otras de factura grosera, como las descriptas por el Sr. Boman; subglobosas, cilíndricas, infundibuliformes, campaniformes; conteniendo algunas cadáveres de adultos, depositados desde el momento de la muerte del individuo, otros restos de párvulos; indistintamente cubiertas sus bocas por fragmentos de fabricación grosera ó una simple laja; en algunos casos, los cadáveres yacían directamente en la tierra, pero, sin embargo, los otros objetos que se han retirado indican que el enterratorio pertenece á una misma cultura. Las referencias co-

---

(1) *Observaciones á dos estudios del Sr. Eric Boman sobre paleoetnología del Noroeste Argentino.* En *Anales de la Sociedad Científica Argentina*, tomo LX, pág. 166 y 167.

municadas por los expedicionarios permiten creer que allí no ha habido superposición alguna, que es una vasta necrópolis que tiene algunos puntos de contacto con el pequeño enterratorio de Chañar Yaco y que, quizá se trate de un período epigónico, en el cual los últimos representantes, ya degenerados, de los pueblos que vinieron en los valles andinos, utilizaron con cierto *pressément*, los diferentes tipos de alfarería de que disponían ».

El examen lijero que he verificado de los cráneos exhumados, confirma mi creencia; pertenecen á los tipos que caracterizan á la « Región Calchaquí », y he extraído personalmente de una urna grosera, uno que presenta los mismos caracteres ».

Cuando mi distinguido colega y amigo escribía las líneas que preceden, agosto de 1905, ni la colección se hallaba completamente desencajonada,, ni restaurada y menos estudiada.

Nuestra impresión, hasta entonces, era la fugaz que perduraba aún, de lo que habíamos creído ver en las excavaciones sobre el terreno, sin que la hubiésemos madurado reposadamente con el estudio prolijo de todos los materiales, y con el cotejo de los mismos, y nuestras notas de la libreta de trabajo.

Hoy, después de mucho meditar, y habiendo efectuado el estudio minucioso del material y datos recojidos, y escrito lo que precede, aquella primera opinión se ha modificado en gran parte.

Dos tipos bien definidos de cultura se hallan en la Pampa Grande, según resulta del examen del material arqueológico:

1.° Un tipo de urnas y alfarería toscas y groseras, como las que halló el Sr. Boman en San Pedro de Jujuy y en el Carmen, Valle de Lerma, Provincia de Salta [1];

2.° Un tipo de urnas y otros objetos de carácter puramente Calchaquí.

Al primero, pertenecen todas esas asas y adornos de urnas de tipo primitivo, que se han descripto en la pág. 124 y siguientes, fig. 136 y 137, cuyo número extraordinariamente abundante, demuestra que miles de objetos de esta clase fueron fabricados allí, y desde tiempos muy remotos.

El segundo tipo, en cambio, ofrece un porcentaje muchísimo menor de hallazgos.

(1) *Migrations Précolombiennes dans le Nord-Ouest de l'Argentine*, en *Journal de la Société des Américanistes de Paris*, Nouvelle Série, Tomo II, Número 1.

Si bien es cierto que varias veces se hallan mezclados estos dos tipos en un mismo cementerio, no hay que olvidar que esos enterratorios fueron utilizados en diversas épocas, como lo demuestran las remociones de cuerpos y objetos anteriormente colocados, para dar lugar á otros nuevos, según se ha podido constatar en el curso de este trabajo, y esto explicaría además muchas de las curiosas anomalías observadas.

Pero en el gran número de los casos resulta, según la atinada observación del Dr. Maupas, que las urnas de tipo tosco, siempre se han hallado más profundamente enterradas que las de tipo Calchaquí, y en el croquis de los hallazgos efectuados en el gran cementerio, puede observarse lo expuesto.

Las tapas de fragmentos de urnas pintadas en urnas toscas, lo mismo que los hallazgos de urnas pintadas dentro de urnas también toscas, como en el caso de la fig. 25, podrían quizá también explicarse, dado que en ambos, los ejemplares se hallaron rotos, por superposición de las piezas que con la remoción primero, y la presión de la tierra después, se produjo la entrada de las piezas superiores dentro del espacio que las paredes rotas de las piezas inferiores dejaron abierto, ó que la contemporaneidad de estas dos culturas hizo que al colocar piezas toscas, se hayan roto otras de tipo Calchaquí, y sus restos se hayan vuelto á colocar allí como tapa ó simplemente sobre las primeras, por la idea de no remover de su lugar lo anteriormente colocado.

Otra explicación de este hecho, quizá más lógica, la tendríamos en que hallándose ya depositadas anteriormente las urnas toscas, al colocar posteriormente las de tipo Calchaquí, al cavar el pozo destinado á recibirlas, se haya destruído la tapa de las más antiguas, y que más adelante, en otras remociones, intencionadas ó naturales, derrumbes, etc., se hayan roto á su vez las más nuevas, perdiéndose sus fragmentos en gran parte y quedando en el terreno el resto que nosotros hemos hallado [1].

Un hecho que es necesario tener en cuenta, es el que indiscutiblemente, la gran mayoría de los hallazgos efectuados no sólo en esta expedición, sino también en la anterior que efectué en

---

(1) El caso de la urna n.° 216 (fig. 93), que tanto nos llamó la atención, podría muy bien ser explicado así, dada la posición del fragmento superior, que con la concavidad hacia arriba, hace dudar de que el hecho intencional que le hemos atribuído pueda ser rigurosamente exacto; y tan es así, que á

esa misma parte diez años antes, y las que más tarde llevó á cabo mi excelente amigo y compañero Eduardo A. Holmberg (h.), fueron siempre de urnas de tipo tosco; es decir, de la cultura que reputo más antigua en este lugar.

Ya Holmberg,, en carta que me dirijía desde la Pampa Grande en 1900, había hecho una observación análoga, cuando me escribía: «Nuevamente he recorrido la Pampa Grande, y más convencido estoy ahora, de que los habitantes de esta región, son los mismos habitantes del Cedro, camino á Tafí, y los mismos de la Ciénega. Sin embargo, no me parece que hayan sido individuos de resistirles á los Calchaquíes; creo muy posible que hayan sido dominados fácilmente por éstos, y que una vez vencedores, los Calchaquíes hayan introducido su alfarería, simbolismo y sus mitos» (1).

Con esta opinión, en definitiva me quedo, hasta que nuevos hallazgos no nos demuestren lo contrario, y para darle forma más precisa, diré: que en gran parte del Cordón ese del Anconguija, parte del Valle de Lerma y muy probablemente en el Cañón del Rosario de la Frontera, vivía un pueblo de cultura inferior á la de los habitantes de los valles Calchaquíes.

Posiblemente, eran de la misma raza que aquellos, como parece demostrarlo el único cráneo de adulto en buen estado que hemos hallado con el esqueleto dentro de una gran urna y que, como vivían en un estado inferior de cultura, habrían seguido conservando el sistema de enterrar adultos y niños en urnas, método casi olvidado y caído en desuso por los del Valle Calchaquí, que, en general, sólo conservaron de esta costumbre el entierro de niños.

En una época, alguna tribu de los valles, de cultura superior, debió haber invadido esta región de la Pampa Grande por los caminos de la Cuesta de Guasamayo, Quebrada de las Conchas ú otros que hoy no se transitan, y los nuevos llegados, seguramente dominaron á los habitantes sin destruir de golpe su cul-

---

pesar de haberlo hecho constar y ya tirado el pliego respectivo, he seguido dudando, y por eso, creo necesario escribir esta nota explicativa.

Iguales dudas me asaltan respecto de si fué intencionado ó no el hallazgo del puco pintado n.° 277, dentro de la urna n.° 246, descriptos en la pág. 81, dado lo removido de ese trecho del cementerio, como me parece haberlo demostrado suficientemente.

(1) Carta en mi poder de fecha 2 de marzo de 1900.

tura, la que seguramente siguió persistiendo por mucho tiempo contemporáneamente con la nueva introducida.

Establecidos los invasores en el lugar del Rincón (hoy Casa Patronal) como punto mejor y más abundantemente provisto de agua y tierras para sembradío, utilizaron también los cementerios antiguos para sus inhumaciones, y de allí, la promiscuidad de restos arqueológicos que se encuentran.

Una vez fuertemente establecidos en la Pampa Grande, los nuevos Calchaquíes se hicieron dueños seguramente de todo ese gran macizo, recorriéndolo y dominando por medio de la fuerza [1] ó persuación, y no será difícil que otras exploraciones nos demuestren con mayores datos esto que dejo expresado.

JUAN B. AMBROSETTI.

[1] La invasión Calchaquí, en forma guerrera, no puede negarse, pues ahí está la pictografía de la gruta de Carahuassi que la comprueba. Y digo Calchaquí, pues el argumento que aducí en mi anterior descripción de la misma para declararla Incasica, no es exacto; en esta Expedición, hemos vuelto á visitar la gruta, y hemos verificado que la figura principal no está adornada con dos plumas sino por cinco, lo que le quita el carácter de personaje incasico sobre lo que tanto insistí.

Debido á la huelga de tipógrafos, ha sido necesario apurar en breve tiempo la impresión de este trabajo, pido disculpa por los errores é incorrecciones que puedan resultar.

ÍNDICE